

SANTO TOMAS DE AQUINO COMENTARIO A LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS EFESIOS

Traducción Castellana del Texto Latino por J.I.M.

EDITORIAL TRADICIÓN, S. A. MÉXICO, 1978

Derechos reservados (c) en cuanto a la traducción castellana por Editorial Tradición, S. A.

Av. Sur 22 No. 14 (entre Oriente 259 y Canal de San Juan), Col Agrícola Oriental. México 9, D. F.

Primera edición: Abril de 1978.-1,000 ejemplares.

Título del original latino: Sancti Thomae Aquinatis Doctoris Angelici super Epistolam Sancti Pauli Apostoli ad Ephesios expositio

1

PROLOGO

"Yo afiancé sus columnas" (Ps 74,4). No es menor hazaña -como dice el sabio- (conquistar) que procurar mantener lo conquistado. No inmerecidamente, por tanto, se hace plausible el Apóstol, quien, ya que a los Efesios no los fundó en la fe, una vez fundados, de tal manera les hizo echar raíces que, con toda verdad, -hablando de la Iglesia de los Efesios- pudiese decir: Yo afiancé sus columnas: yo, quiero decir, Israelita por linaje, Cristiano por religión, Apóstol por dignidad. Israelita por raza, pues lo soy, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín (2Co XI,22). Asimismo por religión Cristiano: "pues la verdad es que estoy muerto a la ley antigua, por lo que me enseña la ley misma; a fin de vivir para Dios, estoy clavado en la cruz juntamente con Jesucristo. Y yo vivo, o más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Así la vida que vivo ahora en esta carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios" (Ga 2,19). Otrosí Apóstol por dignidad, "el menor de todos" (1Co XV). Y de todas 3 cosas en 2Co XI,22: "¿Son hebreos?, yo también lo soy. ¿Son israelitas?, también yo. ¿Son del linaje de Abraham?, también lo soy yo. ¿Son ministros de Cristo? (aunque me expongo a pasar por imprudente), diré que yo lo soy más que ellos".

Tal debe ser el predicador de la sabiduría de la salud, a saber, Israelita en la contemplación de Dios, Cristiano en la fe religiosa, Apóstol en la autoridad de su oficio. Yo, pues, Judío de origen que busco a Dios por la fe, Apóstol de Dios por imitación, afiancé las columnas de esta iglesia. Las afiancé para que no vacilasen en su fe, como el arquitecto lo hace con el edificio para que no se venga al suelo. De aquí que se le dijera a Pedro: "y tú, cuando te conviertas, confirma en ella a tus hermanos" (Lc 22,32), encargo que cumplió Pablo. De donde le viene como nacido lo de Job. 4: "tus palabras eran el sostén de los vacilantes, y tú fortalecías las trémulas rodillas de los débiles". Asimismo los confirmó para que no se dejasen amedrentar de falsos temores, así como el Obispo confirma al niño para armarlo de fortaleza contra la pusilanimidad. De ahí que en el Salmo 88,21, se le diga a David: "con mi sagrado óleo le ungué, para que mi mano esté siempre con él, y mi brazo le fortalezca. No lo engañará el enemigo, ni el maligno lo abatirá".

"Con la palabra del Señor, escrita por Pablo, los cielos, esto es, los Efesios, firme y sólidamente se

asentaron" (Ps 32,6), es a saber, para que no perdiesen el premio de la gloria; así como el prelado o el príncipe confirma la donación, para que después no se quite. "Mas tú por mi inocencia me has recibido, y conservado incólume, y me pondrás en tu presencia para siempre" (Ps 40,13). Estas confirmaciones pedía el Salmista diciendo: "Haz firme, oh Dios, esto que has obrado con nosotros" (Ps 32). Estas prometía el Apóstol: ípero fiel es Dios, que os fortalecerá y defenderá del espíritu maligno" (2Th . 3,3). Yo, pues, he afianzale-stis columnas, es a saber, a los fieles de la Iglesia de Efeso, pues los fieles se dicen columnas porque deben ser rectos, estar levantados y ser fuertes: rectos por la fe, levantados por la esperanza, fuertes por la caridad. Rectos digo por la fe, porque la fe nos muestra el camino recto para llegar a la patria; en significación de lo cual estaba la nube en forma de columna, de que habla el Éxodo 13: "e iba el Señor delante para mostrarles el camino, de día en una columna de nube"; ya que la fe, a modo de nube, porque es enigmática, tiene obscuridad; disolución, porque se acaba; humedad, porque excita a devoción. Levantados por la esperanza, que encara la puntería en lo sobrenatural y divino, de donde es representada por la columna de humo, de la cual se dice: "viendo subir de la ciudad una columna de humo" (Jue. XX,40); pues la esperanza, a modo de humo de fuego, proviene de la caridad, sube a lo alto, al fin se disipa, es a saber, en la gloria. Fuertes por la caridad "porque el amor es fuerte como la muerte" (Cant. 8,6); de donde signo e indicio de ella es una columna de fuego, que todo lo consume, al que hace alusión el libro de la Sabiduría: "tuvieron por guía una luminosa columna de fuego" (18,3); porque así como el fuego ilumina ¡o diáfano, apura y afina los metales, las incendajas las reduce a nada; así también la caridad ilustra con su resplandor las acciones, purifica la intención y da muerte a todos los vicios.

Pónese, pues, de manifiesto, cuál sea la causa eficiente de esta carta, Pablo, como se hace notar allí: Yo. La final, la confirmación en la fe, que asimismo se hace notar: afiancé. La material, los Efesios: sus columnas. La formal se da a conocer por la división de la carta y el modo de proceder. Esta carta la encabeza el glosador con un prólogo o argumento, donde toca principalmente el por qué y el modo de escribir y nos presenta a los Efesios, a quienes alaba el Apóstol y los describe en tres pinceladas: por la región Asianos, porque eran del Asia Menor; por la religión, porque ya estaban adoctrinados con la predicación de la verdad cristiana; por la perseverancia, porque se habían mantenido firmes en la fe. Lo primero se refiere a la patria; lo segundo a la gracia; lo tercero a la perseverancia. Alábalos el Apóstol y añade aquí también el por qué y el modo de escribir, en p;ue incluye estas 4 circunstancias: a) ^el por qué de la escritura; b) el autor que es el Apóstol, que escribe (por su puño y letra, o por el amanuense); c) el lugar de donde escribe, de Roma, desde la cárcel; d) el delegado, de quien se vale para escribir, el diácono Tíquico. Bastante claro está todo por la misma carta.

CAPITULO 1

2

(Ef 1,1-6¹)

¹ Ef 1,1-6: ¹ Carta de Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, a los santos que (en Efeso) están y perseveran en Cristo: ² Reciban gracia y paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesús, el Señor.

³ ¡Bendito sea Dios, Padre de Cristo Jesús nuestro Señor, que nos ha bendecido en el cielo, en Cristo, con toda clase de bendiciones espirituales! ⁴ En Cristo Dios nos eligió antes de que creara el mundo, para estar en su presencia santos y sin mancha. En su amor ⁵ nos destinó de antemano para ser hijos suyos en Jesucristo y por medio de él. Así lo quiso y le pareció bien ⁶ sacar alabanzas de esta gracia tan grande que nos hacía en el Bien Amado.

Lección 1: Efesios 1,1-6

Después de saludar a los Efesios, hacerles patente su afecto y confirmarlos en sus buenos hábitos, da principio San Pablo a su narración.

1. Pablo, por voluntad de Dios, apóstol de Jesucristo, a todos los santos, residentes en Efeso y fieles en Cristo Jesús.
2. La gracia sea con vosotros, y la paz de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo.
3. Bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo,
4. así como por El mismo nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mácula en su presencia, por la caridad;
5. habiéndonos predestinado a ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo a gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad.
6. a fin de que se celebre la gloria de su^gracia,

Escribe el Apóstol esta carta a los Efesios, Asianos del Asia Menor, que es parte de Grecia. San Pablo no los convirtió a la fe -que ya antes de venir a ellos estaban convertidos (Ac 19)- sino los confirmó en ella. Pero después de su conversión y confirmación por el Apóstol, mantuviéronse firmes en la fe, no la recibieron como falsos conversos. Así pues, merecedores se habían hecho de consuelo, no de reprensión, y por eso San Pablo no les escribe carta para darles una buena mano, mas para consolarlos. Escríbeles, por medio de Tíquico, el diácono, desde la ciudad de Roma^, con la intención de confirmarlos en sus buenos hábitos y despertarles la aspiración a metas más elevadas.

Su modo de proceder nos lo indica la división de la carta. Va por delante el saludo, que les hace patente su afecto; sigúese la narración, en la que los confirma en sus buenos hábitos; en pos la exhortación, con la que los enciende a desear bienes de más alta esfera; por último la conclusión, en la que los esfuerza para el combate espiritual.

En el saludo pónese la persona que saluda, la saludada, la forma del saludo. Nómbrase primero la persona: Pablo; segundo, su autoridad: Apóstol de Cristo; tercero, el dador de la autoridad: por voluntad de Dios. Dice pues: Pablo Apóstol, contrapuesto el nombre a la dignidad, porque Pablo es un nombre humilde, y Apóstol, de dignidad; ya que quien se humilla será exaltado (Lc 14 y 18). Apóstol, digo, de Jesús, no de Satanás, como los pseudoapóstoles. "Y no es de admirar... ; así no es mucho que sus ministros se transfiguren en ministros de justicia" (2Co XI,15). Apóstol, repito, y esto no por mi linda cara, mas "por voluntad de Dios"; al revés de lo que pasa en muchos, que "reinaron, pero no por Mí" (Os. 8,4).

- "a todos los santos, residentes en Efeso y fieles", suple, les escribe; o yo, Pablo, escribo a los que han arribado a la santidad, mediante el ejercicio de las virtudes, en lo que a costumbres se refiere; y a los que se han mantenido fieles, en lo tocante al fin, por la rectitud del conocimiento y la doctrina; o a los santos, esto es, los mayores y perfectos; y a los fieles, los menores e imperfectos, "y a los fieles", digo, "en Cristo", no en sus acciones.

- "la gracia sea con vosotros y la paz". A renglón seguido añádese la forma del saludo, adornado de 3 galoncillos o ribetes, que hacen agraciada cualquier dádiva, es a saber, la suficiencia del don: "la gracia y la paz"; el poder del dador: "de Dios Padre"; la excelencia del mediador: "y del Señor Jesucristo".

Que entonces viene el don, como caído del cielo, cuando es bastante lo que se da; cuando el poderoso, como el rey o príncipe, lo da; cuando por una solemne embajada, como por la del del Hijo, lo da.

Dice pues: "la gracia", es a saber, de la justificación de la culpa, "y la paz", esto es, la tranquilidad de la mente, o la reconciliación con Dios, cuanto a quedar libre de la pena debida por la ofensa; "core vosotros", suple sea; "de Dios nuestro Padre", de quien todo bien procede (Stg. 1); "y del Señor Jesucristo", sin cuya mediación ninguna merced se otorga. De aquí que casi todas las oraciones concluyan asir Por Nuestro Señor Jesucristo. No nombra al Espíritu Santo, que se sobreentiende en los extremos, por ser nexa entre el Padre y el Hijo, o en los dones que se le apropian: la gracia y la paz.

Dando gracias luego: "bendito el Dios y Padre", los confirma en el bien de 3 maneras: a) de parte de Cristo, de quien recibieron muchos bienes; b) de parte de ellos, que fueron mudados y trasladados del estado malo en que vivían al bueno en que al presente viven; c) de parte del Apóstol, por cuyo ministerio y diligencia fueron confirmados en ese buen estado. Y al dar gracias distingue, de los beneficios hechos a todos, los que de manera especial a los Apóstoles y de modo particular a los Efesios. Aquí toca 6 de esos beneficios hechos en general al género humano: El 1 de bendición, por la certeza de la futura gloria.

El 2 de elección, por la preordenada separación de la masa de perdición.

El 3 de predestinación, por la preordenada asociación con los buenos, a saber, los hijos de adopción.

El 4 de gratificación, por la colación de la gracia.

El 5 de redención, por la libertad de la pena, esto es, del cautiverio del diablo.

El 6 de perdón, por la anulación de la culpa.

Cuanto al beneficio de la bendición considera ya el loor que en obsequio de Dios debe rendirse, ya el beneficio por el cual debe rendírsele: "que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo". Dice pues: "sea bendito", esto es, bendígale yo, bendecidle vosotros, bendíganle los demás, con el corazón, con la boca, con las obras; alabado sea "el Dios y Padre", es a saber, el que es Dios por su esencia divina, y padre por la propiedad de la generación. La conjunción de Dios y Padre no es por razón del supuesto, que es el mismo, mas por razón de la significación esencial y relativamente considerada. Padre, digo, "de Nuestro Señor Jesucristo", esto es, del Hijo, que es Señor nuestro según la divinidad, Jesucristo según la humanidad; el cual, a saber, Dios, "nos ha bendecido", al presente con la esperanza, en lo porvenir con la posesión de la realidad. Pone el pretérito por el tiempo futuro, por la certidumbre de lo que dice. Repito, nos ha bendecido, aunque hemos merecido la maldición, "con todo género de bendiciones espirituales", es a saber, cuanto al alma y cuanto al cuerpo; que entonces será el cuerpo espiritual (1Co XV). Con bendición, digo, bajada de las alturas, esto es, del cielo; y esto en Cristo, quiero decir, por Cristo, o por obra de Cristo; que El es quien "transformará nuestro vil cuerpo, y le hará conforme al suyo glorioso". Esta sí que es bendición y hénos de ir el alma por ella; tanto por razón de la causa eficiente, porque es Dios mismo esta bendición; como por razón de la materia, porque nos ha bendecido; y por razón de la forma, porque nos ha colmado de todo género de bendición espiritual; y últimamente por razón del fin, porque son bendiciones del cielo. "Ved: ¡así es bendecido el varón que teme al Señor!" (Ps 127).

Sigúese el segundo beneficio de la elección, cuando dice: "así como por El mismo nos escogió", que

tiene en su abono el haber sido libre, porque "por El mismo nos escogió"; eterna, porque "antes de la creación del mundo"; fructuosa, porque "para que fuésemos santos y sin mácula en su presencia"; de pura gracia, porque "por la caridad". Dice pues: su bendición será de tal guisa, que no por nuestra linda cara, sino por gracia de Cristo nos la dará, así como por El mismo nos escogió, y. apartándonos de pura gracia de la masa de perdición, de antemano dispuso en El mismo, esto es, por Cristo, salvarnos. "No me habéis elegido vosotros a Mí, sino Yo a vosotros" (Jn XV). Y esto "antes de la creación del mundo", esto es, desde toda la eternidad, antes que hubiésemos nacido. (Rm 9)

- "Nos eligió", repito, no porque tuviésemos en nuestro haber la santidad, "si ni siquiera existíamos", mas para esto, "para que fuésemos santos", ejercitando las virtudes, "y sin mácula", dando muerte a los vicios; cosas ambas que obra la elección, según las 2 partes de la iusticia: "apártate del mal y haz el bien" (Ps 33,15). Santos, digo, "en su presencia", esto es, internamente en el corazón, teatro reservado a sólo sus divinos ojos (I S. 16). O "en su presencia", esto es, para verle a El, porque, según San Agustín, todo el galardón consiste en la visión. Y esto lo hizo, no por méritos nuestros, mas por su caridad, o por la nuestra, con la que formalmente nos santifica.

- "Habiéndonos predestinado". Tercer beneficio por el que Dios, con una providencia amorosísima, dispuso de antemano, salvar a los suyos deparándoles la compañía y trato de los buenos. Seis cosas incluye el concepto efe predestinación:

- 1) el acto eterno: predestinó.
- 2) el objeto temporal: nosotros.
- 3) el provecho presente: la adopción.
- 4) el fruto futuro: El mismo, la gloria.
- 5) el modo gratuito: un puro efecto de su buena voluntad.
- 6) el debido efecto: que se celebre la gloria de su gracia.

Dice pues: el cual, es a saber, Dios, "nos predestinó", esto es, por sola su bella gracia, se anticipó a elegirnos "para hijos adoptivos suyos"; "porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía solamente por temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos" (Rm 8,15); y más abajo: "aguardamos el efecto de la adopción de los hijos de Dios".

Porque, a.sí como para que un hierro se ponga al rojo vivo es menester caldearlo en la fragua, porque la participación de una cosa no se logra sino por aquello que por su naturaleza es tal, así también la adopción filial ha de hacerse por medio del hijo natural. Por eso añade el Apóstol: "por Jesucristo".

Y esto es lo tercero que se toca en este beneficio, a saber, el mediador atrayente. "Envió Dios a su Hijo, formado de una mujer, y sujeto a la ley, para redimir a los que estaban debajo de la ley, y a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Ga 4,4). Y esto, "tomándole a El por dechado", esto es, tanto cuanto a su molde nos ajustamos y le servimos en espíritu. "Mirad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto" (1Jn 3,1); y más adelante: "sabemos, sí, que, cuando se manifestare claramente Jesucristo, seremos semejantes a El". Donde conviene notar que los predestinados tienen con el Hijo de Dios dos semejanzas: una perfecta y otra

imperfecta, o por gracia; y dicese imperfecta por 2 razones: a) porque esta semejanza sólo apunta a la reforma del alma (Col 3) y b) porque, aun cuanto al alma, tiene cierta imperfección; porque nuestro conocimiento de ahora es parcial (I Co. 13,9). La otra perfecta lo será en la gloria, cuanto al cuerpo (Ph 3) y cuanto al alma, porque llegado que fuere lo perfecto, lo imperfecto dejará de ser (!Co 13). Lo que aquí, pues, dice el Apóstol, de haber predestinado Dios nuestra adopción filial, puede referirse a la imperfecta asimilación con el Hijo de Dios, que en esta vida se logra por la gracia; pero es mejor referirla a la perfecta, que será en la patria, de la cual se dice en Rm 8,23: "suspiramos de lo íntimo del corazón, aguardando el efecto de la adopción de los hijos de Dios".

La causa de la predestinación divina no es ninguna necesidad que tenga Dios, ni deuda de parte de los predestinados, sino más bien un puro efecto de su buena voluntad; con lo cual se nos encarece el cuarto beneficio, porque proviene de puro amor; ya que la predestinación, conforme a razón, presupone la elección, y la elección el amor.

Señálase, con todo, una doble causa a este beneficio inmenso: una eficiente, la simple voluntad de Dios: "Con quien quiere usa de misericordia, y a quien quiere endurece" (Rm 9,18); y otra final, para alabar y conocer la bondad de Dios: "a fin de que se celebre la gloria de su gracia". Y esto es nuevo encarecimiento de este insigne beneficio, es a saber, un servicio provechoso en su ejercicio; ya que la causa de la divina predestinación es la pura voluntad de Dios, y el fin de ella el conocimiento de su bondad. Donde conviene advertir que la voluntad de Dios no tiene causa, por ningún motivo, sino que de todas las cosas es la primera causa. Empero, con todo eso, puede señalársele alguna razón, o de parte de lo querido, o de parte del queriente. En este sentido, cierta razón de la divina voluntad es su bondad, que es objeto de la voluntad divina y la mueve; de donde razón de todo lo que Dios quiere es la divina bondad. "Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo" (Pr. 16,4). De parte de lo querido la razón de la divina voluntad puede ser algún ser creado, como cuando quiere coronar a Pedro, porque peleó en buena lid; pero esta razón no es la causa de querer, sino la causa de que así se haga.

Pero es de saber, de parte del objeto querido, que los efectos son la razón de la divina voluntad, mas de tal suerte que el efecto anterior es razón del ulterior; con todo eso, en llegando al primer efecto, no puede señalársele ya más causa que la voluntad divina; pongo por caso: Dios quiere que el hombre tenga manos, para que sirva a la razón; y que el hombre tenga razón, porque quiso que fuese hombre; y quiso que fuese el hombre, por la perfección del universo. Y por ser éste el primer efecto en la criatura, no puede señalársele al universo alguna razón de parte de la criatura, sino de parte del Creador, y ésta no es otra cosa que la voluntad divina. Luego, según esta norma, ni a la predestinación puede señalársele alguna razón de parte de la criatura, sino sólo de parte de Dios; pues sus efectos son dos, a saber, la gracia y la gloria. Mas a los efectos que se eslabonan en orden a la gloria, de parte de lo querido puede señalárseles alguna razón, es a saber, la gracia. Pongo por caso: coronó a Pedro, porque éste peleó en buena lid, y esto postrero, porque fue confirmado en gracia; mas a la gracia, que es el primer efecto, no puede señalársele alguna razón de parte del hombre, como el por qué de la predestinación; porque esto sería afirmar -y en esto consiste la herejía Pelagiana- que el hombre tiene de sí, y no por la gracia, el principio del bien obrar. Y así queda en claro que la razón de la predestinación es la simple voluntad de Dios, o, como dice el Apóstol: "por un puro efecto de su buena voluntad".

Mas para que se entienda cómo todo lo hace y quiere Dios por causa de su bondad, es de saber que ser necesario obrar unas cosas por amor del fin puede entenderse de 2 maneras: o para alcanzar el fin, como el enfermo que toma la medicina para cobrar salud; o por amor de difundir el fin, como el médico que ejercita su arte para comunicar a otros la salud. Mas Dios de ningún bien exterior tiene necesidad,

según lo del Salmo XV; y así, cuando se dice que Dios quiere y hace todo por su bondad, no ha de entenderse que lo que hace lo haga para comunicarse su bondad, mas para difundirla en otros. Y comuníquese la divina bondad a la criatura racional con toda propiedad, a fin de que la misma la conozca; y de esta suerte todo lo que Dios hace en las criaturas racionales lo ha creado para alabanza y gloria suya, conforme a lo que dice Is : "a todos aquellos que invocan mi nombre los creé, los formé e hice para gloria mía" (43,7), es a saber, para que conozcan mi bondad y conociéndola la alaben. Por eso añade el Apóstol: "a fin de que se celebre la gloria de su grada", esto es, para que conozcan que Dios se merece toda alabanza y toda gloria.

Mas no dice: en alabanza de su justicia, que no tiene lugar donde no hay deuda, o en algún caso aun rédito; porque la predestinación para la vida eterna no es deuda, como ya se dijo, sino pura gracia dada de balde. Ni sólo dice de la gloria, sino añade de la gracia, como si dijera: de la gloriosa gracia -que tal es en realidad la gracia-, en cuyo modo de hablar despliega sus galas la magnificencia de la gracia, que consiste también en la magnitud de la gloria y el modo de dar, porque la da, no sólo no mereciéndola por méritos precedentes, mas desmereciéndola por deméritos ya existentes; lo que hace decir a San Pablo: "pero lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que entonces mismo, cuando éramos aún pecadores, fue cuando, al tiempo señalado, murió Cristo por nosotros"; y poco después: "cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con El por la muerte de su Hijo" (Rm 5,8). Queda, pues, claro que la predestinación divina no tiene otra causa, ni puede tenerla, que la simple voluntad de Dios; y está claro también que la divina voluntad que predestina no tiene otra explicación que la comunicación a los hijos de la bondad divina.

3

(Ef 1,7²)

Lección 2: Efesios 1,7

Muéstranos la gracia que Dios nos ha dado de balde por Cristo, por cuya sangre fuimos redimidos.

Mediante la cual nos hizo gratos a sus ojos en su querido Hijo.

7. En quien por su sangre logramos la redención, y el perdón de los pecados, por las riquezas de su gracia.

Aquí pone el Apóstol el cuarto beneficio, es a saber, el de la gratificación en la colación de la gracia; en donde habla de la colación de este beneficio, y muestra el modo de darlo y con qué condición. Dice pues: afirmo que hemos sido predestinados, como hijos adoptivos, para alabanza y gloria de su gracia, digo la gracia, "mediante la cual nos hizo gratos a sus divinos ojos"; acerca de lo cual es de saber que lo mismo es caerle bien a uno que serle querido; ya que yo amo al que me lleva los ojos y el corazón. Habiéndonos pues Dios amado desde toda la eternidad, puesto que por amor nos eligió antes de la creación vdel mundo, como va dicho, ¿cómo es que en el transcurso del tiempo vino de su bella gracia a hacernos este don? A esto se responde que, a quienes amó en Sí mismo desde la eternidad, a éstos en el tiempo, y en la propia naturaleza de cada uno, los hace gratos; cuanto a lo eterno y lo temporal hay esta diferencia: que lo eterno no ha sido hecho, lo temporal dícese que se hace. De donde aquí exclama

2 Ef 1,7: ⁷ En él y por su sangre fuimos rescatados, y se nos dio el perdón de los pecados, fruto de su generosidad inmensa⁸ -⁹

el Apóstol: "nos gratificó", esto es, nos hizo gratos, por ser por dignación suya queridos. "Mirad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en electo" (1Jn 3,1). Costumbre ha sido distinguir la gracia gratis data, dada de balde, sin merecimientos de parte del agraciado (Rm XI), y la *gratum faciens*, la que hace agradable, la que nos hace gratos y aceptos a Dios, de la cual se trata aquí.

Notemos que unos son amados por otro, y otros por sí mismos; que cuando a uno mucho lo quiero, quiérola a él y lo que es de su pertenencia; y a nosotros nos quiere Dios, mas no por nosotros mismos sino en Aquel que por sí mismo le es querido al Padre. Por eso añade el Apóstol: "en su querido Hijo", por el cual nos ama, es a saber, a proporción de nuestra semejanza con El, porque el amor se funda en la semejanza. De donde se dice en el Eclesiástico que "todo animal ama a su semejante" (13,19). Pero el Hijo es por su naturaleza semejante al Padre; razón por la cual es principalmente y por sí querido, y por tanto, de modo natural y excelentísimo, es amado del Padre. Nosotros, en cambio, somos hijos por adopción, tanto cuanto mayor es nuestra conformidad con la imagen del Hijo, y, por consiguiente, participamos en alguna forma del divino amor. "El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna" (Jn 3,35); "nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado" (Col 1,13).

- "En quien logramos la redención". Explícate aquí de qué modo, o bien de parte de Cristo, o de parte de Dios. De parte de Cristo es doble, ya que por 2 cosas Cristo nos hizo gratos; pues 2 son los estorbos que en nosotros se oponen a la gratificación divina: la mácula del pecado y la culpa de la pena. Y así como a la vida es contraria la muerte, así a la justicia el pecado, de suerte que alejados, por causa suya, de la semejanza divina, gratos a Dios no fuésemos, mas por Cristo nos hizo gratos; en primer lugar, quitando la pena, que nos trajo el pecado, de cuyo cautiverio, como él dice, nos redimió Cristo; que "no con oro o plata, que son cosas perecederas, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero inmaculado y sin tacha, fuisteis rescatados de vuestra vana conversación, que recibisteis de vuestros padres" (I P.I,18). En segundo lugar, porque nos libró de la servidumbre, en que nos había estancado la culpa, de la cual no podíamos por nosotros mismos dar plena satisfacción; pues por su muerte dio por nosotros satisfacción a Dios Padre y con esto finiquitó a la funesta culpa. Por eso dice: "para perdón de los pecados". "¡He aquí el Cordero de Dios, ved aquí el que quita los pecados del mundo!" (Jn 1; Lc 24).

El modo de parte de Dios se expresa en las palabras "por las riquezas de su gracia", como si dijera que Dios, al hacernos gratos, no sólo nos perdonó la culpa, sino que nos dio a su Hijo, que pagó por nosotros; y esto fue efecto de sobreabundante gracia, con la cual y por este medio quiso conservar a la naturaleza humana su lugar honroso, cuando por la muerte de su Hijo quiso librar a los hombres de la servidumbre del pecado y de la muerte, como si de justicia se les debiese. Por eso dice: "por las riquezas de su gracia", como si dijera: el hecho de haber sido redimidos y agraciados, por la satisfacción de su Hijo, fue efecto de una abundante gracia y misericordia, en la medida que a los que la desmerecen se concede la misericordia y la compasión.

Lo que va dicho lo hemos explicado conforme a la exposición de la Glosa, que parece traída por los cabellos, porque lo mismo se contiene en un concepto que en otro: *elegit* y *praedestinavit*; ya que lo mismo es decir nos eligió que nos predestinó. Y equivale a lo mismo decir "para ser santos e inmaculados" y decir: "para ser hijos adoptivos suyos". Por lo cual es de saber que es costumbre del Apóstol, cuando habla en una materia difícil, hacer, en las palabras que inmediatamente se siguen, una explicación de las que preceden, de suerte que no se trata de inculcar las palabras sino de explanarlas, y éste es el estilo que aquí observa el Apóstol. De donde, abalanzada cada palabra con el mismo fiel,

hagamos otra división desde el principio, y digamos que esta parte: "bendito el Dios" se divide primero en 3 partes, porque el Apóstol, lo primero, da gracias: "bendito el Dios y Padre"; lo segundo, hace una letanía de todos los beneficios que la divina largueza nos ha otorgado: "que nos ha colmado de toda suerte de bendiciones espirituales"; lo tercero, hace de los divinos beneficios en especial una expresa declaración: "así como por El mismo nos escogió". Esta parte se divide en otras 2, porque, primero, expresa distintamente los beneficios; segundo, los expone: "habiéndonos predestinado". Y explica los beneficios: a) cuanto a la elección; b) cuanto a sus secuelas: "para que seamos santos". Y empieza su exposición con la elección, que es doble, a saber, de la justicia presente y de la predestinación eterna. De la primera dice San Juan: "¿por ventura nos os elegí 12, y uno de vosotros es un demonio?" Mas de esta elección no trata el Apóstol, porque no existió antes de la creación del mundo, y por eso al instante manifiesta que lo entiende de la segunda, a saber, de la eterna predestinación, de la cual dice: "nos predestinó". Y porque dice también: "en Cristo", es a saber, para que fuésemos semejantes y conformes a Cristo, razón por la cual somos adoptados por hijos, por eso añade: "para ser adoptados por hijos por Jesucristo". Mas lo que dice: "en caridad", lo explica al decir: "en quien por su sangre logramos la redención"; como si dijera: nosotros la tenemos; "e inmaculados" lo explica cuando dice: "para perdón de los pecados". Por fin, "en su presencia", al decir: "para alabanza de su gloriosa gracia".

4

(Ef 1,8-10³)

Lección 3: Efesios 1,8-10

Hace un recuento de los beneficios singulares hechos a los Apóstoles, que se resumen en la excelencia de la sabiduría y en la revelación del misterio escondido, que explica en qué consiste.

8. que con abundancia ha derramado sobre nosotros, colmándonos de toda sabiduría y prudencia.

9. para hacernos conocer el misterio de su voluntad, fundada en su mero beneplácito, por el cual se propuso

10. el restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos, y las de la tierra, por El mismo.

Después de haber expuesto los beneficios hechos generalmente a todos, menciona aquí el Apóstol los hechos de modo especial a los Apóstoles. Divídese esta parte en 2, que tratan respectivamente de los beneficios hechos a los Apóstoles de modo singular y de su causa. Acerca de lo primero propone los beneficios hechos singularmente a los Apóstoles cuanto a la excelencia de la sabiduría y cuanto a la revelación especial del misterio escondido, y explica en qué consiste ese misterio. Dice pues: afirmo que, por las riquezas de su gracia, todos los fieles en general, tanto vosotros como nosotros, logramos la redención y el perdón de los pecados por la sangre de Cristo; y esta gracia la ha derramado Dios "con sobreabundancia sobre nosotros", esto es, ha sido más abundante que en otros. De donde se pone de

³ Ef 1,8-10: ⁸ -⁹ que se derramó sobre nosotros. Ahora nos ha dado a conocer, mediante dones de sabiduría e inteligencia, este proyecto misterioso suyo, fruto de su absoluta complacencia en Cristo.¹⁰ Pues Dios quiso reunir en él, cuando llegara la plenitud de los tiempos, tanto a los seres celestiales como a los terrenales. ¹¹ En Cristo fuimos elegidos nosotros: Aquel que dispone de todas las cosas y las somete a su voluntad, decidió que fuéramos pueblo suyo,¹²

manifiesto la temeridad -por no decir error de los que se atreven a comparar, en gracia y gloria, a algunos santos con los Apóstoles; porque estas palabras dan claramente a entender que los Apóstoles, después de Cristo y su santísima Madre, tienen mayor gracia que cualesquiera otros santos. Mas si se objetare que otros santos pudieron tener tantos méritos cuantos los Apóstoles y otro tanto, por consiguiente, de gracia, se responde que la objeción estaría en su lugar si a proporción de los méritos se diese la gracia; pero si así fuese, ya no sería gracia, como se dice en Romanos XI.

Por tanto, así como Dios dispuso de antemano levantar a mayor dignidad a algunos santos, de la misma manera derramó sobre ellos con mayor abundancia su gracia, así como a Cristo hombre confirióle una gracia singular, por haberlo elevado a unidad de persona con el Verbo. Lo mismo a la gloriosísima Virgen María, que eligió para madre suya, la llenó de gracia cuanto al alma y cuanto al cuerpo; y a los Apóstoles, por haberlos llamado a una singular dignidad, dotólos también del privilegio de una gracia singular; por lo cual dice el Apóstol: "nosotros mismos que tenemos las primicias del espíritu", con antelación en el tiempo y mayor abundancia que los demás (Glosa). Es pues temerario parangonar con los Apóstoles a algún santo, ya que en ellos, por tener la primacía, como pastores de la Iglesia, sobreabundó la gracia divina, engalanada con sabiduría de todo género. "Os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina" Jer. 3,15). Dos cualidades han de la sabiduría.

Sigúese el otro beneficio cuanto a la excelencia de la revelación "para hacernos conocer el misterio", como si dijera: nuestra sabiduría no consiste en conocer las naturalezas de las cosas, el curso de las estrellas, la revolución de los planetas... sino en sólo Cristo; "puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y Este crucificado" (1Co 2,2). Por eso dice aquí: "para hacernos conocer el misterio", esto es, el sagrado secreto, el misterio de la Encarnación, que al principio estuvo escondido.

La causa de este secreto escondido la añade diciendo: "de su voluntad"; porque, a no conocerse sus causas, tampoco se conocerían los efectos futuros, así como no conocemos un futuro eclipse si no conocemos su causa. Siendo pues causa del misterio de la Encarnación la voluntad de Dios -ya que por el excesivo amor que Dios tuvo a los hombres se quiso encarnar (Jn 3)- y dejando nuestros ojos en cerradísimas tinieblas para sus divinas trazas (1Co 2); sigúese que la causa de la Encarnación fue una pura obscuridad, a no ser para aquellos a quienes Dios lo reveló, como dice el Apóstol, por medio del Espíritu Santo: "para hacernos conocer el misterio", esto es, el sagrado secreto, que por esto es secreto, porque es obra de su voluntad. "Yo te glorifico, Padre mío. Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos" (Mt XI,25). Asimismo en Col 1,26: "el misterio escondido a los siglos y generaciones pasadas, y que ahora ha sido revelado a sus santos, a quienes Dios ha querido hacer patentes las riquezas de la gloria de este arcano".

Y en qué consista este misterio lo expone seguidamente diciendo: "fundada en su mero beneplácito", sentencia enredada que debe construirse así: "para hacernos conocer". Y este misterio consiste en "restaurar todas las cosas en Cristo", esto es, por Cristo. Digo todas las cosas "de los cielos, y las de la tierra". Restaurar, repito, en El, es a saber, en Cristo, "cumplidos los tiempos prescritos", y esto "según su beneplácito". Donde se tocan 3 cosas, es a saber: la causa del misterio y su utilidad y la sazón del tiempo.

En cierto modo alude a la causa al decir: "según su beneplácito"; porque, aunque bueno es todo lo que a Dios agrada, con todo, este beneplácito de Dios por antonomasia se dice bueno, ya que por él llegamos

a la perfecta fruición de la bondad; "a fin de acertar qué es lo bueno, y lo más agradable, y lo perfecto que Dios quiere de vosotros" (Rm 12,2; Ps 146). La sazón del tiempo estuvo en la dispensación de la plenitud, de la cual se dice en Ga 4,4: "mas cumplido que fue el tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de una mujer".

De donde el Apóstol da aquí de mano a una frivola controversia en que los Gentiles acostumbraban enzarzarse; porque como se dice en Job 24: "al Todopoderoso están presentes los tiempos". Por consiguiente, así como todo lo dispensa y ordena, del mismo modo los tiempos, dispensando y acomodándolos a los efectos que produce según su oportunidad. Y así como dispuso tiempos para otros efectos producidos por El, así también para el misterio de la Encarnación dispuso con antelación, desde toda la eternidad, un tiempo determinado, que empezó a existir, en opinión de la Glosa, luego que el hombre quedó convicto, antes de la ley escrita, de su necedad, es a saber, cuando daba culto, como si fuesen el Creador, a las criaturas, "y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios" (Rm 1,22); y convicto también de impotencia por la ley escrita, que no podía cumplir; para que así los hombres no presumiesen de su sabiduría y virtud, ni despreciasen, por consiguiente, la venida de Cristo, sino que como enfermos y en cierto modo ignorantes suspirasen con mayores ansias por que Cristo viniese. Y efecto de este misterio es restaurarlo todo; que tal denominación se adapta a la ejecución de cuanta cosa se hizo en atención al hombre. "En aquel tiempo restauraré el tabernáculo de David, que está por tierra, y repararé los portillos de sus muros, y reedificaré lo destruido, y lo volveré a poner en pie" (Am. 9,2). Todas las cosas, digo, de los cielos, esto es, los Angeles, no porque Cristo hubiese muerto por los Angeles, sino porque con la redención del hombre se hizo un reparo general de la ruina angélica (109). Mas con esto no vayamos a caer en el error de Orígenes creyendo, como él fantaseó, que Cristo redimirá también a los Angeles condenados (los demonios). "Y las de la tierra", haciendo las paces entre ella y el cielo (restableciendo la paz entre cielo y tierra, por medio de la sangre que derramó en la cruz) (Col 1,20); lo que ha de entenderse cuanto a la suficiencia, aunque no todo se restaure cuanto a la eficacia.

5

(Ef 1,11-12⁴)

Lección 4: Efesios 1,11-12

Demuestra que los beneficios excelentes que recibió no los recibió por sus méritos, mas por gracia de Dios; y que el fin de la vocación gratuita, que aquí propone, y de la predestinación voluntaria, es la alabanza y gloria de Dios.

11. Por El fuimos también nosotros llamados como por suerte, habiendo sido predestinados según el decreto de Aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad,

12. para que seamos la gloria y el blanco de las alabanzas de Cristo, nosotros los judíos, que hemos sido los primeros en esperar en El.

Arriba trató el Apóstol de la abundante gracia que él y los otros Apóstoles recibieron de Cristo; mas no

⁴ Ef 1,11-12: ¹¹ En Cristo fuimos elegidos nosotros: Aquel que dispone de todas las cosas y las somete a su voluntad, decidió que fuéramos pueblo suyo, ¹² y lleváramos la espera del Mesías, con el fin de que sea alabada su Gloria.

fuese alguno a creer que por sus propios méritos la recibieron, muestra que no fue así, sino que de balde la recibieron, llamados por Dios sin consideración a sus propios méritos. Divídese esta parte en 3, a saber: la vocación gratuita, la voluntaria predestinación de Dios y el fin de ambas. Dice pues: dije que esta gracia se derramó sobreabundantemente sobre nosotros y que todo fue restaurado en Cristo; por el cual, esto es, por Cristo, "fuimos también nosotros llamados como por suerte", esto es, no por nuestra linda cara, mas por divina elección; por lo cual "damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los santos" (Col 1,12); "que está en tu mano" (Ps 30,16). Para cuya inteligencia es de saber que entre los hombres suceden muchas cosas que parecen casuales y contingentes, y no son sino disposiciones tomadas con mucho acuerdo por la divina Providencia. Las suertes no son otra cosa que la indagación de la divina Providencia sobre una cosa contingente y humana; de donde San Agustín, sobre aquello del Salmo 30,16: "en tu mano está mi suerte", dice que las suertes no son cosa mala, sino la indagación de la voluntad divina en las dudas e incertidumbres.

Pero en esta indagación hay que evitar 3 pecados: a) de superstición; pues toda vana e ilícita religión es superstición; y en las suertes se incurre en pecado de ilícita superstición cuando en ellas se entabla algún pacto con los demonios. Así se dice en Ezequiel 21: "el rey de Babilonia se parará en la encrucijada, al principio de los dos caminos, buscando el adivinar por medio de la mezcla de las saetas; preguntará a los ídolos y consultará las entrañas de los animales"; porque mezclar las saetas es un género de sortilegio, e interrogar los ídolos, de superstición; y condénase ahí el sortilegio entre los pecados que huelen a superstición;

b) de tentación de Dios; que cuando un hombre por sí puede hacer algo y saber lo que debe hacer, si entonces por suertes o cosa parecida quiere averiguar de Dios lo que debe hacer, tienta a Dios. Mas cuando apremia la necesidad, ni él por sí mismo puede ayudarse en nada, lícitamente entonces indaga de Dios qué debe hacer. "No sabiendo lo que debemos hacer, no nos queda otro recurso que volver a Ti nuestros ojos" (II Par. XX,12);

c) de vanidad, que es cuando investigamos de cosas impertinentes e inútiles, en que no nos va ni nos viene, como, por ejemplo, de los futuros contingentes, de los que dice Jesucristo: "no os corresponde a vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados en su poder" (Ac 1,7).

Así pues, según lo dicho,, las suertes pueden ser divisorias, consultorias y adivinatorias. Son divisorias las de los que se reparten la herencia, que, no pudiendo llegar a un acuerdo, echan suertes, mostrando, por ejemplo, un anillo, una baraja... y diciendo: el que se la saque tendrá esta parte de la herencia. Tales suertes pueden lícitamente echarse. "La suerte acaba las contiendas y las decide aun entre los poderosos" (Pr. 18,18), esto es, entre los que quieren hacer partijas.

Las consultorias son cuando uno, en duda de lo que debe hacer, consulta a Dios echando suertes. En el libro de Jonás se cuenta que, cuando sobrevino aquella tempestad en el mar, consultaron a Dios echando suertes, para saber por culpa de quién se había levantado aquella borrasca. Y este género de suertes es lícito, mayormente en las necesidades y en las elecciones de las potestades seculares. De aquí que empleen unas bolitas de cera, que llaman redolinos, en algunos de los cuales ponen cédulas y en otros no, de modo que a los que les toque el redolino con las cédulas tengan voz en la elección. Aun los Apóstoles se valieron de este medio, en una elección espiritual, cuando cayó la suerte en Matías (Ac 1,26); pero esto antes de la venida del Espíritu Santo; mas después de su venida, ya no es lícito en tales elecciones acudir a las suertes, porque acudiendo a ellas se haría injuria al Espíritu Santo, ya que es creíble que provea a su Iglesia de buenos pastores. De aquí que, cuando eligieron a los 7 diáconos, ya no echaron suertes; y de entonces para acá ya no es lícito emplear este medio en ninguna elección

eclesiástica.

Las adivinatorias son la indagación de cosas futuras reservadas exclusivamente al conocimiento divino; suertes viciadas siempre de curiosidad, con su mixtura de vanidad.

Ya pues, no siendo las suertes sino la indagación de las cosas que por divina voluntad se hacen, y estando su gracia pendiente de sola la divina voluntad, de ahí que se diga suerte la gracia de la elección divina, ya que a modo de suerte, según su oculta providencia, llámanos Dios por una gracia interna, y no por méritos que tengamos.

Que es lo que dice: "predestinados", por voluntaria predestinación de Dios (Rm 8); cuya razón -de la tal predestinación- no son nuestros méritos, sino la pura voluntad de Dios. Por eso añade: "según su decreto". -"Sabemos también nosotros que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, de aquellos, digo, que El ha llamado según su decreto para ser santos" (Rm 8,28). Y prueba que ha predestinado según su decreto, porque no sólo eso, sino todo lo que Dios hace "lo hace conforme al designio de su voluntad" (Ps 134; Is 46). Mas no dice conforme a su voluntad, porque no creas que procede sin ton ni son, sino "conforme al designio de su voluntad", esto es, conforme a su voluntad gobernada por la razón, empero no considerada como discursiva, sino como que entraña una cierta y deliberada voluntad.

Toca por último el fin de ambas: predestinación y vocación, es a saber, la gloria de Dios. De donde dice: "para que seamos la gloria y el blanco de las alabanzas de Cristo" y por nosotros, que hemos creído en Cristo, se dé a Dios la gloria. "Los montes y los collados resonarán delante de Dios en cánticos de alabanza" (Is 55,12). Y alabanza de la gloria de Dios -en sentir de San Ambrosio- es cuando muchos se ganan para la fe, como es gloria del médico tener muchos pacientes y curarlos. "Los que teméis al Señor, esperad en El, que su misericordia vendrá a consolaros" (Eccli. .2,9).

6

(Ef 1,13-14⁵)

Lección 5: Efesios 1,13-14

Hace un recuento de los beneficios que Dios ha hecho de manera especial a los Efesios, como son la predicación del Evangelio, la conversión a la fe y la justificación gratuita.

13. en El habéis esperado también vosotros, luego que habéis oído la palabra de la verdad (el Evangelio de vuestra salud) y en quien habiendo asimismo creído recibisteis el sello del Espíritu Santo que estaba prometido,

14. el cual es la prenda de nuestra herencia hasta la perfecta libertad del pueblo, que se ha adquirido para loor de la gloria de El mismo.

⁵ Ef 1,13-14: ¹³ También ustedes, al escuchar la Palabra de la Verdad, el Evangelio que los salva, creyeron en él, quedando sellados con el Espíritu Santo prometido, ¹⁴ que es el anticipo de nuestra herencia. Por él va liberando al pueblo que hizo suyo, para que al fin sea alabada su Gloria.

Luego que hizo el Apóstol una enumeración de los beneficios hechos a todos los fieles en general, y de modo especial a los Apóstoles, como consecuencia enumera aquí los hechos a los Efesios. Divídese esta parte en 2, en que propone los beneficios hechos y el afecto que en él se ha despertado por causa de los mismos. Subdivídese nuevamente la primera, según los 3 beneficios de la predicación, de la conversión a la fe y de la justificación. Dice pues cuanto al primero: "en el cual", a saber, en Cristo, vosotros también, "luego que habéis oído", esto es, por cuyo favor y poder habéis oído "la palabra de la verdad", es a saber, la palabra de la predicación, tan pronto como Cristo os mandó sus predicadores. "Y ¿cómo oirán hablar de El, si no se les predica? Y ¿cómo habrá predicadores, si nadie los envía?" (Rm X,14). "Así que la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo" (Rm X,17). Oyen, pues, gracias al que les envió los predicadores (Lc XI: bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.)

Tres cartas de recomendación da el Apóstol a esta palabra de la predicación: la primera de parte de la verdad, al decir: "la palabra de la verdad", ya que su origen lo trae de Cristo, del cual se dice: "tu palabra es la verdad" (Jn 17; Stg. 1). La segunda, porque es la buena nueva; de donde dice: "Evangelio", o anuncio del sumo bien y de la vida eterna; y por antonomasia la palabra de la fe se llama Evangelio, como si dijéramos: anuncio del sumo bien. "¡Oh, cuan hermosos son los pies de aquel que sobre los montes anuncia y predica la paz; de aquel que anuncia la buena nueva; de aquel que pregona la salud!" (Is 52,7). "Súbete sobre un alto monte tú que anuncias buenas nuevas a Sión" (Is 40,9). Y esto cuanto a los bienes futuros. La tercera carta de recomendación es de parte de los bienes presentes, porque salva. De donde dice: "de vuestra salud", porque creído da la salud. "Que no me avergüenzo del Evangelio; siendo él, como es, la virtud de Dios para salvar a todos los que creen" (Rm 1,16). "Quiero renovaros la memoria del Evangelio que os he predicado, que vosotros recibisteis, en el cual estáis firmes, y por el cual sois salvados" (I.Co XV,1).

Cuanto al beneficio de la conversión a la fe dice: "en el cual", a saber, Cristo, habiendo creído por obra suya, "habéis sido sellados". Y este beneficio se apropia a la fe porque es necesaria para los oyentes; que de balde oyera uno la palabra de la verdad si no creyese, y el mismo creer es por obra de Cristo; "que de gracia habéis sido salvados, por medio de la fe, no por obra vuestra, ya que es don de Dios" (Co. 2).

Mas cuanto al beneficio de la justificación dice: "habéis sido sellados"; y esto "por el Espíritu Santo que se os ha dado", del cual dice 3 cosas, a saber, que es sello, espíritu de promesa y prenda de herencia. Es sello en cuanto que por El se infunde la caridad en nuestros corazones, por la que nos distinguimos de los que no son hijos de Dios; y en este sentido dice: "habéis sido sellados", es a saber, divididos del rebaño del diablo. "No queráis contristar con vuestros pecados al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados" (Ep 4,30). Que así como los hombres marcan sus rebaños para con la marca distinguirlos de los demás, así también el Señor quiso marcar su rebaño, esto es, su pueblo, con una marca espiritual. El Señor tuvo un pueblo de modo muy singular dedicado a Sí, que en el Antiguo Testamento fue el judío. "Vosotros, pues, ¡oh hombres!, vosotros sois los rebaños míos, los rebaños que Yo apaciento" (Ez. 34,31); de donde toma pie el Salmista para decir: "nosotros somos su pueblo y ovejas de su dehesa". Mas puesto que este rebaño se apacentaba con pastos corporales, es a saber, con una doctrina que hacía mucho hincapié «n el cuerpo y en los bienes temporales (Is 1); por la misma causa lo separó y distinguió el Señor de otros pueblos con una marca corporal, a saber, la de la circuncisión: "estará mi pacto señalado en vuestra carne" (Gn. 17,13); pero antes se dice: "circuncidaréis vuestra carne, en señal de la alianza contraída entre Mí y vosotros".

Eso en el Antiguo; mas en el Nuevo Testamento tiene por rebaño al pueblo cristiano. "Mas ahora os habéis convertido al pastor y obispo o superintendente de vuestras almas" (I P. 2,25; Jn X). Pero este rebaño se apacienta con pastos de doctrina espiritual y bienes espirituales, y por lo mismo lo ha distinguido el Señor de otros con una marca espiritual, que es el Espíritu Santo, por el que se distinguen los que son de Cristo de los que no lo son; y siendo el Espíritu Santo amor, luego dásele a uno cuando hácese amador de Dios y del prójimo (Rm 5).

Así pues, señal de distinción es la caridad, que proviene del Espíritu Santo, -"En esto conocerán que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros" (Jn 13,35)-, y el sello con que somos marcados es el Espíritu Santo; el cual se dice espíritu de promesa por 3 razones: a) porque fue prometido a los fieles (Ez. 36 y 37); b) porque se da con cierta promesa; pues por el hecho mismo de dársenos, hacémonos hijos de Dios, ya que por el Espíritu Santo hacémonos una cosa con Cristo (Rm 8) y, por consiguiente, hacémonos hijos de Dios adoptivos; por cuya causa tenemos la promesa de la herencia eterna, porque, si somos hijos, también somos herederos (Rm 8).

Dícese prenda, en tercer lugar, por cuanto nos da certeza de la herencia prometida; ya que el Espíritu Santo, al adoptarnos por hijos de Dios, se trueca, por decir así, en espíritu de promesa y en sello de fianza de que la alcanzaremos. Pero, según la Glosa, otro texto dice: que es arra de la herencia, y quizá mejor, porque prenda a secas es algo diferente de la cosa por la cual se da, y se devuelve luego que la persona que recibió la prenda recobra lo suyo que se le debía. Arra, en cambio, no es cosa diferente de la que se da ni se devuelve, pues dase del mismo precio, que no ha de quitarse sino completarse; pero Dios nos dio como prenda la caridad, por el Espíritu Santo, que es espíritu de verdad y de amor. Por consiguiente, esta prenda no es otra cosa sino cierta particularidad e imperfecta participación de la divina caridad y amor, que no ha de quitarse sino perfeccionarse; por tanto, con más propiedad dícese arra que prenda; con todo eso, puede decirse también prenda, ya que por el Espíritu Santo, de su liberalidad y largueza, nos hace Dios gracia de diversos dones, de los cuales quédanse algunos en la patria, como la caridad, que jamás fenece; otros en cambio que por su imperfección no permanecen, como la fe y la esperanza, que se acabarán. Así pues el Espíritu Santo dícese arra respecto de lo que permanece, mas al contrario prenda respecto de lo que se acabará.

Pero a qué fin nos sellaron lo añade diciendo: "para ser libres"; porque si alguno adquiriese de nuevo algunos animales y los añadiese a su rebaño, los marcaría en señal de haberlos adquirido. Y Cristo se conquistó un pueblo entre los Gentiles, "tengo otras ovejas que no son de este redil, y es necesario que las traiga a él" (Jn X); por eso las marcó con el sello de adquisición: su sangre preciosa (I P. 2; Hch. 20). Mas por haber Cristo adquirido este pueblo, no de manera que nunca hubiera sido suyo, sino que alguna vez lo fue suyo, pero que entonces se veía oprimido por la servidumbre del diablo, a la que por el pecado había venido a parar, por eso no dice sencillamente adquirió sino que añade: "para ser libres"; como si dijera: no simplemente nos adquirió de nuevo, sino que como si por su sangre nos hubiese rescatado del cautiverio diabólico. "No habéis sido rescatados con oro o con plata, cosas deleznable" (I P. 1,18). Así pues, nos adquirió Cristo rescatándonos, no porque con eso medre en algo Dios, que de nuestros bienes no tiene necesidad (Jb 35); sino "para loor de la gloria de El mismo", esto es, para que sea alabado el mismo Dios (Is 43).

(Ef 1,15-19⁶)

Lección 6: Efesios 1,15-19

Por los beneficios que Dios les ha hecho se siente Pablo enternecido con los Efesios, y dando gracias de los pasados pide por que en lo futuro reciban otros.

15. Por eso yo, estando, como estoy, informado de la fe que tenéis en el Señor Jesús, y de vuestra caridad para con todos los santos,

16. no ceso de dar gracias por vosotros, acordándome de vosotros en mis oraciones,

17. para que Dios, Padre glorioso de Nuestro Señor Jesucristo, os dé espíritu de sabiduría y de ilustración, para conocerle,

18. Iluminatos oculos cordis vestri, ut sciatis quae sit spes sepáis cuál es la esperanza de su vocación, y cuáles las riquezas y la gloria de su herencia destinada para los santos,

19. y cuál aquella soberana grandeza de su poder sobre nosotros que creemos.

Luego de haber enumerado el Apóstol los beneficios hechos a los Efesios por Cristo, muestra aquí cómo ha crecido su afecto para con ellos. Divídese esta parte en 3, en que respectivamente recuerda las cosas buenas que le contaron de ellos, da gracias por los beneficios recibidos y hace oración por que reciban otros nuevos. Las cosas buenas que le contaron de ellos son 2, según el norte a que han de mirar, o Dios, o el prójimo. Cuanto a lo primero, la fe, o brújula que apunta al norte divino, dice: "por eso yo, estando, como estoy, informado de la fe que tenéis en el Señor Jesús", que hace por cierto que Dios habite en el hombre (Ep 3); asimismo purifica los corazones (Ac XV) y justifica sin la ley; pues pensamos que "el hombre se justifica por la "fe sin las obras de la ley" (Rm 3,28).

Cuanto a lo segundo, la caridad, que apunta al norte humano, el prójimo, dice: "y de vuestra caridad", esto es, obras de caridad, que son indicio espiritual de que el hombre que las hace es discípulo de Cristo (Jn 13); caridad, digo, "para con todos los santos"; porque a todos los que amamos por caridad debemos amarlos o porque son santos o para que lo sean. "Así que, mientras tenemos tiempo, hagamos bien a todos, y mayormente a aquellos que son, mediante la fe, de la misma familia del Señor que nosotros" (Ga 6,10).

- "No ceso de dar gracias". Aquí las da el Apóstol por los bienes y beneficios que de ellos le habían contado. Pero se objeta que no siempre podía estar dando continuamente las gracias. Respondo: dice el Apóstol: no ceso, se entiende, a su debido tiempo, o no ceso, porque habitualmente estoy inclinado a dar por vosotros incesantemente las gracias (Col 1; Rm 1). Por consiguiente, ora también el Apóstol por que en lo futuro Dios les conceda otros beneficios: "acordándome de vosotros en mis oraciones". Y esta parte se divide en 3, donde propone y explica ciertas cosas que les pide y les muestra el modelo y la forma de ellas.

Dice pues cuanto a lo primero: no sólo doy gracias por los beneficios que en lo pasado habéis recibido, y por los bienes que me han contado de vosotros, sino que pido también para que en lo futuro se

⁶ *Ef 1,15-19*: ¹⁵ He sabido cómo ustedes viven en Cristo Jesús la fe y el amor para con todos los santos, quiero decir, para con los hermanos, ¹⁶ por lo que no dejo de dar gracias a Dios y de recordarlos en mis oraciones. ¹⁷ Que el Dios de Cristo Jesús nuestro Señor, el Padre que está en la gloria, se les manifieste dándoles espíritu de sabiduría para que lo puedan conocer. ¹⁸ Que les ilumine la mirada interior, para que entiendan lo que esperamos a raíz del llamado de Dios, qué herencia tan grande y gloriosa reserva Dios a sus santos, ¹⁹ y con qué fuerza tan extraordinaria actúa en favor de los que creemos. Es la misma fuerza todopoderosa

mejoren en tercio y quinto. "Acordándome de vosotros en mis oraciones, para que Dios, Padre glorioso de nuestro Señor Jesucristo"; donde es de saber que Nuestro Señor Jesucristo es Dios y hombre. En cuanto hombre tiene a Dios, siendo compuesto de alma y cuerpo, a cada una de cuyas partes, por ser creaturas, les corresponde tener a Dios; y en cuanto Dios tiene padre (Jn XX). De modo semejante, por ser Dios, es gloria del Padre (He 1), y también es gloria nuestra, por ser la vida eterna (1Jn 5,20). Dice pues así: "para que Dios, Padre glorioso de nuestro Señor Jesucristo", en cuanto hombre, y Padre del mismo, en cuanto Dios, Padre, digo, de la gloria, es a saber, de Cristo, que es gloria suya (Pr. 23), y gloria nuestra, por cuanto a todos nos da la gloria.

- "os dé", las cosas que pide, que son 2. Donde conviene saber que hay ciertos dones comunes a todos los santos, a saber, los que son necesarios para la salvación, como la fe, la esperanza, la caridad, que tenían, como es notorio. Pero hay otros dones especiales, y éstos pide para ellos, y en primer lugar el don de la sabiduría: "que os dé espíritu de sabiduría", que nadie sino Dios puede dar (Sg 9). El segundo don que pide es el de entendimiento, que consiste en la revelación o manifestación de secretos espirituales, y por eso dice: "y de ilustración", proveniente también de solo Dios (Dn. 2).

Explica de qué naturaleza son las cosas que pide diciendo que pertenecen al don de sabiduría y de entendimiento. Al de sabiduría pertenece el conocimiento de las cosas divinas. De donde se sigue que pedir el don de sabiduría es lo mismo que pedir tengan conocimiento de Dios, que es lo que aquí pide: "para conocerle"; como si dijera: esto es lo que pido, que por el espíritu de sabiduría "tengáis iluminados los ojos de vuestro corazón para conocer a Dios mejor", con un conocimiento más claro (Ps 12). Esta doctrina de principal intento va enderezada contra aquellos que parece no tienen ojos sino para las cosas temporales, habiendo, por el contrario, mayor necesidad, y aun gloria, en conocer a Dios. "No se gloríe el sabio en su saber; ni se gloríe el valeroso en su valentía; ni el rico se gloríe en sus riquezas; mas el que quiera gloriarse, gloriéese en conocerme y saber que Yo soy el Señor" (Jr 9,23).

Tres cosas pone tocantes al don de entendimiento, una que mira al estado presente, y dos al futuro. Al estado presente pertenece la esperanza, que es necesaria para salvarse, "porque por la esperanza nos salvamos" (Rm 8,24); por eso dice: "a fin de que sepáis cuál, esto es, cuanta es la esperanza de su vocación", es a saber, la virtud de la esperanza, y de qué cosas de tomo; y esta virtud es de las mayores ya que se trata de las mayores cosas, que en la excelencia ocupan la precedencia: "Nos ha regenerado con una viva esperanza, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (I P. I)

3); y la más fuerte de las virtudes. "Tengamos un poderosísimo consuelo los que consideramos nuestro refugio y ponemos la mira en alcanzar los bienes que nos propone la esperanza, la cual sirve a nuestra alma como de un áncora segura y firme" (He 6,18). Mas ya que lo que esperamos son cosas de la otra vida, los dos elementos restantes pertenecen también a ella: uno, que mira a todos los justos en general, que es el premio esencial: "y cuáles las riquezas y la gloria". Donde toca 4 cosas que pertenecen a aquellos dones: a) que son copiosísimas; por eso dice: "riquezas"; "en su casa hay gloria y riquezas" (CXI; Pr. 8 y 1); b) esclarecidísimas; que eso quiero decir, "de la gloria" (Rm 2); c) de firmeza inmovible; que es la idea de "herencia"; porque lo que es hereditario se posee con seguridad. "Por eso sus bienes están asegurados en el Señor" (Eccli. 31,2; Ps 15); d) serán íntimas: "para sus santos". "Porque las aflicciones, tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria" (2Co 4,17; Rm 8).

Otro elemento que pone, tocante a la gloria futura, es uno que mira especialmente a los Apóstoles. De donde dice: "y cuál aquella soberana grandeza de su poder sobre nosotros", es a saber, los Apóstoles; como si dijera: aunque a todos los santos dispense abundantemente las riquezas de su gloria, sin

comparación las dispensará con mayor abundancia a los Apóstoles; pues la grandeza del poder se demuestra por el efecto. De donde cuanto mayor efecto del poder divino en alguno, tanto con mayor brillo manifiéstase ahí el poder divino, aunque en sí mismo sea uno e indiviso. Por consiguiente, ya que mayor efecto del poder divino se halló en los Apóstoles, a proporción del mismo será también la grandeza de su poder. Que así sea efectivamente lo demuestra diciendo: "que creemos", esto es, que somos las primicias de los creyentes. "Nosotros también creemos, y por eso hablamos; estando ciertos de que quien resucitó a Jesús nos resucitará también a nosotros con Jesús" (2Co 4,13). Por lo cual decía: "sé de quién me he fiado" (2 Ti. 1). Por tanto, aquellos de entre vosotros que han sido instrumentos para que otros se instruyeran y a la fe vinieran, como doctores, serán galardonados con un premio que exceda con eminencia a los demás; porque, como dice la Glosa, los doctores consumados en ciencia y doctrina tendrán un acrecentamiento de gloria superior al que comúnmente todos tendrán; razón por la que en Daniel 12 los doctos se asemejan al esplendor del firmamento, pero los doctores a las estrellas: "mas los que hubieren sido sabios brillarán como la luz del firmamento; y como estrellas por toda la eternidad aquellos que hubieren enseñado a muchos la justicia o la virtud".

8

(Ef 1,20-21 ⁷)

Lección 7: Efesios 1,20-21

Pone por dechado de nuestra exaltación la de Cristo, cuya gloria, virtud y poder inmenso, celebra con grandísimas alabanzas.

Traducción:

según la eficacia de su poderosa virtud,

20. que El ha desplegado en la persona de Cristo, resucitándole de entre los muertos, y colocándole a su diestra en los cielos,

21. sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no sólo en este siglo, sino también en el futuro.

Después de enumerar los beneficios que desea el Apóstol les haga Dios a los Efesios en lo futuro, pone aquí como consecuencia la forma y dechado de esos beneficios; que así como forma y dechado de nuestra justicia es la vida de Cristo, así de nuestra gloria y exaltación la de Cristo. Por eso propone aquí el Apóstol en general la forma de la exaltación de los beneficios y de los dones, y luego la manifiesta en especial.

Y la forma y dechado de la operación divina en nosotros es la operación divina en Cristo; que eso dice: "según la operación", esto es, a semejanza de la operación "de su poderosa virtud", es a saber, de la

⁷ Ef 1,20-21: ²⁰ que actuó en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo hizo sentar a su lado en el mundo de arriba. ²¹ Pues está muy por encima de todo Poder, Autoridad, Dominio y de toda otra Fuerza o Gobierno, más arriba de todo lo que cuenta en este mundo y en el otro. ²² Dios, colocó todo bajo sus pies, y lo constituyó Cabeza de la Iglesia. ²³

virtuosa potencia de Dios "que El ha desplegado en la persona de Cristo", suple, exaltando aquella cabeza, con la misma virtuosa potencia obrará en nosotros. "Estamos aguardando al salvador Jesucristo Señor nuestro, el cual transformará nuestro vil cuerpo, y le hará conforme al suyo" (Ph 3,22). Y es frecuente leer en la Escritura que nuestra exaltación será semejante a la de Cristo; "con tal, no obstante, que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados" (Rm 8,17); "al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono; así como Yo fui vencedor y me senté con mi Padre en su trono" (Ap. 3,21).

Consiguientemente explica el dechado y la forma en especial, poniendo de manifiesto lo que pertenece a la exaltación de Cristo, y hablando de Cristo en cuanto hombre dice: "resucitándole de entre los muertos". Y cuanto a esta exaltación reseña 3 beneficios: 1) el paso de la muerte a la vida: "resucitándole de entre los muertos"; 2) la exaltación a una gloria altísima: "colocándole a su diestra"; 3) la sublimación al máximo poder: "poniendo todas las cosas como escabel de sus pies".

Dice, pues, respecto de lo primero, que esto lo obrará con la misma operación .que en Cristo, es a saber, Dios Padre, con el mismo poder que tiene con Cristo. De donde si Dios Padre lo resucitó, el mismo Cristo se resucitó a Sí mismo (Rm 8).

Respecto de lo segundo, la alteza de la gloria puede considerarse tomando por punto de comparación a Dios, a las criaturas corporales y a las espirituales. Si pues se considera, tomando como punto de comparación a Dios, entonces está colocado a su diestra, que no ha de entenderse materialmente la mano derecha, porque "Dios es espíritu" (Jn 4); sino metafóricamente; que así como por la diestra entiéndese la parte más noble y poderosa del hombre, así, cuando decimos que Cristo Jesús está sentado a la diestra de Dios, entendemos que, según su humanidad, en los bienes del Padre, aventájase en preeminencia a los demás; y según la divinidad, que es igual al Padre. De donde el Salmo CIX: "dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra". Asimismo San Marcos: "así el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue elevado al cielo por su propia virtud, y está allí sentado a la diestra de Dios" (Me. 16,19).

En comparación de las criaturas corporales dice: "en los cielos", ya que los cuerpos celestes, en comparación de otros cuerpos, ocupan el más alto lugar. "El que descendió es el mismo que ascendió sobre todos los cielos" (Ep 4). Pero en comparación de las espirituales dice, primero, que Cristo sobre algunas fue encumbrado especialmente; segundo, que en general sobre todas: "sobre todo principado, y potestad y virtud... y sobre todo nombre, por celebrado que sea".

Para mejor inteligencia de esta cuestión, es de saber que entre los Angeles hay 9 órdenes, a cuatro de los cuales, los intermedios, se refiere aquí el Apóstol; pues por encima de ellos estén los 3 superiores: los Tronos, los Querubines y Serafines; y debajo los 2 inferiores: los Arcángeles y los Angeles. Y estos 9 órdenes se distinguen en 3 jerarquías o sagrados principados; a cualquiera de las cuales corresponden 3 órdenes, mas en lo que toca a la primera todos los doctores están de acuerdo en que el orden supremo corresponde a los Serafines, el segundo a los Querubines y el tercero a los Tronos. No así en los órdenes de las otras 2 jerarquías, la ínfima y media, en que discuerdan Dionisio y San Gregorio; pues Dionisio pone, en escala descendente en el orden supremo de la media jerarquía, a las Dominaciones; en el orden segundo, a las Virtudes; y en el tercero, a las Potestades. En la ínfima jerarquía puso en el orden supremo a los Principados, en el orden segundo a los Arcángeles y en el tercero a los Angeles. Esta asignación de órdenes a jerarquías concuerda con el texto presente, ya que el Apóstol, por escala ascendente, empieza con el supremo de la última jerarquía, que es el séptimo.

San Gregorio, en cambio, se va por otro camino, porque pone a los Principados, que pertenecen al orden segundo de la media jerarquía, en medio de las Dominaciones y Potestades; y a las Virtudes, que pertenecen al orden supremo de la ínfima jerarquía en medio de las Potestades y de los Arcángeles. Y esta asignación también se apoya en palabras del Apóstol: "sean Tronos o Dominaciones, Principados o Potestades" (Col 3), donde enumera esos órdenes por escala descendente. Mas dejando la ordenación de San Gregorio (hasta que leamos la Carta a los Colosenses), seguiremos con la de Dionisio más de acuerdo con el texto presente.

Para cuya inteligencia es de saber que el orden de las cosas puede considerarse a 3 visos: 1) según que estén en la primera de todas las causas, es a saber, en Dios; 2) según que en las causas universales; 3) según que estén determinadas para especiales efectos. Y ya que en todo lo que acontece en las criaturas meten mano los Angeles, por eso mismo, según la triple acepción del orden en las cosas, distínguense 3 angélicas jerarquías, a las que corresponde respectivamente recibir la razón de las cosas en la misma cumbre de ellas, a saber, en Dios; en sus causas universales; en sus propios efectos; pues cuanto más altas las inteligencias angélicas, tanto con mayor universalidad reciben la luz de Dios. Por tanto, toca a la suprema jerarquía administrar las cosas en lo que mira a Dios, y por la misma razón la nomenclatura de sus órdenes dice respecto a su función con Dios: porque Serafines es lo mismo que ardientes y unidos a Dios por amor; Querubines es algo así como resplandecientes, por cuanto conocen con un conocimiento sobreeminente y perfectísimo los secretos divinos; y Tronos por cuanto Dios como que se sienta en ellos para ejercer sus juicios. Pero de estos 3 órdenes no hace aquí el Apóstol ninguna mención.

A la jerarquía de en medio toca la administración de las cosas en lo que mira a las causas universales. De donde los nombres con que se denominan los órdenes de esa jerarquía entrañan la idea de potestad, ya que las causas universales han de señorear con virtud y potestad sobre las inferiores y particulares. 3 cosas pertenecen a las Potestades de gobierno universal: a) que haya quienes dirijan mandando; b) que haya quienes quiten los estorbos a la ejecución de lo mandado; c) que haya quienes ordenen cómo poner en ejecución lo mandado. Lo primero pertenece a las Dominaciones que, como dice Dionisio, están libres de toda sujeción, ni son enviadas al mundo exterior, sino que mandan a los que son enviados. Lo segundo pertenece a las virtudes, que dan facilidad para cumplir lo mandado. Lo tercero a las Potestades, que se encargan de hacer que otros pongan en ejecución lo mandado.

A la ínfima jerarquía toca la administración de las cosas en lo que mira a especiales efectos, de donde los nombres con que se nombran. Así que llámense Angeles los que toman a pechos aquellas cosas que pertenecen a la salvación de cada uno; Arcángeles, lo que pertenece a la salvación y utilidad de los grandes; Principados los que están al frente de cada provincia. Esto supuesto, Cristo está sobre todos; y de estos 4 órdenes hace el Apóstol mención especial; ya que si se nombran como se nombran es por la dignidad, y por tratarse de la dignidad de Cristo, para demostrar que sobrepuja a toda dignidad creada.

Por consiguiente, cuando dice: "y sobre todo nombre, por celebrado que sea", muestra que Cristo generalmente ha sido exaltado sobre toda criatura espiritual; porque, aunque había dicho esto mismo hablando de las criaturas espirituales que reciben su nombre de la potestad que tienen; mas porque, además de ellas, hay otros órdenes de espíritus celestiales en la Sagrada

Escritura, es a saber, Tronos, Querubines y Serafines, que no había mencionado; por eso muestra que Cristo, en cuanto hombre, ha sido exaltado sobre todos estos órdenes; por lo cual añade diciendo: "y sobre todo nombre", esto es, no sólo sobre los principados, sino sobre todo lo que puede tener algún apellido o nombradla. Porque es de saber que ¡mpónese nombre a una cosa para conocerla significa

pues la substancia de ella, ya que el significado del nombre es su razón definitiva. Así pues, cuando dice: "y sobre todo nombre, por celebrado que sea", da a entender que ha sido exaltado sobre toda substancia de que pueda tenerse jioficia y que pueda nombrarse en alguna forma, claro está, sin incluir la substancia divina, que es incomprensible. De donde lo que dice la Glosa: "sobre todo nombre", quiere decir, que puede nombrarse. Y para que no se entienda que está sobre el nombre de Dios, por eso añade: "que se nombra"; ya que la majestad divina no puede nombrarse o encerrarse en algún nombre. Mas agrega: "no sólo en este siglo, sino también en el futuro!"; porque muchas cosas suceden en este siglo que dé algún modo las conocemos y nombramos; y algunas en el siglo futuro que ,aquí no pueden entenderse ni nombrarse, ya que, como dice 1Co 13,9: "ahora nuestro conocimiento es imperfecto, e imperfecta la profecía". Con todo eso, los bienaventurados, que viven en el siglo futuro, les dan algún nombre, de los que dice el Apóstol que "oyó palabras inefables, que no es lícito a un hombre el proferirlas" (2Co 12,4). Pues también sobre todos estos nombres fue exaltado Cristo: "le dio un nombre, que está sobre todo nombre" (Ph 2).

9

(Ef 1,22-23 ⁸)

Lección 8: Efesios 1,22-23

Demuestra el gran poder que tiene Cristo, sobre toda criatura y sobre toda la Iglesia.

22. Ha puesto todas las cosas bajo de los pies de El; y le ha constituido cabeza de toda la Iglesia,²³ la cual es su cuerpo, y en la cual Aquel que lo completa todo en todos halla el complemento de todos sus miembros.

En la lección anterior trató el Apóstol de la exaltación de Cristo y de lo tocante a su tránsito de muerte a vida en esa frasecilla: "resucitándole de entre los muertos"* y de su exaltación a la más encumbrada gloria en la otra: "y colocándole a su diestra en los cielos". Aquí trata de su exaltación en lo tocante al máximo poder y considera esta potestad a dos visos: respecto de todas las criaturas y respecto de la Iglesia. Dice pues que respecto de todas las criaturas tiene potestad universal, porque "todo lo ha puesto bajo sus pies". Donde es de saber que lo de los pies puede entenderse de dos maneras: a) o bien como locución figurada y por semejanza, para dar a entender que toda criatura totalmente está sujeta al poder de Cristo; que lo que hollamos con los pies enteramente nos está sujeto; y a esa potestad aluden San Mateo 28 y Hebreos 2; b) o bien como locución metafórica; ya que por los pies se entiende la ínfima parte del cuerpo, así como por la cabeza la suprema: que aunque en Cristo no hay partijas entre divinidad y humanidad, con todo eso, siendo la divinidad lo supremo en Cristo, significase por la cabeza, (la cabeza de Cristo es Dios -1Co 11-; la humanidad, en cambio, que es la ínfima, por los pies (Ps 131). Así pues, el sentido es que el Padre no sólo sujetó a Cristo todo lo creado en cuanto Dios, a quien todo está sujeto desde la eternidad, sino también en cuanto hombre.

⁸ Ef 1,22-23: ²² Dios, colocó todo bajo sus pies, y lo constituyó Cabeza de la Iglesia. ²³ Ella es su cuerpo y en ella despliega su plenitud el que lo llena todo en todos.

Mas conviene advertir que a Cristo unas cosas se le sujetan de grado y otras por fuerza. Esto fue lo que no entendió Orígenes, motivo por el cual estas palabras del Apóstol diéronle ocasión a su error: que siendo Cristo la verdadera salud, los que se le sujetan participan de ella; por consiguiente, todos los condenados y los demonios algún día se salvarán, ya que están sujetos a los pies de Cristo. Pero esto es contrario a la sentencia del Señor: "¡Apartaos de Mí, malditos! ¡Al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles!" Y por consiguiente, concluye, "irán éstos al eterno suplicio" (Mt 25). Digamos pues que todo lo sujetó debajo de sus pies, pero unas cosas de su voluntad como a Salvador, esto es, los justos, que en la presente vida cumplen la voluntad de Dios. Estos se le sujetan, para El a su vez henchirles el deseo y la voluntad, cuando tenga su cumplimiento aquello que de los buenos dicen los Proverbios X,24: "a los justos se les concederá lo que desean". Pero otras cosas se le sujetan contra su voluntad como a juez, para que Cristo haga en ellas su voluntad; y éstas son los malos, de quienes puede entenderse lo de San Lucas: "pero en orden a aquellos enemigos míos, que no me han querido por rey, conducidlos acá y quitadles la vida en mi presencia". (19,27)

- "y le ha constituido cabeza de toda la Iglesia". Aquí trata de la potestad de Cristo respecto de la Iglesia, es a saber, qué relación tiene Cristo con la Iglesia y viceversa, y en qué consiste esa relación. Cuanto a lo primero dice: "y le ha constituido" Dios Padre "cabeza de toda la Iglesia", así de la militante, que es la de los hombres que al presente viven, como de la triunfante, que es la de los hombres y de los ángeles en la patria; pues Cristo, según ciertas razones comunes, es también cabeza de los ángeles (Col 2); pero, según razones especiales, es cabeza espiritual de los hombres; pues la cabeza, respecto de los miembros dice triple relación: a) por la preeminencia de lugar; b) por la difusión de las virtudes, ya que de ella derivanse todos los sentidos a los miembros; c) por la conformidad en la naturaleza.

Así pues, cuanto a la preeminencia y la difusión, Cristo es cabeza de los Angeles; pues los aventaja aun por lo que mira a su humanidad; "hecho tanto más superior y excelente que los Angeles, cuanto es más aventajado el nombre que recibió por herencia" (He 1,4). Asimismo Cristo, aun en cuanto hombre, ilumina a los Angeles e influye en ellos, como lo prueba Dionisio con palabras de Is : "¿Quién es ése que viene de Edén y de Bosra, con las vestiduras teñidas de sangre?" (63,1), diciendo que esas palabras las profieren los Serafines; y lo que sigue: "Yo soy el que predico la justicia", dice que son palabras de Cristo que les responde inmediatamente. De donde se colige que no sólo a los inferiores ilumina Cristo, sino también a los ángeles superiores.

Mas cuanto a la conformidad de la naturaleza, Cristo no es cabeza de los Angeles, porque, como se dice en Hebreos 2,16: "no tomó jamás la naturaleza de los Angeles, sino que tomó la sangre de Abraham"; pero sí de los hombres. "Heriste mi corazón, hermana mía" (Cant. 4), a saber, por la naturaleza, y esposa por la gracia.

Cuanto a la relación que guarda la Iglesia con Cristo, dice: "la cual es su cuerpo", conviene a saber, en cuanto le está sujeta y recibe su influjo de El y tiene una naturaleza conforme con Cristo. "Porque así como el cuerpo humano es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también el cuerpo místico de Cristo. A cuyo fin todos nosotros somos bautizados en un mismo Espíritu, para componer un solo cuerpo" (1Co 12,12).

Explica lo que dice "la cual es su cuerpo", agregando: "y su plenitud"; pues preguntando por qué en el cuerpo natural hay tantos miembros, a saber, las manos, los pies, la boca... , respóndesele que precisamente para que sirvan a las diversas operaciones del alma, cuya causa y principio puede serlo ella misma y que virtualmente están en ella; que el cuerpo ha sido hecho en atención al alma, y no al

contrario. De donde, según esto, el cuerpo natural es cierta plenitud del alma; que, a no tener un cuerpo con sus miembros cabales, no pudiera el alma plenamente ejercitar sus operaciones. De modo semejante con Cristo y con la Iglesia; y porque la Iglesia fue instituida en orden a Cristo, dicese que la Iglesia es su plenitud, de Cristo, esto es, que todo lo que en virtud se halla en Cristo, como que de algún modo se complete en los miembros de su Iglesia, es a saber, en tanto que todos los sentidos espirituales, y dones, y todo lo que puede haber en la Iglesia -todo lo cual se halla sobreabundantemente en Cristo-, de El se deriven y derramen sobre los miembros de la Iglesia y se completen en ellos. De donde añade: "y en la cual Aquel que lo completa todo, en todos halla el complemento de todos sus miembros", es a saber, cuando a éste, que es miembro de la Iglesia, lo hace sabio según la perfecta sabiduría que se halla en El, y al otro justo según la perfecta justicia, y así con los demás.

Capítulo 2

#10

(Ef 2,1-3⁹)

Lección 1 : Efesios 2,1-3

Tráeles a la memoria el beneficio de la vida que Dios les ha hecho, pintándoles el estado de pecado en que vivían los Gentiles y Judíos.

1. El es el que os dio vida a vosotros, estando como estabais muertos por vuestros delitos y pecados.
2. en que vivisteis en otro tiempo según la costumbre de este siglo mundano, a merced del príncipe que ejerce su potestad sobre este aire, que es el espíritu que al presente domina en los hijos rebeldes,
3. entre los cuales fuimos asimismo todos nosotros en otro tiempo siguiendo nuestros deseos carnales, haciendo la voluntad de la carne, y de las demás sugerencias de los demás vicios, y éramos por naturaleza u origen hijos de ira, no menos que todos los demás;

En el capítulo anterior hizo el Apóstol una reseña de beneficios hechos en general al humano linaje por medio de Cristo; aquí nuevamente los trae a la memoria para cotejarlos con su estado de vida pretérito, que puede considerarse cuanto al estado de culpa y cuanto al estado de gentilidad, y en ambos casos entabla el mismo cotejo, pues trae primero a cuento su estado de culpa, y luego el beneficio de la gracia de la justificación; y el estado de culpa, tanto de Gentiles como de Judíos y del beneficio primero su generalidad, luego su necesidad.

Dice pues: afirmo que Dios ha obrado maravillas en los fieles según la operación poderosa de su virtud, que obró en Cristo, y esto por haberlo resucitado de entre los muertos. Así pues, según «sta operación y a ejemplo suyo, nos hizo revivir, con la vida de la gracia, de la muerte del pecado (Os. 6; Col 3).

La necesidad de este beneficio la demuestra cuando dice: "estando como estabais muertos", donde

⁹ Ef 2,1-3: ¹ Ustedes estaban muertos a causa de sus faltas y sus pecados. ² Con ellos eguían la corriente de este mundo y al soberano que reina entre el cielo y la tierra, el espíritu que ahora está actuando en los corazones rebeldes. ³ De ellos éramos también nosotros, y nos dejamos llevar por las codicias humanas, obedeciendo a los deseos de nuestra naturaleza y consintiendo sus proyectos. E íbamos directamente al castigo, lo mismo que los demás.

describe admirablemente su culpa; primero cuanto a su multitud, porque: "estando como estabais muertos", a saber, con muerte espiritual, que es la peor (Ps 33); pues el pecado se dice muerte, ya que por él sepárase el hombre del Señor, que es su vida (Jn 14). Muertos, digo, "por vuestros delitos y pecados"; he aquí la multitud. Delitos cuanto a los pecados de omisión (Ps 18). Pecados cuanto a los de comisión, "en que vivisteis en, otro tiempo". Dícelo así para exagerar la muchedumbre de los pecados; que si algunos, al cabo de una hora de pecar y delinquir, murieron, cesan por fin alguna vez y dejan de pecar; pero éstos, de mal en peor subiendo y caminando, pasaban adelante hasta llegar a su colmo; "porque muchos andan por ahí, como os decía repetidas veces (y aun ahora lo digo con lágrimas) que se portan como enemigos de la cruz de Cristo" (Ph 3,18); "se fueron tras de la vanidad, haciéndose también ellos vanos" (Jr 2).

Describe en segundo lugar su culpa cuanto a la causa, que puede ser el mundo o el demonio. De parte de este mundo, porque los atraían las cosas del mundo, como dice: "según la costumbre de este siglo mundano", esto es, según la vida secular y mundanerías, que os lisonjean con sus halagos y roncerías. Pero "si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre" (1Jn 2,15); por eso dice antes: "no queráis amar al mundo ni las cosas mundanas".

La otra causa es de parte de los demonios, a cuyo servicio estaban y de quienes se dice: "siendo el abominable culto de los ídolos la causa y el principio y fin de todos los males" (Sg 14,27). Cuanto a esto dice: "a merced del príncipe que ejerce su potestad sobre este aire"; y esta causa la describe con 3 pinceladas diciendo: a) cuanto a su potestad: "a merced del príncipe que ejerce su potestad", esto es, no que la tenga de sí naturalmente, no siendo por naturaleza ni ef Señor ni el Creador, mas por cuanto ejerce su señorío sobre los hombres que por el pecado le quedan sujetos. "Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera" (Jn 12; 14).

b) cuanto a la habitación, que es "de este aire", esto es, que tiene poder en este aire tenebroso. Y sobre este punto hay dos opiniones entre los doctores: unos dijeron que los demonios que cayeron no eran de los órdenes supremos, sino de los inferiores, a cuyo cargo están los cuerpos inferiores; pues consta que Dios gobierna todas las criaturas corporales por ministerio de los ángeles. Esta es la opinión de San Juan Damasceno, es a saber, que el primero de los que cayeron estaba al frente del mundo terrenal -opinión que quizá la tomó de Platón, que ponía ciertas substancias celestes o mundanas-. Y a tenor de esta opinión se ajusta la exposición de "este aire", esto es, creado con ese fin de servirle de presidencia a ese demonio.

Otros, en cambio, prefieren, y a mi entender con más tino, que hayan sido de los órdenes supremos, de suerte que, al decir "de este aire", sea para demostrar que el aire mismo si es habitación suya, pero lo es para castigo, para cárcel. De aquí que San Judas diga en su canónica: "y a los ángeles que no conservaron su primera dignidad, sino que desampararon su morada, los reservó para el juicio del gran día, en el abismo tenebroso con cadenas eternas". Y la razón por qué, luego de su caída, no dieron de esos cielos abajo hasta lo más" profundo del infierno, sino que se les dejó en el aire, fue porque Dios no quiso que por sus pecados se frustrase enteramente su creación; y con este fin se los dio a los hombres para ejercicio: a los buenos para labrarles su corona, y a los malos su muerte eterna; y hasta el día del juicio -que es nuestro tiempo de guerrear y de merecer- permanecerán en el aire; después de ese día serán precipitados al infierno.

Advirtamos también que un texto tiene spiritus, que está en genitivo, y pónese el singular por el plural, como si dijera: spirituum. Otro tiene spiritum, en acusativo, de modo que según eso se dijera: según el espíritu príncipe, esto es, el que hace cabeza entre ellos;

c) cuanto a la operación, al decir: "que al presente domina en los hijos rebeldes", esto es, en aquellos que de sí rechazan el fruto de la pasión de Cristo, que eran hijos de la desconfianza, o porque no creen en lo eterno ni esperan salvarse por Cristo -y en los tales, de los que se dice más abajo: "no teniendo ninguna esperanza, se entregan a la disolución, para zambullirse con un ardor insaciable en toda suerte de impurezas", el príncipe que gobierna estos aires los maneja a su talante-; o "de la desconfianza", esto es, en quienes no se puede confiar, pues pecan de malicia y el príncipe de este mundo los gobierna a su sabor. No así con los que pecan por ignorancia o flaqueza, ni este príncipe los gobierna a su voluntad; sino, al contrario, no hay que desesperar de nadie mientras viva.

Respondo: digamos que esperanza puede haberla de alguno, o de parte del hombre, o de parte de la divina gracia. Según esto, puede no haberla de parte de él, habiéndola de parte de Dios; como en Lázaro, que yacía en el sepulcro, no había esperanza que resucitase de parte suya, habiéndola en cambio de parte de Dios, que efectivamente lo resucitó. Así pues, de quienes están sumergidos, por su malicia, hasta la coronilla en el pecado, no hay esperanza alguna si nos atenemos a su propia virtud, que, como dice el Salmo 68, no tiene en donde hacer pie: "non est substantia"; no así considerada la virtud divina. De estos hijos de la desconfianza se dice abajo: "nadie os engañe con palabras vanas, pues por tales cosas descargó la ira de Dios sobre ios incrédulos" (Ep 5,6).

-"entre los cuales fuimos asimismo todos nosotros en otro tiempo siguiendo nuestros deseos carnales". Saca ahora a colación a los Judíos en estado de culpa, mostrando que todos ellos estuvieron en pecado, según aquello de Romanos 3,9: "ya hemos demostrado que así judíos como gentiles todos están sujetos al pecado". Con todo, hay que observar una diferencia, ya que el Apóstol, al tratar de la culpa de los Gentiles, le señaló 2 causas: una de parte del mundo y otra de parte de los demonios a quienes daban culto; mas como los Judíos, aunque semejantes a los Gentiles cuanto a la primera causa del estado de culpa, no lo eran cuanto a la segunda, no hace mención el Apóstol de su culpa sino cuanto a la causa de parte del mundo; y esta mención apunta al pecado del corazón, al pecado de obra y al pecado de origen.

El pecado del corazón lo insinúa por los pecados carnales diciendo: en los cuales, a saber, pecados o delitos, todos nosotros, los Judíos, anduvimos en otro tiempo, llevando una vida al hilo de los deseos de nuestra carne, esto es, carnales; "porque también nosotros éramos en algún tiempo insensatos, incrédulos, extraviados, esclavos de infinitas pasiones y deleites" (Ti. 3,3).

El pecado de obra no es otra cosa que desencovarse y salir a luz la concupiscencia del corazón. Pero así como hay concupiscencias naturales, de la comida, por ejemplo, por la que se conserva el individuo, también hay ciertas concupiscencias carnales, de deleites venéreos, por los que se conserva la especie; y tocante a esto dice: "haciendo la voluntad de la carne", e^{sto} es, aquellas cosas en que se deleita la carne. "Por donde los que viven según la carne no pueden agradar a Dios" (Rm 8,8). Pero hay una concupiscencia de conocimiento, a saber, de cosas que no provienen de deseos carnales, sino del mismo apetito del alma, como la ambición de honores, de la propia excelencia y así por el estilo. Quanto a esto dice: "y de las sugerencias de los demás vicios", esto es, poniendo por obra esas concupiscencias causadas por sugestión de nuestros pensamientos.

El pecado de origen lo insinúa diciendo: "y éramos por naturaleza u origen hijos de ira"; y el pecado de nuestro primer padre pasó no sólo a los Gentiles, sino también a los Judíos. "Así como por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte; así la muerte se fue propagando en todos los hombres, porque todos pecaron" (Rm 5,12). Y así como los hombres por el bautismo quedan limpios del pecado original con limpieza exclusiva para sus propias personas, de donde los hijos que engendran

están por bautizarse todavía; de la misma manera la circuncisión limpiaba del pecado original a solas las personas circuncidadas, que engendraban a los que estaban por circuncidarse todavía. Esto es lo que dice: "éramos por naturaleza", esto es, por origen de la naturaleza; no de la naturaleza como tal, que así buena es y de Dios dimana, sino de la naturaleza como viciada, "hijos de ira", esto es, de venganza, pena e infierno; y esto "como los demás", esto es, Gentiles.

11

(Ef 2,4-7¹⁰)

Lección 2: Efesios 2,4-7

Encomia el beneficio de la gracia justificante, que prueba por muchos capítulos, ya por amor de Dios, porque Cristo nos la obsequió, ya por darnos la vida eterna.

4. Pero Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó,
5. aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo (por cuya gracia vosotros habéis sido salvados)
6. y nos resucitó con Él, y nos hizo sentar sobre los cielos en la persona de Jesucristo,
7. para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en vista de la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo.

Luego de haber cargado la mano sobre la culpa inficionante, encarece aquí el Apóstol el beneficio de la gracia justificante, que describe considerando sus 3 causas: eficiente, formal o ejemplar y final. La causa eficiente del beneficio divino de la justificación es la caridad, como él dice: "pero Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó". Dice "del excesivo amor", porque podemos considerar en él una cuádruple bondad y eficiencia, a) porque nos dio el ser. "Tú amas todo cuanto tiene ser..." (Sg XI); b) porque nos hizo a imagen suya y capaces de su felicidad (Dt. 33); c) porque reparó la quiebra del hombre corrompido por el pecado (Jr 31); d) porque entregó a su propio Hijo para que nos salváramos. "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito" (Jn 3). Y aquí exclama San Gregorio:

"¡Oh fineza sin precio del amor! Para acudir del siervo, a su rescate Entregaste a tu Hijo (sin regate).

Mas dice: "que es rico en misericordia", porque, siendo la causa del amor del hombre la bondad del ser amado, el hombre que ama de justicia entonces ama, por cuanto es justo que a tal ser ame. Mas cuando la causa de la bondad en el ser amado es el amor, tal amor tiene por fuente a la misericordia. Ahora bien el amor con que Dios nos ama causa en nosotros la bondad, razón por la cual pónese aquí la misericordia como raíz del amor divino. A propósito Is : "Yo me acordaré de las misericordias del Señor, y al Señor alabaré por todas las cosas que El ha hecho a favor nuestro, y por la muchedumbre de

¹⁰ Ef 2,4-7: ⁴ Pero Dios es rico en misericordia: ¡con qué amor tan inmenso nos amó! ⁵ Estábamos muertos por nuestras faltas y nos hizo revivir con Cristo: ¡por pura gracia ustedes han sido salvados! ⁶ Nos resucitó en Cristo Jesús y con él, para sentarnos con él en el mundo de arriba. ⁷ En Cristo Jesús Dios es todo generosidad para con nosotros, por lo que quiere manifestar en los siglos venideros la extraordinaria riqueza de su gracia. ⁸ Ustedes han sido salvados por la fe, y lo han sido por gracia. Esto no vino de ustedes, sino que es un don de Dios; ⁹

sus beneficios concedidos a la casa de Israel, según su benignidad, y dilatada serie de sus piedades" (63,7). Y dícese Dios rico en misericordia porque la tiene, no como el hombre, sino infinita e inagotable; ya que el hombre, si de alguno se compadece, es con término y limitación, como se ve en estos 3 casos:

a) dispensando con pródiga mano beneficios temporales, donde la misericordia corta se queda, porque se para la rueda de la propia facultad (Tb. 4); mas Dios -como se dice en Romanos 10- también es rico para con todos los que lo invocan.

b) no perdonando sino ofensas propias, en que su modo ha de haber: que no perdona sin más, de suerte que el perdonado se torne más inclinado, ligero y desvergonzado, para de nuevo ofender; "pues sucede que los hijos de los hombres, viendo que no se pronuncia luego la sentencia contra los malos, cometen la maldad sin temor alguno" (Ecl. 8,2). Pero a Dios nada le puede empecer, que no pueda toda ofensa perdonar. "Si pecares, ¿qué daño le harás?... Si obrares bien, ¿qué recibe El de tus manos?" (Jb. 35,6).

c) relajando la pena, en que también hay que guardar modo, para no obrar contra justicia de una ley superior; pero Dios, no estando ligado con traba de ninguna ley, a todos puede relajarles la pena. "¿Ha cedido El a algún otro sus veces sobre la tierra? O ¿a quién ha encargado gobernar el mundo que fabricó?" (Jb. 34,13).

Así pues, la misericordia de Dios es infinita, ya que no se ve en aprietos por penuria de riquezas, ni atajada por temor a algún daño ni sujeta a ley superior.

La causa ejemplar del beneficio está en que por Cristo se nos dio. Así dice: "aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo"; donde toca el triple beneficio de la justificación, de la resurrección de entre los muertos y de la ascensión a los cielos, 3 cosas por las que a Cristo nos asemejamos. Dice pues, cuanto a lo primero, que el texto se lea con puntos suspensivos: "pero Dios que es rico..."; "aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo", esto es, nos hizo vivir al mismo tiempo con Cristo (Os. 6). Nos dio vida juntamente, digo, por el camino de la justicia (Ps 6C); y esto "en Cristo", es a saber, por gracia de Cristo, "por la cual habéis sido salvados" (Rm 8). Cuanto a lo segundo, dice: "y nos resucitó con El", con Cristo, de hecho cuanto al alma, en esperanza cuanto al cuerpo (Rm 8). Cuanto a lo tercero: "y nos hizo sentar sobre los cielos en la persona de Jesucristo", ahora en esperanza, y en lo futuro de hecho; porque, como dice San Juan XII: "donde Yo estoy, ahí estará también el que me sirve". Asimismo el Apocalipsis 3: "al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono; así como Yo fui vencedor y me senté con mi Padre en su trono". Usa

aquí el Apóstol el pretérito por el futuro, anunciando como una realidad pasada la que aún está por venir, por la certeza de la esperanza. Así pues, cuanto al alma, nos dio vida juntamente en Cristo; cuanto al cuerpo, nos resucitó con El; y cuanto al alma y al cuerpo juntamente nos hizo sentar sobre los cielos.

Por consiguiente, al decir: "para mostrar...", indica la causa final del beneficio recibido; y esto puede leerse de dos maneras, porque por siglos venideros o bien pueden entenderse los de esta vida o los de la vida futura. En el primer caso por siglo se entiende cierta medida del tiempo y el período de una generación, de suerte que venga a decir: afirmo que a los que somos primicias de los durmientes "nos dio vida juntamente en Cristo", y esto, "para mostrar en los siglos venideros", esto es, en los que vendrán después de nosotros, "las abundantes riquezas de su gracia", y por cierto no por méritos

nuestros, mas por bondad suya, que usó "con nosotros en Cristo Jesús", esto es, por Cristo Jesús. "Verdad es cierta que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo. Mas por eso conseguí misericordia, a fin de que Jesucristo mostrase en mí el primero su extremada paciencia, para ejemplo de los que han de creer en El, para alcanzar la vida eterna" (I Ti. 1,15). Así que a los santos primitivos con tanta largueza les dispensó Dios los dones de su gracia, que les allanase a los venideros el camino de su conversión a Jesucristo.

O puede entenderse por siglo el de la otra vida, de que dice el Eclesiástico 24,14: "no dejaré de existir en todos los siglos venideros". Pero aun siendo el de ahí un siglo, por ser el de ahí la eternidad, dice, con todo: "en los siglos venideros", por la multitud de santos que participarán de la eternidad, de suerte que pueda decirse: ahí transcurrirán tantos siglos cuantas fueren las eternidades participadas. "Tu reino es reino de todos los siglos" (Ps 144,13). Dice pues, según este sentido: digo que nos hizo vivir con la esperanza, es a saber, por Cristo, o con la gracia, para mostrar en los siglos venideros, esto es, para completar en la otra vida, las abundantes riquezas de su gracia, o gracia abundante, que dispensa con larga mano, aun en este mundo, al perdonar tantos pecados y conceder los mayores dones; gracia que en la otra vida revertirá de abundante; que allí los brolladores la manarán siempre a borbollones. "Yo vine para que tengan, en este mundo, vida, es a saber, de gracia, y la tengan con más abundancia", esto es, de gloria, en la patria (Jn X). Y esto "por su bondad" (Ps 72; Tr. 3) "sobre nosotros", esto es, por encima de nuestro deseo, de nuestro entendimiento y más allá de nuestra capacidad. "Desde que el mundo es mundo, jamás nadie ha entendido, ni ninguna oreja oído, ni ha visto alguno, sino sólo Tú, ¡oh Dios!, las cosas que tienes preparadas para aquellos que te están aguardando" (Is 64,4).

Asimismo "en Cristo Jesús", esto es, por Cristo Jesús; porque así como la gracia se nos da por Cristo, así también la gloria consumada (Ps 83); que el mismo que nos justifica es el que nos beatifica. Dice: "para mostrar", porque el tesoro de la gracia lo tenemos oculto en vasos de barro (2Co 4). "Somos ya ahora hilos de Dios; mas lo que seremos algún día no aparece aún"

(1Jn 3,2). Pero ese tesoro, oculto porque aún no parece, en los siglos venideros dará muestras de sí, ya que en la patria ninguna cosa que toque a manifestar la gloria de los santos quedará secreta y encubierta (Rm 8).

12

(Ef 2,8-10¹¹)

Lección 3: Efesios 2,8-10

Dice que si hemos sido salvados lo hemos sido de pura gracia, por medio de la fe, que también es don divino; y esto para que nadie pueda gloriarse.

11 *Ef 2,8-10*: ⁸ Ustedes han sido salvados por la fe, y lo han sido por gracia. Esto no vino de ustedes, sino que es un don de Dios; ⁹ tampoco lo merecieron por sus obras, de manera que nadie tiene por qué sentirse orgulloso. ¹⁰ Lo que somos es obra de Dios: hemos sido creados en Cristo Jesús con miras a las buenas obras que Dios dispuso de antemano para que nos ocupáramos en ellas.

8. Porque de pura gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no viene de vosotros, siendo como es un don de Dios;
9. tampoco en virtud de vuestras obras anteriores, puramente naturales, para que nadie pueda gloriarse.
10. Por cuanto somos hechura suya en la gracia, como lo fuimos en la naturaleza, criados en Jesucristo para obras buenas, preparadas por Dios desde la eternidad para que nos ejercitemos en ellas y merezcamos la gloria.

Al recordar, en páginas anteriores, el beneficio divino de haber sido librados del pecado, había adelantado el Apóstol que por gracia de Cristo habíamos sido salvados; ahora intenta probarlo, proponiendo su intención y manifestando su propósito. Dice pues: bien dije que habíais sido salvados por gracia suya, y aun lo digo con mayor seguridad (1Co XV); "siendo justificados gratuitamente por la gracia del mismo" (Rm 3,24); que lo mismo es ser salvado que justificado, ya que salvación dice dar por libre a uno de los peligros. De donde salvación cumplida y acabada para el hombre sólo en la vida eterna, cuando inmune se vea de todos los peligros; tal como se dice de la nave: ya está salvada, si anclada en el puerto. "Reinará la salud dentro <Je tus muros, y resonarán en tus puertas cánticos de alabanza" (Is 60,18). Los hombres conciben esperanza de esta salvación cuando al presente son justificados de pecado, y según esto se dicen salvados, a tenor de Romanos 8: "por la esperanza nos salvamos". Pero esta salvación de la gracia se obra por la fe en Cristo; ya que en la justificación del impío, tratándose de adultos, junto con la infusión de la gracia concurre también el movimiento de la fe en Dios. "Vete en paz, tu fe te ha salvado" (Lc 8); "justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios" (Rm 5,1).

- "y esto no viene de vosotros". Manifiesta lo que había dicho, y primero cuanto a la fe, que es el fundamento de todo el edificio espiritual, luego cuanto a la gracia. Acerca de esto primero cierra la puerta a dos errores: a) ya que había dicho que por la fe nos salvamos, pudiese alguno creer que esta fe procedía de nosotros y que a nuestro arbitrio quedaba creer o no. Por eso dice, dando de mano a ese error: "y esto no viene de vosotros"; pues no basta para creer el libre albedrío, ya que las cosas de la fe están por encima de la razón: "muchas cosas se te han enseñado que sobrepujan la humana inteligencia" (Eccli. 3,25); "las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el espíritu de Dios" (1Co 2,2). Por consiguiente, de sí no puede tener el hombre, a no dársele Dios, el don de creer, según aquello: "¿quién podrá conocer tus designios, si Tú no le das sabiduría, y no envías desde lo más alto de los cielos tu santo espíritu?" (9,17). Por eso añade: "siendo como es un don de Dios", es a saber, la misma fe; "pues por los méritos de Cristo se os ha hecho la gracia, no sólo de creer en El, sino también de padecer por su amor" (Ph 1,29).

b) el otro error, que pudiese alguno creer que la fe se nos daba por mérito de las obras precedentes; y para cerrar la puerta a este error, agrega: "tampoco en virtud de vuestras buenas obras", es a saber, anteriores, merecimos alguna vez este don de salvarnos, porque esto, como ya se dijo, es de pura gracia, según aquello de Romanos: "si de gracia, luego no por las obras; de otra suerte la gracia ya no sería gracia". Y da la razón de por qué salva Dios a los hombres por la fe sin méritos anteriores: "para que nadie pueda gloriarse" en sí mismo, sino que toda la gloria se refiera a Dios (Ps 112; 1Co 1).

- "por cuanto somos hechura suya". Manifiesta lo que había dicho cuanto a la gracia, en su infusión y predestinación, a cuya razón o modo de ser pertenecen dos cosas -de que ya se habló antes-: la primera de las cuales es que aquello que tiene el ser por gracia no lo tenga el hombre por sí mismo, o de sí mismo, sino de mano de Dios. Y cuanto a esto dice: "por cuanto somos hechura suya", es a saber, que cuanto de bien tenemos, de Dios lo tenemos, no de nosotros mismos. "El nos hizo, no nosotros a

nosotros mismos" (Ps 99); "¿por ventura no es El tu padre, que te rescató, que te hizo y te crió?" (Dt. 32,6). Continúase inmediatamente con lo anterior, de manera que diga: para que nadie se gloríe, porque hechura suya somos. O puede continuarse con lo que arriba había dicho; pues de pura gracia hemos sido salvos.

Lo segundo que entra en razón o concepto de gracia es que no sea por obras precedentes, lo cual se expresa por lo que añade: "criados", ya que crear es de nada hacer algo. De donde cuando alguno, sin méritos anteriores, es justificado, puede decirse creado, como si dijéramos: hecho de nada. Y esta acción, es a saber, creación de justicia, hácese por virtud de Cristo que da al Espíritu Santo. Por éso añade: "en Cristo Jesús", esto es, por Cristo Jesús (Sa. 6; Ps 103). Más adelante no sólo se nos da el hábito de la virtud y de la gracia, sino que interiormente por el espíritu nos renovamos para bien obrar; de ahí que añada: "para obras buenas", ya que Dios está con nosotros para obrar esas mismas obras buenas; "porque todas nuestras buenas obras Tú nos las hiciste" (en nosotros y con nosotros, por medio de la gracia, que da el "querer" y el "obrar") (Is 26,12).

Y porque a los que ha predestinado también los ha llamado, a saber, por la gracia -como se dice en Romanos 8-, por eso agrega lo de la predestinación diciendo: "preparadas por Dios", esto es, las buenas obras: pues no es otra cosa la predestinación que la preparación de los beneficios de Dios, entre los que se cuentan nuestras mismas buenas obras. Y dicese que Dios nos prepara algunas cosas, por cuanto dispuso dársenos a Sí propio (Ps 64). Mas no fuese alguno a entender la preparación de las buenas obras de suerte que todo viniese de Dios, y nosotros en nada cooperásemos a ellas con el libre arbitrio, añade: "para que nos ejercitemos en ellas", como si dijera: nos las preparó de tal modo que nosotros mismos, en provecho nuestro, con nuestro albedrío, cumpliésemos en ellas su propósito; pues, como se dice en 1 Corintios 3,9, somos coadjutores de Dios. Razón por la cual decía de sí mismo el Apóstol: "mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí, antes he trabajado más copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo" (1Co XV,10). Pero señaladamente dice: "caminemos", para hacer notar el adelantamiento en las buenas obras, según aquello de San Juan 12: "caminad mientras es de día"; "caminad como hijos de la luz". (Ep 5,8).

13

(Ef 2,11-13 ¹²)

Lección 4: Efesios 2,11-13

Para que los Efesios den en la cuenta de que todo lo han recibido gratuitamente de manos de Dios, tráeles a la memoria qué tales eran en el estado antecedente al de la gracia.

11. Así pues, acordaos que en otro tiempo vosotros, que erais gentiles de origen y llamados incircuncisos por los que se llaman circuncidados a causa de la circuncisión hecha en su carne, por mano de hombre,

12. acordaos, digo, que vosotros no teníais entonces parte alguna con Jesucristo, estabais enteramente

¹² Ef 2,11-13: ¹¹ Acuérdense de que fueron gente pagana; los que se llaman a sí mismos circuncisos, por una circuncisión quirúrgica, los llamaban a ustedes incircuncisos. ¹² En aquel tiempo no esperaban un Mesías, no tenían parte en el pueblo de Israel y no les correspondían las alianzas de Dios ni sus promesas; ustedes vivían en este mundo sin esperanza y sin Dios. ¹³ Pero ahora, en Cristo Jesús y por su sangre, ustedes que estaban lejos han venido a estar cerca.

separados de la sociedad de Israel, extranjeros por lo tocante a las alianzas, sin esperanza de la promesa, y sin Dios en este mundo.

13. Mas ahora que creéis en Cristo Jesús, vosotros, que en otro tiempo estabais alejados de Dios, os habéis puesto cerca por la sangre de Jesucristo.

Después de haberse detenido en ponderar el beneficio hecho por Dios a los Gentiles en librarlos del pecado, ocúpase ahora el Apóstol en relatar el beneficio de haberlos sacado del estado de la Gentilidad. Refréscales primero la memoria de su condición en el estado pretérito y contrapóneles luego los beneficios que han recibido en el presente estado. Cuanto a lo primero, después de una exhortación, declárales la condición de su estado pretérito. Dice pues: "por lo cual", es a saber, para que podáis caer en la cuenta de que todo nos lo ha dado Dios de su bella gracia, "acordaos" (Dt.,9; 16) "que en otro tiempo": les trae a la memoria la condición de su anterior estado: a) cuanto a los males que tenían; b) cuanto a los bienes de que se veían privados. Los males eran tres: 1) el crimen de la gentilidad, por la que daban culto a los ídolos: "vosotros, que erais gentiles de origen" (1Co 12); 2) su vida carnal: "¡n carne", esto es, viviendo al fuero de la carne, por la que no podían agradar a Dios (Rm 8); 3) el vilipendio y desprecio con que los traían debajo de los pies los Judíos: "llamados prepucio", esto es, incircuncisión, "por aquella a saber, circuncisión, "hecha en la carne por mano de hombre", esto es, por los Judíos circuncidados por tal circuncisión. Y dice "por mano de hombre", para distinguirla de la circuncisión espiritual, de la cual se dice en Col 2,11: "en el cual fuisteis vosotros también circuncidados con circuncisión no carnal o hecha por mano que cercena la carne del cuerpo, sino con la circuncisión de Cristo; siendo sepultados con El por el bautismo"; y poco después: "en efecto, cuando estabais muertos por vuestros pecados, y por la incircuncisión de vuestra carne, entonces os hizo revivir con El, perdonándoos todos los pecados".

A continuación, los bienes de que se veían privados: "vosotros que no teníais entonces parte alguna con Jesucristo"; y 19 de participar en los sacramentos; 2 del conocimiento de Dios: "sin Dios en este mundo". Los sacramentos, de cuya participación se veían privados, eran tres: 1) la dignidad de Cristo; de donde dice: "vosotros que no teníais entonces parte alguna con Jesucristo", esto es, sin la promesa de Cristo que se hizo a los Judíos (Jr 23; Zc. 9); 2) la compañía de los santos, de que se veían privados mientras permanecían en la gentilidad, Dice: "separados de la sociedad* de Israel", ya que a los Judíos no les era lícito tratar con los Gentiles (Dt. 7), como dice San Juan que Samaritanos y Judíos no se llevan entre sí; 3) cuanto a los que eran recibidos en el Judaísmo, al hacerse prosélitos, se les trataba con desprecio. Por eso añade: "extranjeros por lo tocante a las alianzas", como si dijera: tales prosélitos, al convertirse al Judaísmo y hacerse prosélitos, eran recibidos no como ciudadanos, sino como huéspedes, para tener parte en las alianzas divinas. Dice "de las alianzas" en plural, porque a los Judíos se les había dado el Antiguo Testamento y prometido el Nuevo; porque, como dice el Eclesiástico 44,25: "confirmó su pacto o promesa sobre la cabeza de Jacob"; lo cual puede entenderse del Antiguo Testamento, pues Dios había prometido dar otro: "y asentaré con ellos otra alianza, que será sempiterna" (Bar. 2,52). Este se lo dio a aquellos "de quienes es la adopción de hijos de Dios, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas", como se dice en Romanos 9,4.39 la esperanza de los bienes futuros: "sin esperanza de la promesa"; porque, como se dice en Gálatas 3, las promesas se hicieron a Abraham y a su descendencia. Para colmo de desventuras, la peor de todas, por la ignorancia de Dios, es a saber: "sin Dios en este mundo", esto es, sin conocimiento de Dios. "Dios se ha dado a conocer en Judá" (Ps 75,2), no así a los Gentiles, a quienes alude 1Ts 4: "no con pasión libidinosa, como hacen los Gentiles, que no conocen a Dios"; texto, con todo, que puede entenderse del conocimiento por la fe; ya que del conocimiento natural se dice en Romanos 1,21: "porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios".

Consiguientemente, al decir: "pero ahora que creéis en Cristo Jesús", les recuerda los beneficios que recibieron por Cristo en el estado de su conversión; acerca de lo cual les muestra de qué modo se hicieron partícipes de los bienes de que antes se veían privados, y que no como extranjeros, sino como ciudadanos, fueron admitidos a la participación de esos bienes o beneficios, de que habla en general y en especial. Dice pues: dije que en otro tiempo estabais sin Cristo, enteramente separados del trato y comunicación con Israel; pero ahora, esto es, luego que os convertisteis a Cristo, vosotros que estáis en Cristo, quiere decir, que le estáis unidos por la fe y por la caridad (1Jn 4; Ga 6); vosotros, digo, "que en otro tiempo estabais alejados", esto es, distantes de Dios, no por el lugar, mas por el mérito (Ps 1 18); y del trato de los santos y participación de las alianzas -como está dicho- ya "os habéis puesto cerca" de Dios, de sus santos y de sus testamentos. "Tus hijos vendrán de lejos"; "algunos de ellos -de los Gentiles- han venido de lejos" (Is 60; Me. 8), es a saber, de la región de la desemejanza y del estado de la gentilidad. Pero vosotros ha poco "os habéis puesto cerca, en la sangre de Cristo", esto es, por su sangre, por la cual os atrajo Cristo (Jn 12,32); y esto por su excesiva caridad, que de modo especialísimo se manifestó en la muerte de cruz (Jr 31).

14

(Ef 2,14-18 ¹³)

Lección 5: Efesios 2,14-18

Reséñanse los beneficios hechos a los Efesios, que se resumen en el acercamiento y vecindad a Dios y a los Judíos.

14. Pues El es la paz nuestra, el que de los dos pueblos ka hecho uno, rompiendo, por medio del sacrificio de su carne, el muro de separación, esa enemistad que los dividía,

15. aboliendo con sus preceptos evangélicos la Ley de los ritos, para formar en Sí mismo de dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz,

16. y reconciliando a ambos pueblos ya reunidos en un solo cuerpo con Dios por medio de la cruz, destruyendo en Sí mismo la enemistad de ellos.

17. Y así vino a evangelizar la paz a vosotros, que estabais alejados de Dios, como a los judíos que estaban cercanos,

18. pues por El es por quien unos y otros tenemos cabida con el Padre eterno unidos en el mismo Espíritu.

Después de haber pasado lista a los beneficios hechos a los Efesios en general por Cristo, los menciona ahora en especial; acerca de lo cual muestra cómo se acercaron al pueblo judío y avicináronse más a Dios; del cual acercamiento muestra aquí la causa, el modo y el fin.

La causa del acercamiento es Cristo, y por eso dice: "pues El es la paz nuestra", -locución enfática para

¹³ Ef 2,14-18: ¹⁴ El es nuestra paz. El ha destruido el muro de separación, el odio, y de los dos pueblos ha hecho uno solo. En su propia carne ¹⁵ destruyó el sistema represivo de la Ley e hizo la paz; reunió a los dos pueblos en él, creando de los dos un solo hombre nuevo. ¹⁶ Destruyó el odio en la cruz, y habiendo reunido a los dos pueblos, los reconcilió con Dios por medio de la misma cruz. ¹⁷ Vino como evangelizador de la paz: paz para ustedes que estaban lejos, y paz para los judíos que estaban cerca. ¹⁸ Y por él los dos pueblos llegamos al Padre en un mismo Espíritu. ¹⁹ Así, pues, ya no son extranjeros ni huéspedes, sino ciudadanos de la ciudad de los santos; ustedes son de la casa de Dios. ²⁰

expresar con más fuerza la idea- como si dijera: bien digo que os habéis puesto cerca; pero esto es obra de Cristo, porque "El es la paz nuestra", esto es, la causa de nuestra paz; por eso decía: "mi paz os doy". Y es costumbre emplear este modo de hablar, cuando todo lo que está en el efecto depende de la causa; así como cuando decimos de Dios que es nuestra salud, porque todo lo que en nosotros hay de saludable lo causa Dios. De la misma manera dicese que Cristo es nuestra paz, porque todo lo que en nosotros hay de paz, y por consiguiente de acercamiento -ya que el hombre, cuando anda de paz con uno, puede andar con él o acercársele confiadamente- lo causa Cristo; pues en su nacimiento los ángeles anunciaron la paz (Lc 2). También en vida de Cristo el mundo tuvo una paz tan grande, como nunca la había tenido (Ps 71); y al resucitar también anunció la paz (Lc 24).

-"el que de los dos pueblos ha hecho uno"; ya que Cristo juntó en uno a los dos pueblos, es a saber, al de los Judíos que adoraban al Dios verdadero, y al de los gentiles bien ajenos a este culto de Dios. "Otras ovejas tengo, que no son de este redil... y se hará un solo rebaño y un solo pastor" (Jn X; Ez. 37). El modo del acercamiento se indica al añadir: "rompiendo, por medio del sacrificio de su carne, el muro de separación"; y este modo se hace quitando lo que dividía.

Para inteligencia del texto imaginémonos un gran campo, con muchos hombres juntos, por en medio de los cuales se extiende y eleve una pared que los divida, de suerte que no parezca un pueblo sino 2. Así pues, quien quitase esa pared, juntaría esa turba en un cuerpo conjunto y ordenado y se constituiría un solo pueblo. Así hay que entender lo que aquí se dice; porque este mundo es como un campo (Mt 13), y este campo está lleno de hombres (Gn. 2), y en este campo hay una pared, porque unos están de una parte y otros de otra; y esta pared puede decirse que es la ley vieja según las carnales observancias, en la que -como dice la Carta a los Gálatas 3,23- estaban los Judíos "como encerrados y sometidos a su custodia", ya que la ley vieja era figura de Cristo. Pero esta pared la quitó Cristo, y no habiendo quedado ningún intersticio, hízose de Gentiles y Judíos un solo pueblo. A esto se refiere cuando dice que "de los dos pueblos ha hecho uno, de esta manera, es a saber, rompiendo la pared de separación"; la pared digo de la cerca, no del muro, que es cuando las piedras no se argamasan o conglutinan con cemento, ni se levanta para que dure siempre, sino para un tiempo determinado. Así pues, la antigua ley es pared de cerca por dos razones: 1* porque no se conglutinaba con la caridad, que es como una especie de cemento que conglutina a cada uno con los otros, y a todos juntamente con Cristo, "solicitos de conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz" (Ep 4,3). Porque la antigua ley es ley de temor, que induce a los hombres, con penas y amenazas, a la observancia de los mandamientos; y si algunos en aquel tiempo la observaban por caridad, ya pertenecían -como dice San Agustín- al Nuevo Testamento, que es ley de amor (Rm 8);

2- porque no se dio para que durase perpetuamente, sino para un tiempo determinado. "Mientras el heredero es niño en nada se diferencia de un siervo, no obstante ser dueño de todo; sino que está debajo de la potestad de los tutores y curadores, hasta el tiempo señalado por su padre; así nosotros, cuando éramos todavía niños, estábamos servilmente sujetos a las primeras y más groseras instrucciones que se dieron al mundo" (Ga 4,1).

Pero aquí se atraviesa una dificultad, porque dice: "rompiendo la pared de la cerca", lo contrario de lo que dice San Mateo 5: "no vine a quebrantar la ley, sino a cumplirla". Respondo: diremos que en la antigua ley había preceptos morales y ceremoniales. Ciertamente los preceptos morales no los quebrantó Cristo, sino los cumplió, más aún, sobreañadió los consejos y explicó lo que Escribas y Fariseos entendían mal. De aquí que dijera: "si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los escribas y fariseos". Y más adelante: "habéis oído que fue dicho: amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo. Yo os digo más: amad a vuestros enemigos" (Mt 5).

En cambio, los preceptos ceremoniales, si los quebrantó cuanto a lo substancial, los cumplió cuanto a lo figurado haciendo que respondiese a la figura. Entiéndase pues que lo que aquí dice: rompiendo ha de referirse a la observancia de la ley carnal. Y este romper, a saber, la pared de la cerca, es acabar con las enemistades que había entre Judíos y Gentiles; porque unos querían guardar la ley, los otros de ninguna manera, y de aquí se originaban entre ellos iras y envidias; pero es cosa averiguada que a estas enemistades Cristo puso fin con la carne que tomó, ya que luego en naciendo anuncióse a los hombres la paz (Lc 2). O "en su carne" ofrecida en sacrificio, porque, como más abajo se dice: "entregóse por nosotros como ofrenda y víctima a Dios"; y en ese sacrificio hallaron su plenitud y cumplimiento todos los otros sacrificios, para dejar de ser; "porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que ha santificado" (He X,14).

Y cuál sea la naturaleza de esta pared lo insinúa diciendo: "la ley de los mandamientos o ritos"; como si dijera: rompiendo la pared, esto es, la ley de los mandamientos; que así se llaman no porque otras leyes carezcan de mandamientos, ya que la nueva ley los tiene (Jn 14), sino por 2 razones: ! por el gran número de mandamientos legales, que por ser tantos no podían observarlos los hombres, según aquello de Hechos XV,10: "un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar". O dicese "de los mandamientos", esto es, de los hechos. "Ahora, pues, ¿dónde está el motivo de gloriarte? Queda excluido. ¿Por qué Ley? ¿Por la de las obras? No; sino por la Ley de la fe" (Rm 3,27). De donde así como el bautismo de Juan dicese bautismo de agua, porque limpiaba sólo por fuera, mas no santificaba por dentro; del mismo modo la ley antigua dicese ley de los hechos, porque ordenaba sólo lo que debían hacer, mas no daba gracia que ayudase a cumplir la ley.

Pero la ley nueva, ordenando, da norte a las acciones, y ayuda a cumplirlas dispensando gracia. Aboliendo digo, así como lo imperfecto es abolido por lo perfecto y la sombra por la verdad. "Mas llegado que sea lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto" (1Co 13), es a saber, la imperfección y sombra de la antigua ley, a que alude la Carta a los Hebreos X. Y esto "con decretos", esto es, preceptos del Nuevo Testamento, que dejan abolida la antigua ley. "Comeréis los frutos añejos de mucho tiempo", esto es, los preceptos de la ley natural junto con los de la nueva ley, por cuya sobreabundancia, una vez recibidos, "arrojaréis los añejos", esto es, los preceptos ceremoniales de la antigua ley, cuanto a lo substancial, como va dicho.

El fin del acercamiento lo indica diciendo: "para formar en Sí mismo de dos un solo hombre"; el cual fin se endereza a que los dichos dos pueblos se hagan un solo pueblo. Ahora bien, las cosas que se unen en algo han de unirse para que haya unidad; mas como la ley dividía, no podían unirse en la ley. Cristo, en cambio, al suceder a la ley, y su fe con El (como la verdad a la figura), los aunó en Sí mismo (Jn 17; Mt 18); y esto "en un solo hombre nuevo, haciendo la paz", es a saber, en el mismo Cristo, que se dice hombre nuevo por el modo inusitado, novedoso, de su concepción (Jr 31). Asimismo por la novedad de la gracia que dio (Sa. 6; Ep 4). Otrosí por los nuevos mandamientos que trajo (Jn 13). Y aunque parezca ser ésta la intención del Apóstol, con todo, en la Glosa hay doble pared: porque de parte de los Judíos pónese la ley como obstáculo, de parte de los Gentiles la idolatría.

Por consiguiente, al decir: "para reconciliar a ambos", muestra cómo se acercaron a Dios; acerca de lo cual manifiesta su reconciliación con Dios y la que de su parte hizo Jesucristo terciando entre ellos y el mismo Dios. Es de saber que el amor del prójimo es el camino para tener paz con Dios; porque, como se dice en 1 Juan: 4 "pues el que no ama a su hermano a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarle?" Y San Agustín dice que no piense tener paz con Cristo quien no la tiene con algún cristiano. Así pues, pone primero la paz entre sí de los hombres hecha por Cristo, y luego la paz de los hombres

con Dios. Por eso dice: "para reconciliar a ambos, ya unidos, en un solo cuerpo" de la Iglesia, es a saber, en Cristo; "que muchos en El formamos un solo cuerpo" (Rm 12). Para reconciliar, digo, con Dios, por la fe y la caridad: "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo" (2Co 3). Y esto lo hizo "por medio de la cruz, destruyendo en Sí mismo la enemistad de ellos"; porque las que traían entre sí judíos y gentiles sobre la observancia de la ley las destruyó dando su lleno a las figuras del Antiguo Testamento; pero las que había entre Dios y los hombres por el pecado las destruyó en Sí mismo, cuando muriendo en la cruz borró el pecado (Sa. 1; He. X). Dice pues: "destruyendo las enemistades, esto es, los pecados, en Sí mismo con la inmólación de su cuerpo (Col 1; Rm 5); "pues plugo al Padre poner en El la plenitud de todo ser, y reconciliar por El todas las cosas consigo" (Col 1,20). Habiendo pues Cristo dado suficiente satisfacción por nuestros pecados, se seguía, por consiguiente, que, pagado el precio, se hiciese la reconciliación.

- "Y así vino a evangelizar la paz". Pone la manifestación de esta reconciliación, y primero su anunciación, luego su causa y razón. Es pues una manifiesta reconciliación de Dios con el hombre por Cristo, ya que el mismo Cristo no sólo nos reconcilió con Dios y destruyó las enemistades, sino que al venir, en carne se entiende, evangelizó, esto es, anunció, la paz. O viniendo después de la resurrección, cuando se puso en medio de sus discípulos y les dijo: "la paz sea con vosotros" (Lc 24; Jn 20; Is 61; 52), evangelizó, digo, no a un pueblo solo, sino a vosotros, gentiles, que estabais alejados de Dios, a quienes, aunque no en propia persona, anunció la paz por medio de sus Apóstoles (Mt 28; Is 33); como a los judíos que estaban cercanos, suple: anunció Cristo en propia persona Rm XV; Is 54).

La causa y la forma de esta paz la indica diciendo: "pues por El es por quien unos y otros tenemos cabida", esto es, 2 pueblos, "unidos en un espíritu", quiere decir, unidos con la unión del Espíritu Santo (Ep 4; 1Co 12). La razón de esta cabida con el Padre por Cristo es porque lo que obra Cristo lo obra por el Espíritu Santo (Rm 8). Por consiguiente, todo lo que hace el Espíritu Santo lo hace también Cristo. Entiéndase también que pertenece a toda la Trinidad lo que dice: con el Padre, pues, por la unidad de esencia, en el Padre está el Hijo y el Espíritu Santo, y en el Espíritu Santo está el Padre y el Hijo. Por consiguiente, cuando dice con el Padre, señala de modo especial que todo lo que el Hijo tiene lo tiene del Padre y aun así lo reconoce.

15

(Ef 2,19-21 ¹⁴)

Lección 6: Efesios 2,19.21

Muestra que no menos dignos que los Judíos han sido los Gentiles para recibir dones espirituales.

19. Así que ya no sois extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios,
20. pues estáis edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y unidos en Jesucristo, el cual es la principal piedra angular,
21. sobre quien trabado todo el edificio se alza para ser un templo santo del Señor; por El entráis

¹⁴ Ef 2,19-21: ¹⁹ Así, pues, ya no son extranjeros ni huéspedes, sino ciudadanos de la ciudad de los santos; ustedes son de la casa de Dios. ²⁰ Están cimentados en el edificio cuyas bases son los apóstoles y profetas, y cuya piedra angular es Cristo Jesús. ²¹ En él se ajustan los diversos elementos, y la construcción se eleva hasta formar un templo santo en el Señor. ²² En él ustedes se van edificando hasta ser un santuario espiritual de Dios.

también vosotros a ser parte de la estructura de este edificio para llegar a ser morada de Dios por medio del Espíritu Santo.

Habiendo arriba demostrado que tanto Judíos como Gentiles fueron admitidos a la participación de beneficios espirituales, muestra ahora que para recibirlos no menos dignos que los Judíos fueron los Gentiles, sino que con la misma plenitud y liberalidad fueron admitidos por Cristo para recibir sus beneficios. Acerca de lo cual propone el intento y manifiesta su propósito por un ejemplo. Cuanto a lo primero, excluye del estado presente, en que ahora viven, lo propio del estado pretérito, y concluye con lo que al estado presente pertenece. Así pues, ya que el Apóstol asienta como conclusión: "luego ya no sois extraños y advenedizos", sigúese que la semejanza fluye de las premisas: a) por el hecho de haberse reconciliado con Dios, luego de unidos; b) por tener ambos cabida con el Padre en un solo Espíritu. Por tanto, ya que juntamente están configurados con toda la Trinidad: con el Padre con quien, con el Hijo por quien, con el Espíritu Santo en quien tienen cabida, luego por ningún motivo dejan de participar de los bienes espirituales.

Para inteligencia del texto, es de saber que el colegio de los fieles a veces en las Escrituras se llama casa, según aquello de 1 Timoteo 3: "para que sepas cómo debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo". A veces empero llámase ciudad, según aquello del Salmo 121: "Jerusalén, que está edificada como ciudad", ya que una ciudad tiene colegio político, y una casa económico; y entre ambos hay estas dos diferencias: 1* que los del colegio doméstico comunicanse en actos privados, y los del ciudadano en públicos;

2- que a los del colegio doméstico los gobierna uno que se llama padre de familia, y a los del ciudadano el rey. Que el padre de familia es para su casa lo que para el reino el rey. Así pues, algo de ciudad y algo de casa tiene el colegio de los fieles; mas si se atiende a la condición del rector del colegio, es padre, (Mt 6; Jr 3) y así el colegio es casa; pero si a la condición de los subditos, entonces es ciudad, porque comunicábanse entre sí con los actos principales de fe, esperanza y caridad. De esta manera, si se atiende a los fieles en sí, es colegio ciudadano; si al rector del colegio, es colegio doméstico; y esta es la razón de poner aquí el Apóstol las dos palabras: "huéspedes y advenedizos"; que lo que para la casa son los huéspedes lo son para la ciudad; pues huésped es como si dijéramos extraño a la casa. "Es una vida infeliz la del que va hospedándose de casa en casa" (Eccli. 29,3 1). Advenedizo, en cambio, es el extranjero que llega a la ciudad; como si dijera el Apóstol: otrora erais para el colegio de los fieles unos extraños, como lo son los huéspedes en la casa, y los advenedizos en la ciudad, y los prosélitos en la ley vieja. Pero ahora ya no es así, porque ya no sois huéspedes. "He aquí que vendrá el forastero que no estaba conmigo; unirse ha contigo aquel que en otro tiempo era para ti extranjero" (Is 54,15).

Por consiguiente, al decir: "sino conciudadanos de los santos", concluye con lo que conviene al estado presente, es a saber, ser conciudadanos de los santos; como si dijera: ya que el colegio de los fieles dicese ciudad respecto de los subditos, y casa respecto del rector, el colegio a que habéis sido llamados es la ciudad de los santos y la casa de Dios (Ps 86). De donde dice San Agustín: dos amores edificaron dos ciudades; porque el amor de Dios, hasta el desprecio de sí, es a saber, del hombre que ama a Dios, edifica la ciudad de la celestial Jerusalén; pero el amor de sí, hasta el desprecio de Dios, edifica la ciudad de Babilonia. Así pues» todo hombre o es conciudadano de los santos, si ama a Dios hasta el desprecio de sí (Pr. 31); o es ciudadano de Babilonia si se ama a sí hasta el desprecio de Dios.

Por tanto, al decir "edificados sobre", manifiesta su propósito. Es costumbre en la Biblia -por una figura que se llama metonimia- poner el continente por lo contenido en él, así como algunas veces la casa por los que la*habitan. Según, pues, este modo de hablar, habla el Apóstol de los que están en la

casa de Dios, es a saber, de los fieles, como de una casa, y los compara a un edificio. Y cuanto a esto propone su intento y muestra que los Efesios se han hecho parte de este edificio, cuyo fundamento propone, así como su construcción y complemento. El fundamento es doble: uno secundario, y otro principal. El secundario son los Apóstoles y Profetas; y aludiendo a este fundamento, les dice que ya no son huéspedes, sino conciudadanos; que ya pertenecen al edificio espiritual, por estar "edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas", esto es, sobre su doctrina; o, explicado de otra manera, sobre Cristo, que es el fundamento de los Apóstoles y Profetas; como si dijera: estáis edificados sobre el mismo fundamento que los Apóstoles y Profetas, que fueron Judíos.

Estas dos explicaciones sólo difieren de palabra, pero la primera viene más a pelo que la segunda; que, si así no fuese, saldría sobrando la añadidura: "siendo Jesucristo la principal piedra angular", ya que el mismo Jesús es el fundamento principal. Consuena, pues, mejor conforme al primer sentido, mas de manera que Cristo sea la piedra angular y el fundamento principal. Pero cuanto al sentido del concepto en nada difieren, porque lo mismo es decir que Cristo es el fundamento que decir que la doctrina es de los Apóstoles y Profetas, ya que no a sí se predicaron sino a Cristo solo; de donde recibir su doctrina es recibir a Cristo crucificado (1Co 1; 1 P. 1; 1Co 2).

Notemos que los Apóstoles se dicen fundamentos (Ps 86). "Te edificaré sobre zafiros" (Is 54,1 1), esto es, sobre varones celestiales. Expresamente se les llama fundamentos en el Apocalipsis 21,14: "el muro de la ciudad tenía 12 cimientos, y en ellos los 12 nombres de los 12 apóstoles"; que en tanto se dicen fundamentos en cuanto con su doctrina anuncian a Cristo. "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16). Dice "de los Apóstoles y Profetas" para darnos a entender que la doctrina de unos y otros es necesaria para la salvación (Mt 13). Asimismo para mostrar la concordia entre una doctrina y otra, ya que ambas tienen el mismo fundamento; pues lo que los Profetas predijeron futuro los Apóstoles predicaron cumplido (Rm 1).

Pero el fundamento principal lo es solo Cristo Jesús: "el cual es la principal piedra angular", donde 3 cosas dice de El, a saber: que es piedra, que angular, que principal. Piedra, por la firmeza de los cimientos, como se dice en San Mateo 7, que la casa fundada sobre piedra estaba tan firmemente edificada que ni la lluvia, ni los ríos, ni los vientos pudieron destruirla. No así la casa fundada sobre arena (Dn. 2). Dicese angular por la conjunción de los dos (pueblos, doctrinas, testamentos); porque así como en el ángulo se unen dos paredes, así en Cristo se unieron el pueblo de los Gentiles y el de los Judíos (Ps 1 17; Hch. 4; Mt 21). Sumo o principal por su excelsa dignidad. "He aquí que yo pondré en los cimientos de Sion una piedra, piedra escogida, angular, preciosa, asentada por fundamento" (Is 28,16). Pero la razón del fundamento no es la misma en el edificio espiritual que en el material; porque el material tiene su fundamento en la tierra y, por consiguiente, el principal fundamento ha de ser el que más hondo yazga; pero el edificio espiritual tiene su fundamento en el cielo; por tanto, cuanto más principal, tanto más encumbrado ha de estar; de suerte que nos imaginemos una ciudad que baja del cielo (Ap. 21), cuyo fundamento nos parezca estar en el cielo, y el edificio, sobre nuestras cabezas, en la parte inferior.

- "sobre quien trabado el edificio". Aquí habla de su edificación, que requiere 4 cosas: la cimentación, la construcción, el levantamiento de la fábrica, la consumación, que toca sucintamente: a) cuando dice: "sobre quien", es a saber, el cimiento, el principal, Cristo; el secundario, la doctrina de los Apóstoles y de los Profetas, porque, como dice 1 Corintios,3: "nadie puede poner otro fundamento que el que ya ha sido puesto, el cual es Jesucristo"; b) al decir: "trabado todo el edificio". En sentido alegórico designa a la misma Iglesia, que se va construyendo cuando los hombres se convierten a la fe. En sentido moral significa el alma santa, y entonces se construye este edificio cuando sobre el fundamento, que es Cristo,

se van asentando las piedras de las buenas obras, y "cada uno -dice San Pablo- mire cómo va asentando las piedras" (1Co 3,10; Pr. 14). Así pues, sobre este fundamento, es a saber, Cristo, toda edificación espiritual, de Gentiles o Judíos, construyese o por autoridad, de parte de Dios (Ps 126; He. 3); o instrumentalmente, de parte del hombre, que se edifica a sí mismo, o de los preladados; c) cuando dice: "se alza para ser un templo santo", y esto sucede cuando se multiplican los que se salvan. (Ac 6). Se alza también cuando el hombre crece en buenas obras; y crece en gracia en este sentido de hacerse templo santo; que el templo es morada de Dios, por tanto es necesario sea santo (Ps 45); y porque nosotros debemos ser morada de Dios, para que Dios habite en nosotros hemos de disponernos para llegar a santos. "¿No sabéis vosotros que sois templo de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros?" (1Co 3,16; Ap. 12). ¿Mas por ventura ya desde un principio, al tener caridad, somos templo de Dios? Respondo que sí, y cuanto más adelantamos, tanto más Dios mora en nosotros; por consiguiente d) requiérese en cuarto lugar la perfección y consumación, que señala cuando dice: "en el Señor".

Consiguientemente al decir: "por el cual entráis también vosotros" muestra cómo los Gentiles han venido a ser parte de este edificio; no sólo se edifican sobre ese cimiento los Judíos, sino también vosotros, Efesios, piedra con piedra, "sois coedificados", esto es, a semejanza de los otros, entráis a ser parte de la estructura de este edificio, para llegar a ser morada de Dios; "al cual, arrimándoos como a piedra viva que es (desechada, sí, de ios hombres, pero escogida de Dios, y apreciada por la principal del edificio), sois también vosotros a manera de piedras vivas edificadas encima de El, siendo como una casa espiritual" (I P. 2). Por eso añade: "para llegar a ser morada de Dios", es a saber, para que Dios habite en vosotros por la fe (Ep 3). Pero esto no puede hacerse sin caridad, porque el que permanece en la caridad en Dios permanece, y la caridad se os da por medio del Espíritu Santo (Rm 5); por eso agrega: "por medio del Espíritu Santo".

Capítulo 3

16

(Ef 3,1-6¹⁵)

Lección 1: Efesios 3,1-6

El Apóstol, luego de aludir a las tribulaciones que, según su costumbre, sufría con paciencia, tráeles a los Efesios a la memoria los especiales beneficios que de Dios había recibido.

15 *Ef 3,1-6*: ¹ Por eso yo, Pablo, el prisionero de Cristo por ustedes, los no-judíos. ² A lo mejor han sabido de las gracias que Dios me concedió para bien de ustedes. ³ Por una revelación se me dio a conocer su proyecto misterioso, tal como acabo de exponérselo en pocas palabras. ⁴ Según esto pueden apreciar el conocimiento que tengo del misterio de Cristo. ⁵ Este misterio no se dio a conocer a los hombres en tiempos pasados, pero ahora acaba de ser revelado mediante los dones espirituales de los santos apóstoles y profetas: ⁶ que en Cristo Jesús los pueblos paganos tienen derecho a la herencia, que ya no están aparte, y que van a gozar de la promesa. Esta es la Buena Nueva ⁷ de la que he llegado a ser servidor sin mérito alguno mío, pues Dios me concedió esta gracia en el momento que su fuerza actuó en mí. ⁸

- 1 Por este motivo, yo, Pablo; estoy preso por amor de Jesucristo, por causa de vosotros los gentiles,
2. porque sin duda habréis entendido de qué manera me confirió Dios el ministerio de su gracia entre vosotros,
3. después de haberme manifestado por revelación este misterio, sobre el cual acabo de hablar en esta carta aunque brevemente,
4. por cuya lectura podéis conocer la inteligencia mía en el misterio de Cristo,
5. misterio que en otras edades no fue conocido de los hijos de los hombres, en la manera que ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu Santo,
6. Esto es, que los Gentiles son llamados a la misma herencia que los judíos, miembros de un mismo cuerpo, y partícipes de la promesa divina en Jesucristo mediante el Evangelio,

En los capítulos anteriores hizo memoria el Apóstol de muchos beneficios hechos por Dios al género humano y a los mismos Apóstoles; aquí trae a la memoria los beneficios que de manera especial le ha hecho a él, y propone su intención en general, luego la explica por partes en especial. Cuanto a lo primero, refiérese a su costumbre de sufrir con paciencia las tribulaciones y a los dones de gracia que Dios le ha hecho. Dice pues: dije que también vosotros entrabais a ser parte de la estructura de este edificio. "Por este motivo", esto es, para que fueseis edificados y os convirtieseis a Cristo, yo, Pablo, que por ser Apóstol de Jesucristo y maestro, en la fe y en la verdad, de los Gentiles, soy persona de mucha cuenta, me veo ahora encadenado en Roma. Porque esta carta la escribió desde la Ciudad, donde lo tenían aherrojado en la cárcel (2 Ti. 2; Ep 4); de donde se echa de ver su tribulación y pasión por el horror de la mazmorra. Mas como al mártir no lo hace la pena sino la causa, por eso añade la causa de sus tribulaciones que, por lo que mira al martirio, es doble: a) una, si padece por la fe de Cristo, o por otra virtud cualquiera que sea. "Jamás venga el caso en que alguno de vosotros padezca por homicida, o ladrón, o maldiciente, o codiciador de lo ajeno; mas si padeciere por ser cristiano, no se avergüence" (I P. 4,15); que es lo que aquí dice San Pablo: "encadenado por Cristo Jesús"; b) otra, si padece por el bien de la Iglesia; como él mismo dice: "por causa de vosotros, los Gentiles", esto es, no busco otra cosa sino vuestra conversión, y os predico la doctrina de la salvación.)He aquí por qué me han encarcelado! (2Co 1; Col 1).

- "porque sin duda habréis entendido". Refiérese al don de la gracia que le hizo Dios; como si dijera: digo que si estoy en cadenas es por vosotros, los Gentiles; "porque sin duda habréis oído", esto es, entendido, "de qué manera me confirió Dios el ministerio de su gracia entre vosotros". Lo cual puede entenderse de dos modos, o pasivo o activo. Si pasivo, el sentido es éste: porque sin duda habréis entendido de qué manera me confirió Dios el ministerio de su gracia, esto es, si habéis entendido que se me confirió este don del apostolado entre los Gentiles; pues, como se dice abajo: "a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia a medida de la donación gratuita de Cristo" (4,7) y "El mismo a unos ha constituido apóstoles, a otros profetas, y a otros evangelistas"; de donde a mí me ha dispensado el Señor

Jesús, esto es, me ha tocado en suerte esta gracia de Dios, de hacer fruto en vosotros (Col 1); quiero decir "el ministerio que Dios me ha conferido en atención a vosotros", esto es, se me ha confiado ese ministerio sagrado. Si activo, el sentido es el siguiente: porque sin duda habréis oído, esto es, entendido, que a mí se me confió el dispensar los dones de la gracia por la comunicación de los sacramentos, y esto entre vosotros (1Co 4).

Por consiguiente, al decir: "después de haberme manifestado por revelación este misterio", pone de manifiesto su condición, en lo espiritual, y por partes: primero, lo que pertenece a la dignidad de su oficio, es a saber, la dispensación de la gracia; segundo, a la prueba de la paciencia: la tribulación.

Respecto a la dispensación de la gracia la muestra en el conocimiento de los diversos misterios y en la ejecución de los mismos; y ese conocimiento se le ha dado a él; explica también en qué consiste este misterio. Cuanto a su conocimiento demuestra que es cierto, que es pleno, que es excelente, a) Cierto, porque no lo consiguió por industria humana o por humana intención, que puede engañarse (Sg 9), mas por la ley divina que es ciertísima; por eso dice: "por revelación" (Ga 1; 2Co 3).

b) Pleno, porque se me ha revelado punto por punto, y lo someto a vuestro juicio, porque en pocas palabras compendiosamente lo expresé, por las que podéis conocer que el conocimiento que tengo de los misterios de la fe es perfecto, "como escribí brevemente", esto es, en pocas palabras, pero tan claramente que "de una leída lo podéis entender", Así dice el Cantar: "tus labios son un panal que destila". El labio es un pedazo reducido de carne. Panal que destila son los labios del doctor cuando en breves y pocas palabras insinúa muchas y grandes cosas; pero advertid -dice San Agustín- que a lo que ha de tirar el doctor es a ser entendido; y mientras en esto se afane, sus palabras no están demás; mas, si habiéndole ya entendido, se entretiene con ellas, sus palabras salen sobrando. Pero dice: "mi prudencia", según aquello de los Proverbios 9: "la ciencia de los santos es la prudencia", la cual no es cesa de mundo, sino divina y celestial; por eso dice: "en el misterio de Cristo".

c) Excelente, porque a solos los Apóstoles se reveló; por eso añade: "misterio que en otras edades no fue conocido de los hijos de los hombres". Que, aunque también a los patriarcas y profetas se revelaron los misterios de Cristo, pero no con tanta claridad como a los Apóstoles; porque a los patriarcas y profetas se revelaron con una vaga generalidad; mas a los Apóstoles con todos sus pelos y señales, con sus singulares y determinadas circunstancias.

Lo de "que en otras edades no fue conocido" puede explicarse de dos maneras: una, que por edades se entiendan los tiempos de las edades, según aquello del Salmo 144,13: "tu señorío perdura por todas las generaciones", y el sentido entonces es éste: lo que en otras generaciones, esto es, tiempos, "no fue conocido de los hijos de los hombres", o criaturas racionales, es a saber, ni de los hombres ni de los ángeles (Mt XI), "en la manera que ahora ha sido revelado a sus santos Apóstoles y profetas por el Espíritu Santo", es a saber, cuando interpretan las Escrituras y explanan la ley con el espíritu del Nuevo Testamento. "A vosotros se os ha dado a conocer el misterio del reino de Dios; pero a los demás en parábolas" (Lc 8,10).

Otra explicación es que por edades o generaciones se entiendan los hombres engendrados, según aquello de San Mateo 23: "en verdad os digo que todas estas cosas vendrán a caer sobre la generación presente"; y entonces el sentido será: lo que de otras generaciones, esto es, hombres engendrados en las precedentes generaciones, no fue conocido. De donde Is : "¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y a quién ha sido revelado ese brazo del Señor?" (53,1). Pero este misterio de fe fue revelado a algunos padres del Antiguo Testamento, como dice San Juan: "Abraham, vuestro padre, ardió en deseos de ver este día mío; lo vio y se llenó de gozo" (8,56); y también a los profetas, según aquello de Joel: "después derramaré Yo mi espíritu sobre toda clase de hombres, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas" (2,28). Pero a ellos se les reveló con cierta vaga generalidad, mas a los Apóstoles clara y perfectamente; y esto por 3 razones: a) porque les fue revelado inmediatamente por el Hijo de Dios, según dice San Juan: "el Hijo Unigénito, existente en el seno del Padre, El mismo en persona es quien le ha hecho conocer a los hombres" (1,18). En cambio, los Profetas y los padres del Antiguo Testamento lo supieron por los Angeles o por algunas semejanzas; de ahí el texto de Is : "voló hacia mí uno de los serafines, y en su mano tenía una brasa ardiente" (6,6). Por eso los Apóstoles se enteraron de este misterio con mayor claridad.

b) porque no vieron las cosas en figuras y enigmas, como los profetas, sino a rostro descubierto contemplando la gloria del Señor (Lc X);

c) porque los Apóstoles fueron constituidos ejecutores y dispensadores de este misterio; por consiguiente, era necesario que estuviesen mejor instruidos que otros (Jn 4).

Por tanto, al decir: "los Gentiles son llamados a la misma herencia", pone de manifiesto en qué consiste ese misterio; acerca de lo cual es de saber que los Judíos tenían una triple prerrogativa respecto de los Gentiles, es a saber: 1) la promesa de una herencia (Rm 4; Ps XV);

2- una elección y distinción especial de otras gentes: "Tu Señor Dios te ha escogido para que seas pueblo peculiar suyo, entre los pueblos todos que hay sobre la tierra" (Dt. 7,6; Ps 99; Cant. 6); 3 la promesa de Cristo (Gn. 12). Tres prerrogativas que los Gentiles no tenían (Ep 2,12); pero a las que fueron admitidos por medio de la fe: a) a participar de la herencia; como él dice: "coherederos", es a saber, con los mismos judíos, de la herencia celestial (Mt 8);

b) al colegio especial de los fieles. Eso quiere decir: "concorporales": en un solo cuerpo. "Otras ovejas tengo, tas Gentiles" (Jn X);

c) a participar de la gracia prometida de nuevo, según dice: "copartícipes", a saber, de las promesas hechas a Abraham. "Digo, pues, que Jesucristo fue ministro o predicador del Evangelio para con los de la circuncisión, a fin de que fuese reconocida la veracidad de Dios en el cumplimiento de las promesas que El había hecho a los padres; mas los Gentiles deben alabar a Dios por su misericordia" (Rm XV). Y todo esto lo consiguieron los Gentiles, no por Moisés, sino "por Cristo" (Jn 1); "por quien nos ha dado Dios las grandes y preciosas gracias que había prometido" (2 P. 1,4). Ni por cumplir con la ley, porque este es un yugo -como dicen los Hechos XV- que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar, sino "por el Evangelio", por el que todos se salvan (Rm 1;Co 4).

17

(Ef 3,7-9¹⁶)

Lección 2: Efesios 3,7-9

Pablo toca el punto del desempeño de los ministerios divinos, y muestra que ha recibido ayuda para eso.

7. del cual yo he sido constituido ministro, por el don de la gracia de Dios, que se me ha dado conforme a la eficacia de su poder.

8. A mí, el más inferior de todos los santos, se me dio esta gracia: de anunciar entre los gentiles las riquezas ininvestigables de Cristo

9. y de ilustrar a todos los hombres, descubriéndoles la dispensación del misterio que después de tantos siglos había estado en el secreto de Dios, criador de todas las cosas.

16 Ef 3,7-9: ⁷ de la que he llegado a ser servidor sin mérito alguno mío, pues Dios me concedió esta gracia en el momento que su fuerza actuó en mí. ⁸ A mí, el menor de todos los creyentes, se me concedió esta gracia de anunciar a los pueblos paganos la incalculable riqueza de Cristo ⁹ y de esclarecer en qué forma se va realizando el proyecto secreto escondido desde siempre en Dios, Creador del universo. ¹⁰ En adelante los poderes y autoridades del mundo de arriba podrán descubrir, mirando a la Iglesia, los más diversos aspectos de la sabiduría de Dios, ¹¹

Luego de haber mostrado el Apóstol que le fue dispensada la gracia de conocer los misterios divinos, muestra aquí lo mismo cuanto al desempeño de ellos, para cuyo ministerio, si se le cometió el oficio, diósele también el auxilio de la gracia. Fiósele asimismo, a modo de ministerio, la ejecución de lo divino, como él dice: se me confió este ministerio de anunciar que los gentiles, por el Evangelio, son coherederos y partícipes de las promesas de Dios en Cristo Jesús, "del cual yo, Pablo, he sido constituido ministro"; como si dijera: no cumplo con mi cometido o lo llevo a efecto, de propio impulso o como cosa mía, mas como ministerio que de Dios procede (Ac 9). De ahí que diga: "a nosotros, pues, nos ha de considerar el hombre como unos ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios" (1Co 4).

- "por el don de la gracia de Dios", esto es, el auxilio que para el desempeño de estos ministerios se le dio, que fue doble: uno, la misma facultad de llevar a efecto; otro, la misma operación o actualidad. La facultad la da Dios infundiendo la virtud y la gracia, que dan al hombre aptitud y eficacia para obrar; más la operación al obrar internamente en nosotros moviendo e instigando al bien. Habiéndolo así recibido de Dios, por lo cual dice el Apóstol: "he sido constituido ministro", mas ciertamente no por mis méritos o por mi propia virtud, sino "por el don de la gracia de Dios, que se me ha dado"; pues no tiene otra explicación que habiendo sido antes perseguidor, sea yo ahora tan idóneo instrumento de los divinos misterios. "He trabajado más copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo" (1Co XV,10).

- "conforme a la operación" que Dios hace, por cuanto su poder "obra en nosotros, por su buena voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar" (Ph 2,13). Lo cual, según la Glosa, puede explicarse de otra manera, es a saber, que lo que acaba de decirse se refiera a lo precedente: que el ser los Gentiles coherederos y miembros de un mismo cuerpo y copartícipes de la promesa de Dios Padre es un don que Dios hizo a los Gentiles en Cristo, esto es, por Cristo; y esto conforme a la eficacia de su poder, o, en otras palabras, por el hecho de haber obrado tan poderosamente, resucitando a Cristo de la muerte.

- "A mí, el más inferior de todos los santos". Refiérese al oficio que le han confiado, cuya gracia se encarece por 3 razones:

- a) por la condición de su persona;
- b) por la magnitud del encargo: "anunciar las riquezas de Cristo";
- c) por la utilidad del fruto: "manifestar la sabiduría de Dios".

Encarece, pues, el oficio que le han encargado, por la condición de su persona. Porque si un rey confiase un elevado cargo a un magnate o excelente príncipe, no le haría tan gran favor en ponerlo a él, de tanta categoría, en tan ilustre empleo; pero si a un nadilla de por ahí lo encumbrase a un oficio de lustre y de muchísima dificultad, gran cortesía le hace y no poco favor le otorga, y tanto más cuanto mayor ventaja le lleva la excelencia del oficio. Del mismo modo encarece San Pablo la gracia del oficio que le han encomendado: "a mí, el más inferior de todos los santos". Y llámase el menor, no por el poder que le han dado, mas por consideración al pretérito estado de su vida, de perseguidor de la Iglesia de Dios (1Co XV; Is 60; Ga 2).

Segundo encarecimiento, por la magnitud del oficio: revelar y manifestar los secretos de Dios, que son grandes y ocultos, pongo por caso la grandeza de Cristo y la salvación de los fieles hecha por El, dos

puntos en que se cifra todo el Evangelio.

Cuanto a lo primero dice: "evangelizar", como si dijera: se me dio esta gracia de anunciar lo bueno (1Co 1; 1X), es a saber, "las riquezas ininvestigables de Cristo", que son las verdaderas riquezas. "Dios, que es rico en misericordia" (Ep 2); "rico para todos los que lo invocan" (Rm X); "¿o desprecias tal vez las riquezas de su bondad, y de su paciencia, y largo sufrimiento?" (Rm 2,4). Como si dijera: estas riquezas son en verdad insondables, pues tanta es su misericordia que no se la puede escandallar o hallarle fondo. "La sabiduría y la ciencia son tus riquezas saludables, y el temor del Señor tu tesoro" (Is 33,6), es a saber, de Cristo, porque en

Cristo moró abundantísimamente el temor del Señor (Is XI), y en El están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2), que no se pueden apaar, porque la ciencia y sabiduría de Cristo por perfectas son insondables. "¿Acaso puedes tú comprender los caminos de Dios, o entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección?" (Jb XI,7). Como si dijera: claro está que no; pues no puede llegarse a un perfecto conocimiento del Creador por medio de las criaturas en quienes reluce una huella suya. De tales riquezas estupefacto se pasma el Apóstol diciendo: "¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuan incomprensibles son sus juicios, cuan insondables sus caminos!" (Rm XI,33).

Cuanto a lo segundo, esto es, a manifestar a los fieles la salvación que proviene de Cristo, dice: "e ilustrar a todos los hombres", no sólo Judíos, sino también Gentiles, por la predicación y los milagros (Eccli. 24; Hch. 9; Mt 5); ilustrar, digo, cuanto está de mi parte, a todos los que quieran creer (I Ti. 2), a fin de que entiendan "cuál es la dispensación del misterio", ya que estas cosas ningún valor tienen si no se dispensan; como si dijera: derramaré luz sobre este punto, a saber: con cuánto amor y con qué admirable traza llevóse a efecto el misterio de la arcana redención; y estas inapeables riquezas os han sido dispensadas por Cristo.

Mas porque pudiera objetarse: esto que dices, aunque grande, todos lo saben; por eso responde el Apóstol que no es así, porque "después de tantos siglos había estado en el secreto de Dios". Donde es de saber que todo lo contenido en el efecto hállase en virtud latente en sus causas, así como en la virtud del sol hállanse todas las cosas sujetas a generación y corrupción. Con todo eso, unas cosas están allí escondidas y otras manifiestas; porque el calor manifiestamente está en el fuego, no así la razón de ciertas cosas que produce a ocultas. Dios, en cambio, es causa eficiente de todas las cosas, mas produce algunas, cuya razón puede estar patente, a saber, las que produce por medio de las causas segundas. Otras, por el contrario, están escondidas en El a saber, las que produce inmediatamente por Sí mismo. Esta es la razón de hallarse solo en Dios escondido este misterio de la redención humana, porque por Sí mismo lo obró El. Esto es lo que quiere decir: "de siglos escondido en Dios", esto es, reservado exclusivamente al conocimiento de Dios; de suerte que si hay cosa que merezca la denominación de grande ésia es: investigar los secretos de la Causa Primera. "Enseñamos sabiduría entre los perfectos; mas una sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo que se destruyen, sino que predicamos la sabiduría de Dios en el misterio, sabiduría recóndita, que predestinó Dios antes de los siglos", Dios, digo, que todo lo creó (1Co 2,6).

(Ef 3,10-12¹⁷)

Lección 3: Efesios 3,10-12

La dignidad del misterio pénese de realce por haberse revelado las cosas más subidas a los personajes de más elevada alcurnia.

10. con el fin de que en la formación de la Iglesia se manifieste a los principados y potestades en los cielos la sabiduría de Dios en los admirables y diferentes modos de su proceder,

11. según el eterno designio que puso en ejecución por medio de Jesucristo nuestro Señor,

12. por quien, mediante su fe, tenemos segura confianza y acceso libre a Dios.

Demostrada la dignidad del oficio por la magnitud del encargo, encarece aquí el Apóstol dicha dignidad por la utilidad del efecto, a saber: la revelación de grandes cosas a grandes personajes; acerca de lo cual 3 cosas hay que considerar: 1° a quiénes se hace esta revelación: "a los Principados";

2- por quién: "por la Iglesia"; 3° qué es lo que se revela: "la multiforme sabiduría de Dios".

Y para pintamos esta sabiduría 4 cosas toca el Apóstol: a) su multiplicidad: "la multiforme sabiduría de Dios"; b) el modo de esta multiplicidad: "el eterno designio"; c) la autoridad de esta multiplicidad: "por medio de Jesucristo nuestro Señor"; d) el efecto de esta autoridad: "por quien tenemos segura confianza y acceso".

Así pues, la sabiduría que se revela es multiforme, como se dice en Job XI,5: "Ojalá se dignase Dios responderte, y abrir sus labios para hablar contigo, y te hiciese ver los secretos de su sabiduría, y la multiplicidad de sus leyes"; "porque en ella tiene su morada el espíritu de inteligencia, santo, único, multiforme" (Sg 7,22); múltiple, a saber, en los efectos; único en la esencia; y el modo de multiplicarse la ciencia revelada es "según el eterno designio", esto es, distinción y determinación de los diversos tiempos; ya que Dios ordena que unas cosas sean para unos tiempos, y otras para otros, y conforme a esto esta sabiduría dicese multiforme según el eterno designio, porque a diversos tiempos adorna de diversos efectos. El autor de esta multiplicidad es Cristo; de ahí que diga: "que puso en ejecución en Cristo Jesús Señor nuestro", esto es, por Cristo; ya que El muda los tiempos y las estaciones (He 1).

Puede también referirse lo que dice: "puso en ejecución", 0 a la eterna predestinación, ya que la puso en ejecución el Padre en su Hijo (Ep 1), por ser el Hijo la

sabiduría del Padre, pues nada define u ordena de antemano sino por medio de la sabiduría; o a darle su cabal a la predestinación, que Dios Padre consumó por medio de su Hijo "en quienes nos hallamos al fin de los siglos" (1Co 10,2).

El efecto del autor es la magnitud del fruto, que de Cristo nos viene, "por quien tenemos segura

¹⁷ Ef 3,10-12: ¹⁰ En adelante los poderes y autoridades del mundo de arriba podrán descubrir, mirando a la Iglesia, los más diversos aspectos de la sabiduría de Dios, ¹¹ conforme al plan que Dios trazó desde el principio en Cristo Jesús, nuestro Señor. ¹² En él ahora nos acercamos a Dios con plena confianza, con la fe que él nos ha dejado. ¹³ Por eso, yo les ruego que no se desanimen al ver las pruebas que soportan por ustedes. Más bien han de sentirse orgullosos de ellas.

confianza"; acerca de lo cual indica los bienes que recibimos, y el medio apropiado por el que lo recibimos, "por la fe suya". Los bienes que recibimos son dos: uno que pertenece a la esperanza de conseguir lo que queremos, y cuanto a esto: "tenemos la segura confianza de que por El", por Cristo, llegaremos al cielo y a la herencia eterna (Jn 16; 2,Co 3). Otro bien pertenece a la facultad de conseguirlo; como dice: "tenemos acceso confiado a Dios" (He 4; Jr 3; Rm 5). Y añade por qué medio se nos dan estos bienes: "por su fe", a saber, la de Cristo. "Justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios mediante nuestro Señor Jesucristo" (Rm 5).

Así pues, para resumir lo dicho en breves palabras, digamos que la sabiduría de Dios, de multiforme variedad, ha sido revelada según la distinción y fijación anticipada de Jos siglos, que nos ha dado una firme confianza de acercarnos al Padre mediante la fe en El.

Indica luego a quiénes se ha revelado esta multiforme sabiduría de Dios, y entonces se toma el texto que arriba dejamos: "con el fin de que se manifieste a los Principados y Potestades", para hacernos ver la grandeza de los personajes; y porque también en la tierra hay príncipes y potestades añade: "en las regiones celestiales", esto es, en el cielo, donde estaremos nosotros.

Notemos aquí que Principados y Potestades son dos órdenes que según su nombre significan preeminencia en obrar. El orden de las Potestades está ordenado para quitar los estorbos de la salvación, y el de los Principados para llevar a efecto las buenas obras. Que al orden de los Principados toque llevar la batuta está claro por aquello del Salmo: "preceden los príncipes, detrás van los citaristas" (67,26); y que a las Potestades dar sofrenada está claro también: "¿quieres tú no tener que temer nada de aquel que tiene el poder? Pues obra bien, y merecerás de él alabanza; porque el príncipe es un ministro de Dios puesto para tu bien. Pero si obras mal tiembla, porque no en vano ciñe espada, siendo como es ministro de Dios, para ejercer su justicia, castigando al que obra mal" (Rm 13,3). Grandes, pues, son estos personajes, a quienes se dio a conocer, puesto que son los santos Angeles, por quienes son dirigidos y defendidos los santos.

De qué medio se valga para darles a conocer esta multiforme sabiduría de Dios, lo añade diciendo: "por medio de la Iglesia", expresión que entraña no poca dificultad; porque la Glosa lo expresa de esta manera: por medio de la predicación de los Apóstoles en la Iglesia. Un sentido que pudiera admitirse y que lleva algún camino sería éste: que los Angeles aprendieron de los Apóstoles; pues vemos que en el cielo entre los Angeles los superiores, que inmediatamente son iluminados por Dios, iluminan y enseñan a los inferiores que no reciben esa iluminación. No parece, pues, va fuera de camino decir que enseñen a los Angeles los Apóstoles, que inmediatamente fueron enseñados por Dios, según aquello de San Juan 1: "El Hijo Unigénito, existente en el seno del Padre, El mismo en persona es quien le ha hecho conocer a los hombres".

Pudiéramos pasar por ello, si no se atravesase otra dificultad; pues teniendo Cristo dos naturalezas, la divina y la humana, cierto que cuanto a la humana enseñó Cristo inmediatamente a los Apóstoles; pero los Angeles, aun los inferiores, ven inmediatamente la naturaleza divina; de otra suerte no fuesen bienaventurados, ya que en la sola visión de la divina esencia consiste la bienaventuranza de la criatura racional. No es pues conveniente ni razonable decir que a los santos que están en la patria los enseñan los viadores, por perfectos que sean; porque, aunque "entre los nacidos de mujeres ningún profeta es mayor que Juan Bautista, con todo, aquel que es más pequeño en el reino de Dios es mayor que él", como dice San Lucas 7,28. Decir que a los demonios los enseñen los hombres, esto sin prejuicio es creíble; mas que a los bienaventurados, que inmediatamente miran al Verbo, espejo sin mácula en que reaparece conveniente, luce todo, les enseñen los viadores, no debe decirse ni

Digamos entonces que se dio a conocer a los Angeles por medio de la Iglesia, esto es -como dice la Glosa- por medio de la predicación de los Apóstoles; no que los Angeles hayan aprendido de ellos, sino en ellos; porque, como dice San Agustín, antes de crear Dios las criaturas -antes, digo, en el orden de la naturaleza, no del tiempo, en que todo simultáneamente fue creado- infundió en las mentes angélicas la razón de las cosas naturales, con lo que los Angeles pudiesen conocer las cosas naturales de dos modos: uno, porque las conocieron en el Verbo, y este conocimiento se llama matutino; otro, porque las conocieron en sus propias naturalezas, y este conocimiento se llama vespertino.

Demás de esto, es de notar que los misterios de la gracia tienen ciertas razones que sobrepujan la capacidad de todas las criaturas, y, por consiguiente, no fueron infundidas en las mentes angélicas, sino ocultas se quedan en solo Dios. Por tanto, los Angeles no las conocen en sí mismas, ni aun en Dios, sino en los efectos, como se van dando a conocer. Siendo, pues, de tal género, las razones que pertenecen a la multiforme sabiduría de Dios, es a saber, quedándose escondidas en solo Dios, para salir luego a vistas en sus efectos exteriores, es cosa clara que los Angeles no las conocieron ni en sí mismas, ni en el mismo Verbo, ni por medio de los Apóstoles u otros viadores; sino desplegadas en los mismos Apóstoles, primero las conocieron escondidas en la mente divina. Así como una casa o la idea de hacerla nadie puede conocerla mientras está en la mente del artífice, sino sólo Aquel que penetra en las almas, es a saber, Dios; pero después que la idea ha salido ya a vistas en el efecto extrínseco, porque la casa ya está hecha; de la misma manera llega uno al conocimiento de la casa ya hecha, que primero estaba escondida en la mente del artífice, mas no por la casa, sino en la casa.

La otra explicación del "a fin de que se manifieste a los Principados" es que la conjunción ut no se tome en sentido causal sino en cierta manera consecutivo y que se lea como sigue: ilustrar a todos los hombres, descubriéndoles la dispensación del misterio que después de tantos siglos había estado en el secreto de Dios, criador de todas las cosas, pero tan secreto y escondido que se da a conocer a los Principados... quiere decir, este misterio de tal suerte estuvo escondido en Dios que vinieron a conocerlo los Principados no desde la eternidad, sino al empezar los siglos, porque toda criatura principio tiene. Y llegó a su noticia, no por medio de la Iglesia terrena, sino de la celeste, porque allí está la verdadera Iglesia, la que es madre nuestra, a la que nos dirigimos, de cuyo dechado la nuestra, la militante, es imitación. Así que la preposición per sólo indica el orden de la naturaleza, de suerte que decir por la Iglesia celestial sea lo mismo que de uno en otro; así como se dice: eso se hizo notorio por todo el reino o la ciudad, porque las nuevas, al paso que las palabras, corren de boca en boca. En los Hechos 1X,42, a propósito de la resurrección de Tabita, beguina de San Pedro, se dice que este hecho "fue notorio en toda la ciudad de Jope, por cuyo motivo muchos creyeron en el Señor".

El Maestro de las sentencias echa por otro camino en la lectura de San Agustín de suerte que el texto aludido se lea así: por la Iglesia, esto es, por todos los que están en la Iglesia terrena; pero esto no corresponde a la intención de San Agustín. Aquí vendría bien preguntarse si los Angeles, al principio del mundo, conocieron el misterio de la Encarnación. Los Angeles mayores sí -responde el Maestro- pero no los menores; por eso preguntan: "¿quién es éste que viene de Edón y de Bosra, con las vestiduras teñidas de sangre?" (Is 63,1). Pero esta opinión es contraria a la del bienaventurado Dionisio, que toma las dos interrogaciones que hacen los Angeles sobre Cristo de la Sgda. Escritura; una del Salmo 23: "¿quién es este rey de la gloria?"; la otra de Is 63: "¿quién es éste que viene de Edón?" La primera interrogación o pregunta, según él, es de los Angeles inferiores; la segunda, de los supremos; y así parece, porque a la primera no responde Dios, sino otro; por eso dice: "el Señor de los ejércitos; El es el Rey de la gloria"; pero a la segunda responde inmediatamente el mismo Dios; de donde habla en esta forma: "Yo soy el que predico la justicia y soy el protector que da la salud".

Así pues, según Dionisio, unos y otros a medias supieron y a medias ignoraron, porque al principio supieron en general del misterio de la Encarnación, pero en especial las razones de ese misterio las vinieron a saber tiempo adelante o en el decurso del tiempo, según se iban dando a conocer en sus efectos exteriores.

19

(Ef 3,13-17¹⁸)

Lección 4: Efesio 3,13-17

Exhorta San Pablo a los Efesios a no desmayar en la fe por las tribulaciones que padecen, y ruega al Señor les entre en provecho su exhortación.

13. Por tanto, os ruego no decaigáis de ánimo en vista de tantas tribulaciones como sufro por vosotros, pues estas tribulaciones son para vuestra gloria.

14. Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo,

15. el cual es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en el cielo y sobre la tierra,

16. para que, según las riquezas de su gloria, os conceda por medio de su Espíritu el ser fortalecidos en virtud en el hombre interior,

17. y el que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, estando arraigados y cimentados en caridad.

Tratado que hubo el Apóstol de la dignidad de su oficio, que pertenece a su condición, trata aquí luego de lo tocante a su aflicción, es a saber, de sus trabajos y padecimientos; a cuyo propósito los exhorta a no alterarse por sus tribulaciones, sino a tener paciencia; mas como para eso es necesario el auxilio divino, con la oración armado se adelanta, para que por la divina gracia logren no turbarse.

Dice pues: sucede que por la grandeza de mi oficio y firmeza que tengo por la fe de Cristo padezco tribulaciones, mas no me quitan la paz ni pueden arrancarme de Cristo. "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿la tribulación? ¿la angustia?" (Rm 8); como si dijera: nada. "Por tanto, os ruego, y os induzco a ello, a no decaer de ánimo en vista de tantas tribulaciones como padezco por vosotros", quiero decir que, por ocasión de mis tribulaciones, no vaya a apagarse en vosotros enteramente la fe y dejéis de hacer buenas obras; "no desmayéis perdiendo los aceros" (He 12,3). Digo que no habéis de perder el ánimo, porque estas tribulaciones las padezco por vosotros, esto es, van encaminadas a vuestro provecho (2Co 1); o para vuestra probación (Sg 3)

- "que son para gloria vuestra", esto es, si no desmayáis y estáis a pie firme en las tribulaciones; porque el que perseverare hasta el fin se salvará. Otro modo de entender esa gloria es que el soportar esas tribulaciones es para vuestra gloria en este sentido: que Dios expuso a sus Apóstoles y profetas a los padecimientos y tribulaciones por vuestra salud (Os. 6; 2Co 1).

Por consiguiente, al decir: "por esta causa", les implora el auxilio divino por medio de la oración para

¹⁸ Ef 3,13-17: ¹³ Por eso, yo les ruego que no se desanimen al ver las pruebas que soporto por ustedes. Más bien han de sentirse orgullosos de ellas.

¹⁴ Pensando en todo esto, doblo las rodillas en presencia del Padre, ¹⁵ al que se refiere toda patria en la tierra y toda familia celestial, pues "patria" viene de "padre". ¹⁶ Que él se digne, según la riqueza de su gloria, fortalecer en ustedes, por su Espíritu, al hombre interior. ¹⁷ Que Cristo habite en sus corazones por la fe, que estén arraigados en el amor y en él puedan edificarse. ¹⁸ Que sean capaces de comprender, con todos los creyentes, cuán ancho, y cuán largo, y alto y profundo es, ¹⁹

que saquen provecho de su exhortación; y primero se adelanta con la oración, luego da gracias como si ya hubiera sido escuchada. Propone asimismo el objeto de la oración, su propósito y fruto. Y como la oración se hace oír por medio de la humildad (Ps 101; Eccli. 35), luego al punto humillándose empieza diciendo: "por esta causa, a saber, para que no desmayéis en la fe, doblo mis rodillas al Padre", que por dos razones es señal de humildad: a) porque el que dobla las rodillas en cierto modo se empequeñece y se sujeta al que le dobla las rodillas; de suerte que esta muestra exterior es un reconocimiento de la propia fragilidad y pequenez.

b) porque en la rodilla estriba la fortaleza del cuerpo; así que cuando alguno dobla la rodilla hace una protesta de cuan flaco es su poder o virtud; razón por la cual el hacer con el cuerpo señales exteriores es para manifestarle a Dios la conversión y el ejercicio espiritual interior del alma. Así Manases en su oración: "doblo las rodillas de mi corazón".

Describe después el objeto de la oración, que es Dios, y lo describe por afinidad y por autoridad; pues por afinidad levantamos el rostro para orar con confianza, como dice: "al Padre de nuestro Señor Jesucristo", cuyos hijos somos (Stg. 1; Is 63). Por autoridad confirmase la confianza de obtener lo que pedimos, porque El "es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en el cielo y sobre la tierra".

Aquí pudiera ponerse a discusión si en el cielo hay paternidad, y brevemente podría responderse que en el cielo, esto es, en Dios o en los seres divinos hay una paternidad, que es principio de toda paternidad; pero al presente no es esto lo que se averigua, por ser cosa de todo fiel conocida, sino si en los cielos, esto es, en los Angeles hay alguna paternidad, y respondo que la paternidad es exclusiva de los seres dotados de vida y conocimiento. Hay dos vidas, una en potencia, otra en acto. La vida en potencia consiste en tener obras vitales en potencia; así que un hombre dormido, cuanto a los actos exteriores, dicese vivir en potencia. La vida en acto consiste en estar actualmente ejercitando las acciones vitales; de modo que no es sólo padre el que da la potencia de la vida, mas puede también denominarse con ese nombre el que da el acto de la vida. Así pues, todo aquel que induce a otro a un acto vital, pongo por caso, a una buena obra, a entender, querer, amar, puede llamarse su padre; "porque aun cuando tengáis millares de ayos en Jesucristo, no tenéis muchos padres" (1Co 4,15). Por tanto, siendo así que entre los Angeles unos a otros se iluminan, perfeccionan y purifican, y éstos sean actos jerárquicos, es claro que un Ángel es padre de otro, como el maestro es padre del discípulo.

Ahora bien, es cosa dudosa que se derive de la divina la paternidad celeste y terrestre; más bien parece que no, que tal es el nombramiento según el conocimiento que tenemos de las cosas que nombramos; pero no habiendo otra vía de llegar a conocer sino por medio de las criaturas, cuanto nombre imponemos, antes que al mismo Dios, ajústasele a las criaturas con mayor propiedad y conveniencia.

Respondo y digo que de dos modos podemos tomar el nombre de una cosa nombrada: a) o en cuanto expresa o significa un concepto intelectual, ya que las voces son divisas o señales de las pasiones o conceptos que están en el alma, y de esta manera primero está el nombre en las criaturas que en Dios; b) o en cuanto manifiesta la quiddidad o esencia de la cosa nombrada exteriormente, y así primero está en Dios. Por tanto, este nombre paternidad, en cuanto significa la concepción del entendimiento que da nombre a la cosa, hállese primero en las criaturas que en Dios, porque lo que a prima faz se nos da a conocer es antes la criatura que Dios; pero en cuanto significa la misma cosa nombrada, hállese primero en Dios que en nosotros, porque en verdad toda virtud generativa de Dios proviene para tenerla nosotros. Por eso dice: de quien toda paternidad, en cielo y tierra, dimana y tiene nombre; como si dijera: la paternidad de las criaturas es como nombre o el timbre de una voz; pero aquella paternidad

divina, por la que el Padre al Hijo, sin rastro de impureza, da su naturaleza, total y sin fealdad, ¡ésa es paternidad! Por consiguiente, al decir: "para que os conceda", indica lo que pretende con la oración y de qué medio se ha de valer para conseguirlo. Así pues: digo (San Pablo) que os ruego no desmayéis sino os mantengáis a pie firme varonilmente; pero sabiendo que eso no lo podréis de vuestra cosecha, sin un favor especial de Dios, por eso le pido a El os lo conceda (Stg. 1); y esto "según las riquezas de su gloria", esto es, según la opulencia y magnificencia de su majestad. "En mi mano están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia" (Pr. 8,: 18; Ps 1 18); riquezas, digo, que hacen "a la virtud fortalecerse" -"el que robustece al débil, y el que da mucha fuerza y vigor a los que no son para nada" (Is 40,29)-. Y esto "en lo interior del hombre", que si por dentro no está el hombre fortalecido, muy fácilmente por el enemigo es vencido (Is 9). Tómese entonces nuevamente esa partícula interpuesta, es a saber, "por medio de su Espíritu", con la que muestra de qué medio ha de valerse para conseguir lo que pide; porque el mismo Espíritu que robustece es espíritu de fortaleza, y es causa de no desmayar en las tribulaciones, y lo conseguimos por la fe que es fortísima; porque la fe es el fundamento o firme persuasión de las cosas que se esperan, esto es, hace que esas cosas subsistan en nosotros. Por eso dice San Pedro que al demonio le resistamos "firmes en la fe" (I 5,9).

Añade: "que Cristo habite por la fe en vuestros corazones" (I P. 3); pero no sólo por la fe que como don es fortísima, sino también por la caridad que esta en los santos. Por eso agrega: "estando arraigados y cimentados en la caridad" (1Co 13; Cant. 5). Por tanto, así como un árbol sin raíces y una casa sin cimientos fácilmente se vienen al sudeo; del mismo modo el edificio espiritual, si no esta arraigado y cimentado en la caridad, no puede durar.

20

(Ef 3,18-21 ¹⁹)

Lección 5: Efesios 3,18-21

Pónese en la fe el fruto del robustecimiento de los Efesios, en la fe, digo, que no es otra cosa sino el conocimiento de la humanidad y divinidad de Cristo.

18. a fin de que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura y longura y la alteza y profundidad de este misterio,

19. y conocer también aquel amor de Cristo hacia nosotros, que sobrepuja a todo conocimiento, para que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios.

20. Y, en fin, a aquel Señor que es poderoso para hacer infinitamente más que todo lo que nosotros pedimos, o de todo cuanto pensamos según el poder que obra en nosotros;

21. a El sea la gloria, por medio de Cristo Jesús, en la Iglesia, por todas las generaciones de todos los siglos. Amén.

Indicó arriba el Apóstol el propósito de su oración y petición por los Efesios, es a saber, la

¹⁹ Ef 3,18-21: ¹⁸ Que sean capaces de comprender, con todos los creyentes, cuán ancho, y cuán largo, y alto y profundo es, ¹⁹ en una palabra, que conozcan este amor de Cristo que supera todo conocimiento. En fin, que queden colmados hasta recibir toda la plenitud de Dios. ²⁰ A Dios, cuya fuerza actúa en nosotros y que puede realizar mucho más de lo que pedimos o imaginamos, ²¹ a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y todos los tiempos. Amén.

corroboración del espíritu en la fe y en la caridad; por consiguiente, aquí muestra el fruto de esa corroboración, que es cierto conocimiento. De ahí que primero proponga la misma noticia, luego la eficacia de tal noticia y conocimiento. Dice pues: de tal modo, carísimos, arraigados y cimentados habéis de estar en la caridad, "que podáis comprender cuál sea la anchura...", texto que puede leerse

de dos maneras: de una, más apegada a la intención del Apóstol, que es la siguiente: Es pues de saber qué tanto para el porvenir como para el tiempo presente nos es necesario el conocimiento de Dios; porque en el futuro el conocimiento de Dios y de la humanidad tomada por el Verbo será nuestro gozo. "La vida eterna consiste en conocerte a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste" (Jn 17,3). "Entrará, en la contemplación de la divinidad, y saldrá, en la contemplación de la humanidad, y hallará pastos" (Jn X,9). Y porque la fe es principio de aquel futuro conocimiento, ya que es el fundamento de las cosas que se esperan (He XI), a tales cosas como que las hace subsistir en nosotros a modo de cierto comienzo. De ahí que nuestra fe consista en la divinidad y humanidad de Cristo (1Co 2). Así que primero trata del conocimiento de la divinidad; después, de los misterios de la humanidad.

El conocimiento de la divinidad lo manifiesta por estas palabras: "para que podáis", como si dijera: cobrad fuerzas por la fe y la caridad, que con esta condición llegaréis a la vida eterna, donde tendréis a Dios presente y lo conoceréis perfectamente. Que Dios se manifieste al amante, claramente lo dice San Juan: "el que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré y Yo mismo me manifestaré a él" (14,21). Que se manifieste al creyente, lo dice Is : "si no creyereis no entenderéis" (7); porque es necesario, para que podáis comprender, que seáis robustecidos por la fe y la caridad. Donde es de saber que comprender se toma algunas veces por incluir, y entonces es menester que en el ámbito del comprensor se contenga totalmente lo comprendido. Otras se toma por aprehender, y entonces dice remoción de distancia e insinúa la vecindad. De la primera manera no hay entendimiento creado que pueda comprender a Dios, "¿Acaso puedes tú comprender los caminos de Dios, o entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección?" (Jb XI,7), como si dijera: por cierto que no; porque así pudiera perfectamente conocerlo, cuanto da de sí su cognoscibilidad. Pero no se entiende de este conocimiento o de este modo de conocer, sino del otro, lo que se dice: "para que podáis comprender". Es una de las 3 dotes, y de ésta habla el Apóstol, al decir: "para que podáis comprender", esto es, tener a Dios presente y en su presencia conocerlo. "No que lo haya logrado ya todo, ni llegado a la perfección, pero yo sigo mi carrera para ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucristo" (Pil. 3,12). Esta comprensión es común "a todos sus santos" (Ps 149), a quienes se dice lo de 1 Corintios 9: "corred de manera que alcancéis".

-"cuál sea la anchura". Notemos que estas palabras parecen tener su origen en las de Job arriba citadas: "¿acaso puedes tú comprender los caminos de Dios?"; como si dijera: es incomprensible, y da por razón de esta incomprensibilidad lo que sigue: "Es más alto que los cielos; ¿qué harás, pues? Es más profundo que los infiernos; ¿cómo has de poder conocerle? Su dimensión es más larga que la tierra y más ancha que el mar" (Jb XI,8). De donde al parecer Job nos lo muestra comprensible, por atribuirle la diferencia de estas 4 dimensiones, a que alude el Apóstol diciendo: "para que podáis comprender cuál sea la anchura...", como si dijera: es menester tengáis tanta fe y caridad que podáis por fin comprender lo que es comprensible. Así lo explica Dionisio; no por eso hay que entender, de ninguna manera, que estas dimensiones en Dios sean corporales, porque "Dios es espíritu"; pero sí metafóricamente están en Dios. Así que por la anchura designase la dimensión o extensión de su virtud y de la sabiduría divina sobre todas las cosas (Eccli. 1). Por la longitud designase su eterna duración (Ps Cl; 1X). Por la alteza o sublimidad la perfección o nobleza de su naturaleza, que excede infinitamente a toda criatura (Ps 1 12). Por la profundidad la incomprensibilidad de su sabiduría. "¡Oh, cuan grande es su profundidad! ¿Quién podrá llegar a sondearla?" (Ecl. 7,25).

Así pues, queda liso y llano que el fin de nuestra fe y caridad es llegar a un perfecto conocimiento de la fe, por la que conozcamos la infinita extensión de su virtud, su eterna e infinita duración, la alteza de su naturaleza perfectísima, la profundidad e incomprensibilidad de su sabiduría, del modo que a nuestra capacidad es permitido.

Por consiguiente, por sernos aún necesario otro conocimiento, es a saber, el de los misterios de la humanidad, por eso añade: "y conocer también aquel amor de Cristo hacia nosotros, que sobrepuja todo conocimiento". Donde es de saber que todo lo que abarca el misterio de la Redención y el de la Encarnación de Cristo es todo él una pura obra de amor. Porque el haberse encarnado de puro amor procedió (Ep 2); el haber muerto, de amor también (Jn 15; Ep 5); por cuyo motivo exclama San Gregorio:

¡Oh amor de caridad inestimable! Que para hacer al siervo redimible Diste en precio a tu Hijo ya pasible.

Por tanto, conocer el amor de Cristo es conocer todos los misterios de la Encarnación de Cristo y Redención nuestra, que dimanaron del inmenso amor de Dios, amor que sobrepuja todo entendimiento creado y toda ciencia, por ser incomprensible al pensamiento. Por eso dice: "que sobrepuja todo conocimiento", conviene a saber, natural, y está por encima de todo entendimiento creado (Ph 4); "el amor de Cristo" esto es, que por medio de Cristo nos tuvo Dios Padre (2Co 5).

Puede leerse el texto también de modo que se refiera a la perfección de nuestra caridad, como si dijera: fortaleceos, arraigados y cimentados en la caridad, para que podáis, no sólo conocer, sino comprender con todos los santos; porque este don, a saber, el de la caridad, es común a todos, ya que nadie puede ser santo sin caridad, como se dice en Ep 3; podáis, digo, comprender "cuál sea la anchura", a saber, de la caridad, que se extiende hasta a los enemigos, "tus mandamientos son espaciosos en demasía" (Ps 118); pues ancha es la caridad para difundirse. La longura de la caridad consiste en la perseverancia, porque jamás se acabará; aquí empieza y en la gloria tendrá su perfección (1Co 13; Cant. 7). Su alteza, si está fija la mira en el celeste blanco, quiero decir, que a Dios no se le ame por miramientos temporales -que semejante caridad no tendría fuerza- sino por Sí solo (Jb 40). Su hondura y profundidad, si se atiende al origen de la misma caridad; porque el hecho de amar a Dios no tiene su origen en nosotros sino en el Espíritu Santo, como se dice en Romanos 5: "el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo".

Por tanto, el que uno tenga una caridad larga, ancha, profunda y elevada, y otro no, proviene del insondable misterio de la divina predestinación (Eccli. 1). Luego todo esto es para que podáis comprender, esto es, alcanzar con todos los santos perfectamente, cuál sea la anchura, para que vuestra caridad se extienda hasta los enemigos; cuál sea la longura, a saber, para que nunca se acabe; cuál sea la alteza, a saber, para que Dios sea amado por Sí mismo; y cuál la profundidad, esto es, de la predestinación. ..

Aquí hay que saber que Cristo, a cuyo arbitrio quedó elegir el género de muerte que quisiese, porque por amor murió, eligió la muerte de cruz en que se hallan las antedichas 4 dimensiones. Allí está la anchura, es a saber, en el madero atravesado en que quedaron sus manos enclavadas, porque nuestras obras han de extenderse por caridad hasta los enemigos. Allí la longura en el palo vertical, en que se apoya todo el cuerpo, porque la caridad, que soporta y salva al hombre, debe ser perseverante (Mt X). Allí la ajteza en el leño superior, en que la cabeza se reclina; porque nuestra esperanza debe levantarse

a lo eterno y divino. (1Co XI). Allí también está lo profundo en el madero que estriba en la tierra y sostiene la cruz, y se oculta a la vista; porque lo profundo del amor divino nos sostiene, pero no se ve, ya que, como va dicho, el por qué de la predestinación excede nuestra razón.

Así pues, hemos de comprender la virtud de nuestra caridad y la de Cristo, pero no sólo, mas conocer aún el amor de Cristo que sobrepuja toda ciencia (humana); pues nadie puede tantear la hondura del amor con que Cristo nos amó, o esguazar el amor o caridad de la ciencia de Cristo, que va conjunta con la ciencia de Cristo; digo la caridad que a otra caridad hace ventaja, es a saber, a la que está sin ciencia. ¿Mas por ventura es cierto que la caridad con ciencia descuella sobre la que está sin ciencia? Tal parece que no, que en ese caso caridad mucho mayor tuviera un teólogo que una velezuela santita. Respondo: esto se entiende de la ciencia de afición; porque en virtud del conocimiento es arrastrado a más amar, que Dios más conocido, a proporción es tanto mas amado. Por cuyo motivo San Agustín esto rogaba: conózcate a Ti, conózcame a mí. O si esto se dice es por aquellos que, celosos de Dios, lo son sin ciencia. A tal caridad, a la de éstos, aventájase la que con la predicha ciencia está conjunta.

- "para que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios". Refiérese a la eficacia del conocimiento divino, esto es, que tengáis una perfecta participación en todos los dones de Dios, para que aquí seáis plenamente colmados de virtudes, y allí de felicidad, obra por cierto de la caridad (Eccli. 24).

- "y, en fin, a aquel Señor que es poderoso para hacer. .." Da gracias el Apóstol de haber Dios oído su oración; acerca de lo cual apunta 3 cosas: el poder de Dios para conceder lo pedido, un ejemplo de esta potestad, materia del hacimiento de gracias. El poder de Dios nos lo pinta infinito llamándole "poderoso", es a saber, Dios Cristo, y Dios Padre, "que poderoso es para hacerlo todo" (Ex. XV; Rm 16): y para hacer "infinitamente más" que todo lo que nosotros acertamos a pedir por el afecto, o a entender por el entendimiento; y esto es lo que quiere decir "que todo lo que nosotros pedimos, o todo cuanto pensamos".

Ejemplo de esta abundancia, que derramó en nosotros, la muestra diciendo: "según el poder que obra en nosotros", como si dijera: a la vista está si ponemos los ojos en lo que obró en nosotros los hombres. Porque eso de hacerse Dios hombre, y el hombre Dios y consorte de la naturaleza divina, ¿en qué seso o afecto podía caber, o ser de él entendido y menos pedido a Dios? Con todo, según su poder, esta obra magna la obró en nosotros, en la Encarnación de su Hijo (2 P. 1). A esto alude el Eclesiástico: "¿quién es capaz de referir todas sus obras?" (18,2). O ¿quién puede investigar sus maravillas? Pues y su omnipotente grandeza, ¿quién podrá jamás explicarla?

O también -otra explicación- lo que obró en nosotros, esto es, los Apóstoles, a quienes dio la gracia de anunciar las insondables riquezas de Cristo, y de ilustrar a todos los hombres, descubriéndoles la dispensación del misterio que después de tantos siglos había estado en el secreto de Dios.

La materia del hacimiento de gracias es el doble beneficio que Dios nos hizo: la institución de la Iglesia y la Encarnación del Hijo de Dios. Dice pues: a El, es a saber, Dios Padre, sea la gloria, en la Iglesia, esto es, por lo que hizo en la Iglesia, que instituyó en Cristo, es a saber, por Cristo, o en favor de Cristo, a quien nos dio. A El, digo, sea la gloria, para que glorioso se deje ver, no sólo al presente, sino "por todas las generaciones de todos los siglos", esto es, del siglo que lo abarca todo (I Ti. 1).

Capítulo 4

21

(Ef 4,1-4²⁰)

Lección 1: Efesios 4,1-4

Exhorta a los Efesios a conservar la unidad de la Iglesia y a portarse de una manera digna del estado a que fueron llamados.

1. Yo, pues, que estoy entre cadenas por el Señor, os conjuro que os portéis de una manera que sea digna del estado a que habéis sido llamados,
2. con toda humildad, y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros con caridad,
3. solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz,
4. siendo un solo cuerpo y un solo espíritu, así como fuisteis llamados a una misma esperanza de vuestra vocación.

Trajo a la memoria, arriba, el Apóstol, los beneficios divinos que dan a la Iglesia su constitución y conservación; aquí los amonesta a permanecer en la unidad de Ella y los instruye sobre el modo de hacerlo. Amonéstalos asimismo a guardar la unidad eclesiástica y propóneles la forma de esa unidad. Amonéstalos, pues; muéstrales el fin de la amonestación y propone ciertos motivos que los induzcan a guardar dicha unidad:

- a) el afecto de caridad;
- b) el recuerdo de sus cadenas;
- c) la consideración de las cosas divinas.

El afecto de caridad insinúalo con sus ruegos; así que dice: ya pues, recibido que habéis tantos beneficios del Señor, os ruego, siendo así que pudiera mandarlo, mas por humildad no lo mando, sino más bien lo ruego (Pr. 18). Asimismo por el amor, que para obrar es mejor motor que el temor (Flm.). Finalmente por el recuerdo de sus cadenas diciéndoles: "yo, encadenado por el Señor". Motivos con que los induce a guardar la unidad por 3 razones: a) pues de un amigo otro amigo más se conduele de su aflicción y esfuérase, por todos los medios, en cumplir su voluntad, para siquiera así darle un consuelo (Eccli. 12);

b) porque las cadenas que lo aprisionaban las arrastraba para bien de ellos; razón por la que los induce al recuerdo, cual si quisiese obligarlos (2Co 1);

c) porque -como arriba se dijo- esto les era materia de grande gloria, cuando por causa suya y para su salvación, a sus amigos y elegidos Dios los exponía a la tribulación. Por eso añade: "en el Señor", esto

²⁰ Ef 4,1-4: ¹ Yo, «el prisionero de Cristo», les exhorto, pues, a que se muestren dignos de la vocación que han recibido.

² Sean humildes, amables, comprensivos, y sopórtense unos a otros con amor. ³ Mantengan entre ustedes lazos de paz y permanezcan unidos en el mismo espíritu. ⁴ Un solo cuerpo y un mismo espíritu, pues ustedes han sido llamados a una misma vocación y una misma esperanza. ⁵ Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, ⁶

es, por el Señor. O dice esto, porque al Apóstol era glorioso el estar encadenado, no por ladrón u homicida, mas por cristiano y por Nuestro Señor Jesucristo (Ez. 3).

Indúcelos también por la consideración de los divinos beneficios diciendo: "que os portéis de una manera que sea digna del estado a que habéis sido llamados", esto es, poniendo los ojos en la dignidad a que habéis sido llamados, observéis un proceder que esté de acuerdo con ella; que si uno fuese llamado a la nobleza superior de un reino, no fuera bien se dedicase a roturar el campo. A este tono amonesta el Apóstol a los Efesios; como si dijera: habéis sido llamados para ser conciudadanos de los santos y de la casa de Dios; no pega, pues, con esto el que hagáis obras terrenas y que os afanéis por las cosas del mundo. Por eso dice: "que os portéis de una manera digna" (Col 1; Ph 2). ¿Y por qué? porque os llamó Dios de las tinieblas a su admirable luz.

Por tanto, al decir: "con toda humildad", señala el modo de su amonestación enseñándoles cómo podrán portarse dignamente. Pone, pues, 4 virtudes y excluye otros tantos vicios opuestos:

a) la soberbia; que si alguno, por terquedad quiere estar del otro encima, pero el otro no se anima a doblarle la cabeza, se engendra la disensión dentro de la sociedad y se acaba la paz. Por eso dicen los Proverbios: "entre los soberbios hay continuas reyertas" (13,10). Pues para quitar (tan mala cizaña, aplica la contrayerba): "con toda humildad, interior y exterior". "Cuanto fueres más grande, tanto más debes humillarte en todas las cosas" (Eccli. 3,20); "que Dios a los soberbios resiste, pero a los humildes da su gracia" 1P 5,5 ; Ph 2);

b) la ira, porque los iracundos están en un tris de agraviar a uno de palabra o de obra, y con eso se alborota el cotarro. "El hombre iracundo suscita riñas; el sufrido apacigua las que se han excitado". Pues contra ira mansedumbre, que aplaca los pleitos y conserva la paz. "Hijo, haz tus cosas con mansedumbre y, sobre ser alabado, serás amado de los hombres" (Eccli. 3,19; Pr. 3; Ps 36);

c) la impaciencia; porque algunos hay de natural humilde y sufrido que, aunque no molesten al prójimo, pero no llevan en paciencia se les moleste o se intente molestarlos. Por eso añade: "con paciencia" de las cosas adversas. "Humilla tu corazón y ten paciencia" (Eccli. 2; Sgt. 1; He. X);

d) el celo desordenado; que se alborota la sociedad, cuando estos zelotes, de celo desordenado, sin razón ni coyuntura, constitúyense fiscales de lo que sus ojos ven. "Si unos a otros os mordéis y roéis mirad no os destruyáis los unos a los otros" (Ga 5,15). Por eso dice: "soportándoos unos a otros con caridad", es a saber, sobrellevando mutuamente los defectos ajenos, y esto por caridad; porque cuando cae alguno, no ha de corregírsele luego, a no ser se ofreciese coyuntura favorable, sino agúardesele con clemencia, porque la caridad todo lo aguanta. Lo cual no quiere decir que haya uno de hacerse de la vista gorda con tales defectos, por negligencia o connivencia, familiaridad o carnal amistad, sino soportarlos con caridad. "Comportad las cargas «nos de otros" (Ga 6,2); "y así, nosotros, como más fuertes en la fe, debemos soportar las flaquezas de los inenos firmes" (Rm 15,1).

- "Solícitos en conservar la unidad". Este es el fin de la amonestación: conservar la unidad entre los fieles; y procede a hablar de la misma unidad, que es el fin; del modo de ella; del por qué de conservar dicha unidad. Así pues: digo que os portéis dignamente, y haced esto "solícitos en conservar la unidad del espíritu". Adviértase que hay doble unidad, una para lo bueno y otra para lo malo. Es mala la que se emplea para obrar mal, y puede llamarse unidad carnal (Eccli. XI). La del espíritu es buena y sirve para el obrar bien Ps 132; Jn 17).

El modo de guardar la unidad es con el vínculo de la paz; que la caridad es la que auna las almas; pero en Jo material ninguna junta puede tener ser sino atada con alguna atadura. Del mismo modo los ánimos no pueden estar unidos sino asidos y prendidos en una lazada, que Jo es a boca llena la paz. Según San Agustín, es la tranquilidad en el modo, especie y orden, es a saber, cuando cada uno tiene lo que es suyo. Por eso dice: "con el vínculo de la paz" (Ps 147). Y esta paz se guarda con la observancia de la justicia (Is 32). "No te sean desabridas sus cadenas", que ciertamente, como allí mismo se dice, "son una venda saludable" (Eccli. 6,26).

Ahora bien, habiendo en el hombre doble unidad, una, de los miembros que entre sí se ordenan, otra, del cuerpo y del alma para formar un compuesto; y hablando el Apóstol de la unidad de la Iglesia, a semejanza de la unidad humana, por eso añade: "un cuerpo"; como si dijera: ataos con el vínculo de la paz para que, cuanto a la primera unidad, seáis un cuerpo, es a saber, que entre todos los fieles haya un orden mutuo, como miembros de un solo cuerpo (Rm 1).

- "y un solo espíritu", quiero decir, que unidos en fe y caridad tengáis en espíritu unanimidad; o, de otra manera, constituyáis un cuerpo en lo que toca al prójimo, y un espíritu en lo que mira a Dios; porque quien unido está con Dios es con El un mismo espíritu (1Co 6,17).

Al decir luego: "así como fuisteis llamados a una misma esperanza de vuestra vocación", agrega el por qué de esta unidad, así como vemos en una sociedad, de mutua beneficencia y de mancomún tenencia, que en orden a sus negocios permanecen juntos y también varí juntos; lo mismo en el terreno espiritual: ya que habéis sido llamados con un solo fin, esto es, del premio final, por lo mismo juntos debéis andar y unidos en un mismo espíritu y con la misma esperanza de vuestra vocación, es a saber, hacia una esperada esperanza, que es el efecto de la vocación. "Por lo cual vosotros, santos hermanos, participes que sois de la vocación celestial", "considerad esa vocación vuestra" (He 3,1; 1Co 1,26). Mas pudiera alguno decir: ¿quién nos llamó y a qué? A esto responde San Pedro: "Dios, dador de toda gracia, nos llamó a su eterna gloria" (I P. 5,10), en donde está vuestra dicha: "Dichosos los que son convidados a la cena de las bodas del Cordero" (Ap. 19,9).

22

(Ef 4,5-6²¹)

Lección 2: Efesios 4,5-6

Declárase la unidad de la Iglesia, porque no hay más que un solo Dios, una fe, un bautismo.

5. Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo.

6. Uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y gobierna todas las cosas, y habita en todos nosotros.

Luego de haberlos exhortado a conservar la unidad de la Iglesia, ahora en esta parte les traza el Apóstol a los Efesios una forma de esa dicha unidad; donde hay que advertir que, siendo la Iglesia de Dios como una ciudad, tiene la unidad de un todo pero distinta, por no ser como un cuerpo simple sino

21 Ef 4,5-6: ⁵ Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, ⁶ un solo Dios y Padre de todos, que está por encima de todos, que actúa por todos y está en todos. ⁷ Cada uno de nosotros ha recibido su talento y Cristo es quien fijó la medida de sus dones para cada uno. ⁸

como uno compuesto de diversas partes. Por eso el Apóstol primero nos muestra lo que es común en la Iglesia, luego lo que en ella es distinto. Y toda ciudad, para ser una, ha de tener 4 cosas comunes, es a saber: un gobernador, una ley, las mismas insignias, el mismo fin; todas 4 cosas que, según el Apóstol, tiene la Iglesia. Ya pues: digo que debéis formar un cuerpo y un espíritu, por estar en la unidad de la Iglesia, que es una:

19 porque tiene una cabeza, que es Cristo; un Señor, no muchos, a cuyas diversas voluntades tengáis, discordando, que obedecer. "Persuádase, pues, certísimamente toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este mismo Jesús, al cual vosotros habéis crucificado" (Ac 2,36; He. 3; 1Co 8; Zc. 14);

29 porque tiene una ley, la de la fe. "Ahora, pues, ¿dónde está el motivo de gloriarte? Queda excluido. ¿Por qué ley? ¿Por la de las obras? No; sino por la Ley de la fe" (Rm 3,27). Pero la fe unas veces se toma por la misma cosa creída, según aquello: ésta es la fe católica, esto es, éstas son las cosas que hay que creer. Otras se toma por el hábito de la fe, con que se cree en el corazón; y en ambos sentidos puede emplearse lo de una fe: en el primero, de modo que diga: una fe, esto es, se os manda creer lo mismo y obrar de la misma manera, porque una misma cosa es la que creen todos los fieles; de ahí que la Iglesia sea universal o católica, y que San Pablo diga: "todos tengáis un mismo lenguaje" (1Co 1,10), esto es, un mismo sentir. En el otro sentido una es la fe, es a saber, uno es el hábito de la fe por el que se cree; una fe, digo, no numéricamente, sino específicamente, porque lo mismo ha de estar en el corazón de todos, y de los que por tal modo quieren lo mismo dicese una voluntad;

39 porque las insignias de la Iglesia son las mismas, es a saber, los sacramentos de Cristo, el primero de los cuales es el bautismo, que es la puerta de todos los otros; por eso dice: "un bautismo". Y dicese uno por 3 razones: a) porque los bautismos no difieren según los bautizantes, ya que tienen la misma virtud, sea quien fuere quien lo administra, que quien bautiza por dentro es uno, Cristo (Jn 1);

b) dicese uno porque se administra en nombre de uno, la Trinidad (Mt 28);

c) porque no puede repetirse. La penitencia, el matrimonio, la Eucaristía y la extremaunción pueden repetirse, no así el bautismo (He 6); y no se repite o porque imprime carácter, o porque su causa no se repite. "En el bautismo hemos quedado sepultados con El, muriendo al pecado" (Rm 6,4); ahora bien, Cristo murió una vez por los pecados, como dice San Pedro, 1,3;

49 porque en la Iglesia el fin es el mismo, que es Dios; pues el Hijo nos lleva al Padre; y cuanto a esto añade: un Dios; donde primero pone el Apóstol su unidad; luego su dignidad. Lo primero pertenece a la naturaleza divina (Dt. 6); lo otro a su benevolencia para con nosotros y a su piedad; de donde dice: "y Padre de todos" (Is 63; Mal. 2). Su dignidad la encarece por 3 capítulos: a) por la alteza de la divinidad, al decir: "que está por encima de todos" (Ps 1 12);

b) por la amplitud de su potestad, que "gobierna todas las cosas" (Jr 23; Ps 8; Lc X), ya que "todas fueron hechas por El" (Jn 1); mas del modo que se dice en Sg XI: "con número, peso y medida";

c) por la largueza de su gracia, que "habita en todos nosotros" (Jr 14). Mas lo primero se apropia al Padre, que es el principio fontal de la divinidad y excede a todas las criaturas. Lo segundo al Hijo, la sabiduría, que abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas (Sg 8,1). Lo tercero al Espíritu Santo, que llena el orbe terráqueo (Sg 1).

Lección 3: Efesios 4,7-10

Demuéstrase la unidad de la Iglesia por lo que es propio y peculiar de cada uno de los miembros.

7. Si bien a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia a medida de la donación gratuita de Cristo.

8. Por lo cual dice la Escritura: al subir a lo alto llevó consigo cautiva a una grande multitud de cautivos, y derramó sus dones sobre los hombres.

9. Mas, ¿por qué se dice que subió, sino porque antes había descendido a los lugares más ínfimos de la tierra?

10. El que descendió Ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento a todas las cosas.

En la lección anterior nos hizo ver el Apóstol la unidad de la Iglesia cuanto a lo que en ésta hay de común; aquí nos hace ver lo mismo cuanto a lo que es propio y especial de cada uno de sus miembros fieles; acerca de lo cual propone la distinción, trae para probarla una autoridad, explica el texto de esa autoridad. Dice pues: tenemos en la Iglesia un Dios, una fe, un bautismo; pero también gracias diversas hechas en particular a diversas clases de personas, porque "a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia"; como si dijera: no hay nadie entre nosotros que no haya participado de la gracia y comunión divina (Jn 1); pero es cierto también que esta gracia no se da a todos por un mismo raserio o de una misma forma, sino "a medida de la donación gratuita de Cristo", esto es, según que Cristo es para cada uno el dador y tasador de la gracia. "Tenemos, por tanto, dones diferentes, según la gracia que nos es concedida" (Rm 12,6). Esta diferencia no viene del hado, ni del mérito, ni de la casualidad, mas de la donación de Cristo, esto es, según que Cristo nos la mide con la debida proporción; que a El sólo, y a nadie más, diósele el espíritu sin ponerle tasa; tasadamente y con su conque a los otros santos; "según la medida de fe que Dios ha repartido a cada cual" (Rm 12,3); "a cada uno según su capacidad" (Mt 25,15; 1Co 3); que, como queda al arbitrio de Cristo dar o no dar, así también dar menos o más.

a) "Por lo cual dice la Escritura". Aquí pone una autoridad tomada del Salmo 67 y se refiere a lo que dijo: "a medida de la donación de Cristo", donde recuerda la ascensión de Cristo y el rescate del género humano y la relación de dones espirituales. Trábanse y Rúense 19 2 las partes, y demuestra lo primero cuando.

una a "para significar lo cual dice (el profeta David): "al subir Cristo a lo alto" (Mi. 2; Job 39); al subir, digo, pero no solo, pues "llevó consigo cautiva la cautividad", es a saber, los que el diablo había hecho cautivos, puesto que el género humano estaba en cautiverio, y los santos que en caridad "partían de esta vida" y habían merecido la gloria veíanse detenidos en la cautividad del diablo como cautivos en el limbo (Is 5). Esta cautividad a que Cristo puso en libertad y llevósela consigo al

es cielo. "¿Por ventura podrá quitársele a un hombre esforzado la presa? ¿O podrá recobrase aquello que ha arrebatado un varón valiente? Porque esto dice el Señor: ciertamente que le serán quitados al

22 Ef 4,7-10: ⁷ Cada uno de nosotros ha recibido su talento y Cristo es quien fijó la medida de sus dones para cada uno. ⁸ Pues se dijo: Subió a las alturas, llevó cautivos, y dio sus dones a los hombres. ⁹ Subió. Se refiere al que antes había bajado con los muertos al mundo inferior. ¹⁰ El mismo que bajó, subió después por encima de todos los cielos para llenarlo todo. ¹¹ Y ¿dónde están sus dones? Unos son apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y maestros. ¹²

hombre esforzado los prisioneros que ha hecho, y será recobrado lo que arrebató el valiente" (Is 49,24).

Por cierto no sólo en los muertos tuvo este vaticinio cumplimiento, sino también en los vivos, que vivían en el cautiverio del pecado y a quienes, libres ya de la culpa, puso al servicio de la justicia, como se dice en Romanos 6; y así en cierto modo se los llevó cautivos, no para perdición, mas para salvación (Lc 5). Ni sólo libró a los hombres del cautiverio diabólico y los sometió a su servicio, sino también los dotó de bienes espirituales. Por eso añade: "derramó sus dones de gracia y gloria sobre los hombres" (Ps 83; 2 P. 1). Ni se opone lo que en el texto precedente se dice: recibió dones de los hombres; porque dio como Dios, y recibió como hombre, de los fieles, como de sus miembros. Dio en el cielo como Dios, y recibió en la tierra al modo que dice San Mateo: "lo que hicisteis con uno de estos mis pequeñitos conmigo lo hicisteis".

Al decir luego: "mas ¿por qué se dice que subió?",

explica la autoridad que trae para probar su dicho, y primero, por lo que toca a la ascensión; segundo, cuanto a la materia de la donación. Acerca de lo primero, cómo subió, hay que considerar que, siendo Cristo verdadero Dios, no parecía conveniente le estuviese bien descender, porque nada más sublime que Dios; por lo cual, para poner fuera de combate esta duda, añade el Apóstol: "mas, ¿por qué se dice que subió, sino porque antes había descendido?"; como si dijera: si dije que subió fue porque primero había bajado para luego subir; de otra manera no hubiese podido subir.

Lo segundo, cómo bajó, lo agrega diciendo: "a los lugares más ínfimos de la tierra"; texto que puede entenderse de dos maneras: a) de suerte que por partes inferiores de la tierra se entiendan estas partes de la tierra, en las que nosotros habitamos, y se dicen inferiores por estar debajo del cielo y del aire; a las que se dice haber descendido el Hijo de Dios, no con movimiento local, sino por haber tomado una naturaleza inferior y terrenal, según aquello: "se anonadó a Sí mismo" (Ph 2);

b) de modo que por las ínfimas partes de la tierra se entienda el infierno, que también está debajo de nosotros; porque allí descendió para todos en espíritu para librar de allí a los santos; y así parece venirles a pelo lo que había dicho: llevóse consigo cautiva la cautividad. "Y tú mismo, ¡oh Salvador!, mediante* la sangre de tu testamento has hecho salir a los tuyos, que se hallaban cautivos del lago en que no hay agua" (Zc. 9,1 1; Ap. X; Ex. 3).

Considera después 3 cosas en la Ascensión: 1* la persona del que sube, al decir: "el que descendió Ese mismo es el que ascendió", con lo cual designase la unidad de persona de (Jesucristo) Dios y hombre, pues descendió, como va dicho, el Hijo de Dios en la Encarnación, y subió el Hijo del hombre, en esa naturaleza humana que había tomado, a la sublimidad de la ida inmortal. Así que uno mismo es el Hijo de Dios que descendió y el hijo del hombre que ascendió. "Ello es así que nadie subió al cielo sino Aquel que ha descendido del cielo, a saber, el Hijo del hombre, que está en el cielo" (Jn 313). Donde notemos que los humildes que por voluntad descenden, por espíritu, remontándolos Dios, ascienden; porque el que se humilla será exaltado (Lc 14 y 18);

2* el término de la Ascensión, al decir: "sobre todos los cielos" (Ps 57); lo cual no ha de entenderse de solos los cielos corporales, sino también de toda criatura espiritual, como arriba 1;

3* el fruto de la Ascensión: "para dar cumplimiento a todas las cosas", esto es, para henchir de dones espirituales a todos los hombres (Ps 64; Eccli. 24); o, de otra manera, para dar cumplimiento a todo lo que de El estaba escrito (Lc 24).

24

(Ef 4,11-13 ²³)

Lección 4: Efesios 4,11-13

Les hace saber que Dios ha repartido sendas gracias a cada uno de los miembros de la Iglesia, y explícales la utilidad de estas gracias.

11. Y así El mismo a unos ha constituido apóstoles, a otros profetas, y a otros evangelistas, y a otros pastores y doctores

12. a fin de que trabajen en la perfección de los santos en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo,

13. hasta que arribemos todos a la unidad de una misma fe, y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta, según la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros.

Aquí toca el Apóstol lo que arriba había dicho de la colación de los dones; acerca de lo cual muestra que el Señor reparte diferentemente sus dones a cada fiel en particular; muestra asimismo el fruto y utilidad de esos dones; y ya que por los dones de Cristo significanse los diferentes estados y cargos que hay en la Iglesia, es de considerar que entre los dones de Cristo el primer lugar se lo da a los Apóstoles: "a unos ha constituido Apóstoles" (Lc 6; 1Co 12). Y tienen el primer lugar, porque fueron los de la llave dorada en todos los dones de Cristo. Así:

a) en gracia y sabiduría tuvieron la plenitud; unos hasta en lo concerniente a la revelación de los divinos misterios (Lc 24; 8; Me. 4; Jn 15);

b) estuvieron dotados de una elocuencia copiosa para anunciar el Evangelio. "Os daré una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos" (Lc 21,15; Me. 16);

c) cuanto al cuidado de la grey del Señor tuvieron, lo que otros no, prerrogativa de autoridad y de poder (Jn 22; 1Co X).

Por eso aquí añade el Apóstol 3 grados eclesiásticos según que uno participe en cada uno de los cargos arriba enunciados. Así, en lo tocante a la revelación de los divinos misterios, los Profetas, prenunciadores de la Encarnación de Cristo, de quienes se dice: "prenunciaron la gracia que había de haber en vosotros" (I P. 1,10; Mt XI). Pero los Apóstoles profetizaron, después de venido Cristo, los gozos de la vida futura (Ap. 1). Asimismo explicaron las profecías de los antiguos profetas (1Co 14; Mt 23).

En lo concerniente a anunciar la buena nueva los Evangelistas, que tienen por oficio predicar el

²³ Ef 4,11-13: ¹¹ Y ¿dónde están sus dones? Unos son apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y maestros. ¹² Así prepara a los suyos para las obras del ministerio en vista a la construcción del cuerpo de Cristo; ¹³ hasta que todos alcancemos la unidad en la fe y el conocimiento del Hijo de Dios y lleguemos a ser el Hombre perfecto, con esa madurez que no es menos que la plenitud de Cristo. ¹⁴ Entonces no seremos ya niños a los que mueve cualquier oleaje o viento de doctrina o cualquier invento de personas astutas, expertas en el arte de engañar. ¹⁵

Evangelio, o aun escribirlo, bien que no fuesen de los principales entre los Apóstoles (Rm X; Is 41).

Otros, pastores, o cuidadores de la grey del Señor, en lo que mira a la atención de la Iglesia; y Doctores, para mostrar que el oficio propio de los pastores eclesiásticos es la enseñanza de lo que toca a la fe y a las buenas costumbres; mas no dice con los Obispos, sucesores de los Apóstoles, administrar y dispensar las cosas temporales; eso es mas bien incumbencia de los diáconos. "No es justo que nosotros descuidemos la predicación de la palabra de Dios por tener cuidado de las mesas" (Ac 6; Ti. 1). En Jeremías 3,15 se dice de los Obispos: "os daré pastores según mi corazón que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina".

Después, al decir: "a fin de que trabajen en la perfección de los santos", muestra el fruto de los antedichos dones u oficios; y primero señala el fruto, luego cómo los fieles puedan llegar a conseguirlo. Propone también el efecto próximo y apunta el último fruto. El efecto próximo de los antedichos dones u oficios puede considerarse a 3 visos: a) respecto de los mismos que constituidos están en oficios, a quienes para eso se les ha hecho gracia de dones espirituales, para que sirvan a Dios y al prójimo; que eso quiere decir: "en las funciones de su ministerio", por el cual se procura el honor de Dios y la salud de los prójimos. "A nosotros, pues, nos ha de considerar el hombre como unos ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios" (1Co 4,1; Is 61);

b) respecto de la perfección de los que ya creen, al decir: "para la consumación", esto es, perfección, "de los santos", es a saber, de los que han sido ya santificados por la fe de Cristo; pues de manera especial han de procurar los prelados llevar a sus subditos al estado de la perfección; que por eso son más perfectos, como dice Dionisio en su Jerarquía Eclesiástica (He 6; Is X);

c) respecto de la conversión de los infieles, y cuanto a esto, dice: "para la edificación del cuerpo de Cristo",

esto es, para que se conviertan los infieles, con quienes se edifica la Iglesia de Cristo, que es su cuerpo (1Co 14).

- "hasta que arribemos todos". Indica el último fruto, que puede entenderse de dos modos: de uno, si se refiere al fruto simplemente último, cuando la resurrección de los muertos; y, según esto, habrá dos concursos o concurrencias de resucitados, una corporal y otra espiritual. La corporal entiéndese en el sentido de que todos los santos se juntarán para salirle al encuentro a Cristo (Mt 24); y tocante a esto dice: "hasta que salgamos al encuentro todos", como si dijera: hasta aquí llega el antedicho ministerio y consumación de los santos y edificación de la Iglesia: hasta que a Cristo le salgamos al encuentro en la resurrección. "Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro" (Mt 25,6); "preparate, ¡oh Israel!, para salir al encuentro a tu Dios" (Am. 4,12). Y nos salgamos también al encuentro unos y otros: "seremos arrebatados, juntamente con ellos, sobre nubes al encuentro de Cristo en el aire" (1Th 4,17; Ph 3).

La concurrencia espiritual entiéndese cuanto al mérito, que abraza la misma fe, como dice: "en o a la unidad de la misma fe"; al mismo propósito "la unidad de espíritu" y el "un Señor, una fe" de arriba; y cuanto al premio, que consiste en la perfecta visión y conocimiento de Dios, a que alude 1 Corintios 13: "entonces lo conoceré con una visión clara, a la manera que soy yo conocido". Y respecto de esto dice: "y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios", "pues todos me conocerán" (Jr 31,34).

La segunda cosa que declara es el predicho fruto cuanto a la perfección de los resucitados; y pone

primero la misma perfección al decir: "al estado de un varón perfecto"; que no ha de entenderse -como algunos lo entendieron- en el sentido de que al resucitar se mudarán las hembras en varones, porque ambos sexos permanecerán, bien que no para tener comercio entre sí, que ya no lo habrá más, (según aquello de San Mateo 22,30: "después de la resurrección, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos, sino serán como los ángeles de Dios en los cielos"); mas para la perfección de la naturaleza y para gloria de Dios, que tal naturaleza creó. Dice pues: "varón perfecto" para indicar la omnímoda perfección de aquel estado (1Co 13); y en este sentido la palabra varón se emplea más propiamente para contraponerla a niño que para oponerla a mujer (foemina: hembra).

Señala en segundo lugar el dechado de esta perfección, al decir: "a la medida de la edad perfecta, de Cristo"; donde es de considerar que el cuerpo de Cristo es un verdadero dechado del cuerpo místico, ya que ambos constan de muchos miembros trabados y ordenados para formar un todo; y el cuerpo de Cristo llegó a la plenitud de la edad viril, los 30 años, edad en que murió, y que será como el molde a que se amoldarán las edades de los santos resucitados, que serán todo un primor, sin estrago o fealdad de vejecía. "Transformará nuestro vil cuerpo, y le hará conforme al suyo glorioso" (Ph 3,21).

La otra manera de entender el fruto último puede referirse no al fruto simplemente último, acabado de explicar, sino al fruto último de esta presente vida, en la que concurrirán todos los fieles al redil de una fe y conocimiento de la verdad (Jn X); y en la que también el cuerpo místico de Cristo queda acabado y perfecto con una perfección semejante a la del verdadero cuerpo de Cristo. Y conforme a esta doctrina todo el cuerpo de la Iglesia se dice un cuerpo viril, según aquella semejanza de que se vale el Apóstol: "mientras el heredero es niño, en nada se diferencia de un siervo." (Ga 4,1).

25

(Ef 4,14-16²⁴)

Lección 5: Efesios 4,14-16

Quítanse dos estorbos: la malicia humana y la flaqueza intelectual, que son causa de que no lleguemos a alcanzar el fruto de los dones.

14. por manera que ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones humanas por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error.

15. Antes bien, siguiendo la verdad con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza,

16. y de quien todo el cuerpo trabado y conexo entre sí recibe por todos los vasos y conductos de

24 *Ef 4,14-16*: ¹⁴ Entonces no seremos ya niños a los que mueve cualquier oleaje o viento de doctrina o cualquier invento de personas astutas, expertas en el arte de engañar. ¹⁵ Estaremos en la verdad y el amor, e iremos creciendo cada vez más para alcanzar a aquel que es la cabeza, Cristo. ¹⁶ El hace que el cuerpo crezca, con una red de articulaciones que le dan armonía y firmeza, tomando en cuenta y valorizando las capacidades de cada uno. Y así el cuerpo se va construyendo en el amor.

comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo, para su perfección mediante la caridad.

Demostrada ya la diversidad de dones espirituales y el fruto de ellos, nos señala aquí el Apóstol el camino para llegar a alcanzar ese fruto; y primero quita dos estorbos, luego enseña el modo de llegar. Dice pues: díjose, y bien dicho está, que el fruto último de estos dones es que lleguemos al estado de un varón perfecto en el Señor. Luego es de necesidad que busquemos el modo de "no ser ya niños llevados a la deriva", sino varones en verdad perfectos; porque mientras es uno niño no es perfecto varón. Dejar, pues, debe la niñez quien ha de salirle al Señor al encuentro. Así lo hacía el Apóstol: "pero cuando fui ya hombre hecho, di de mano a las niñerías" (1Co 13,1 1). Lo desfavorable del niño estriba en que no está fijo o determinado en algo, sino que a toda palabra le da crédito. Si pues querernos nos tengan por varones perfectos, hemos de dejar ese pensar fluctuante, que cualquier viento arrebatara, cualquier ola se lleva. Eso quiere decir "llevados a la deriva" (I Ce. 14) o fluctuantes, de fluctus: ola, porque los tales, a manera de olas, no tienen firmeza en la fe, "pues quien anda dudando es semejante a la ola del mar alborotada, y agitada del viento, acá y allá" (Stg. 1,6).

Así que hemos de estar firmes y no fluctuantes; y porque el viento es la perversa doctrina que, como el viento norte disipa las lluvias y, como los vientos de la parábola, da en tierra con la casa cimentada en arena (Pr. 25,23; Mt 7,27), por eso dice: "no nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones humanas"; como si dijera: no hemos de dejarnos mover del soplo de ninguna doctrina perversa que sacuda nuestro corazón y dé en tierra con el edificio espiritual, porque no es buena doctrina; y se conoce por 3 cosas:

a) por su principio, la malicia humana; por tanto, no es buena doctrina, sino falsa y perversa, la que alguno como dogma propone, para perder las almas, para obtener una prebenda por principado; como la del perversísimo Arrio, que reventó por medio, de modo que a él pudiera aplicársele lo del Eclesiástico 31,29: "su maldad da testimonio contra él";

b) por su desenvolvimiento, con astucia y engaño, porque pretende una cosa y simula otra. Por eso dice el Apóstol: "mas temo que así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así sean maleados vuestros espíritus y degeneren de la sencillez propia del discípulo de Cristo" (2Co XI,3);

c) por su efecto: "introducir el error". Tales doctores con sus raposerías arman lazos para sembrar sus errores, no para enriquecerse o conseguir otros bienes temporales. De éstos dice 2 Timoteo,3: "los malos hombres y los impostores irán de mal en peor, errando y haciendo errar a otros".

- "Antes bien, siguiendo la verdad". Luego de haber señalado los impedimentos que estorban la consecución del fruto de los dones espirituales, muestra aquí por qué camino se llega a conseguir ese debido fruto. Y arguye de esta manera: díjose ya que si queremos conseguir el fruto de los dones espirituales, es necesario no ser ya niños. Pero en tanto lo seremos en cuanto al estado de varones no lleguemos ni crezcamos. Luego nos es necesario que crezcamos. Y esto es 1b que dice: "antes bien, siguiendo la verdad"; y muestra en qué debemos crecer y por medio de quién.

Dice pues cuanto a lo primero: "siguiendo la verdad, vayamos creciendo", es a saber, en dos cosas: la obra buena y la forma de la obra buena, que son ambas a dos la verdad y la caridad. Por verdad a veces se entiende toda obra buena, como se dice en Tobías 1,2: "sin embargo de hallarse en cautiverio, no abandonó la senda de la verdad". Hagamos pues la verdad, o toda obra buena, o la verdad de la doctrina; porque no ha de bastarnos sólo oír o enseñar la verdad, sino que es menester obrarla; por lo

cual decía el Apóstol: "que haciendo eso, te salvarás a ti mismo y a los que te oyen". "Llevad, pues, a la práctica la doctrina", como dice Santiago 1,22; "que no son justos delante de Dios los que oyen la Ley, sino los que la cumplen; éstos son los que serán justificados" (Rm 2,13). Y hágase esto en caridad, que es la forma de la buena obra (1Co 16); de otra suerte nada valdría (1Co 13).

Mas ya que en el camino de Dios no dar paso adelante es echar pie atrás, por eso añade el Apóstol: "para que vayamos creciendo en El"; donde señala al autor de nuestro aumento, la verdad del mismo y su modo. Dice pues: "vayamos creciendo en El", en Cristo, de quien dice San Pedro 1,2,2: "para que con El vayáis creciendo en salud", en El digo, que es nuestra cabeza, Cristo, y en la Iglesia que es su cuerpo (Col 2); crezcamos, repito, no en posesiones, como se dice de Job, sino en bienes espirituales; ni en uno solamente, sino en todos, esto es, dando fruto, día con día cada vez mayor, en todo género de bienes. "Hacedlo todo a gloria de Dios" (1Co X y XI).

Por consiguiente, al decir: "de quien todo el cuerpo", muestra la verdad de Cristo, por quien debemos crecer; donde es de saber que un cuerpo natural tiene mutua trabazón y conexión de miembros, enlace de nervios y mutuo servicio. "Si dijere el pie: pues que no soy mano no soy del cuerpo, ¿dejará por eso de ser del cuerpo? Y si dijere la oreja: pues que no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿dejará por eso de ser del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si fuese todo sordo, ¿dónde estaría el olfato?" (1Co 12,15). Así pues, en el orden espiritual, del mismo modo que un cuerpo se constituye de muchos miembros, de estas 3 maneras, a saber, por trabazón o adunación, por enlace y mutua operación y socorro; así también, en el cuerpo eclesiástico, todo lo que tiene la cabeza del cuerpo: la trabazón, el enlace de los nervios, el movimiento para obrar, lo tiene nuestra cabeza Cristo, y de ella se comunica al cuerpo de la Iglesia. Y la trabazón por la fe. De donde dice: del cual, Cristo, que es nuestra cabeza, "todo el cuerpo recibe trabazón", esto es, coadunación (Ps 146; Hab. 1). De esta cabeza se dice en Col 2,19: "de la cual todo el cuerpo, alimentado y organizado por medio de los nervios y junturas, va creciendo con el aumento que es de Dios";

2º la conexión y enlace derivase de Cristo, cabeza, a su cuerpo místico, que es la Iglesia, por ser necesaria, para casar en una junta cosas tan distintas, una lazada, vínculo o ligadura. Por lo cual dice: "de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas", esto es, por medio de la fe y la caridad que juntan y traban los miembros del cuerpo místico para un mutuo servicio y apoyo (Eccli. 39). De aquí que el mismo Apóstol, confiado en este mutuo servicio entre los miembros de la Iglesia por la divina unión, decía: "porque sé que esto redundará en mi bien, por vuestras oraciones y el auxilio del Espíritu de Jesucristo";

3º la virtud de obrar actualmente para que los miembros vayan creciendo día a día espiritualmente en ellos de su cabeza Cristo. De donde dice: "según la medida correspondiente a cada miembro, hace el aumento propio del cuerpo"; como si dijera: de nuestra cabeza, Cristo, no sólo tenemos, por medio de la fe, la trabazón de los miembros de la Iglesia, ni sólo el enlace o atadura por el mutuo servicio de la caridad, sino también la actual operación de los miembros o movimiento para obrar, según la medida y competencia correspondiente a cada miembro. De donde dice que a proporción de la operación y medida de cada miembro debidamente medido, así es el aumento del cuerpo: pues no sólo por la fe compagínase y trábase el cuerpo místico de Cristo, ni sólo por el servicio de la caridad, que estrecha los lazos de la amistad, crece y se aumenta el cuerpo; sino también por el actual concierto y composición que pone de su parte cada miembro, según la medida de la gracia que a cada uno se da, y la moción actual para obrar, que Dios produce en nosotros. Muy a cuento Is : "todas nuestras obras Tú nos las hiciste" (26,12); mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos (1Co 12,6); exposición que concuerda con la Glosa.

Mas ¿para qué hace Dios que cada miembro aumente? para edificar el cuerpo (Ep 2). "Sois el edificio que Dios fábrica" (1Co 3,9). Y todo esto se hace con caridad, porque "la caridad edifica" (1Co 8); o hácelo Dios todo por caridad, esto es, por puro amor (Jr 31). Y nuevamente "te edificaré, y serás edificada". Esto es, pues, lo que dice: "para su edificación, mediante la caridad".

26

(Ef 4,17-19²⁵)

Lección 6: Efesios 4,17-19

Apártalos de vivir a la usanza gentilica y exhortalos a permanecer en ia unidad eclesiástica.

17. Os advierto, pues, y yo os conjuro de parte del Señor, que ya no viváis como todavía viven los gentiles que proceden en su conducta según la vanidad de sus pensamientos,

18. teniendo obscurecido y lleno de tinieblas el entendimiento, ajenos enteramente de vivir según Dios, por la ignorancia en que están, a causa de la ceguedad de su corazón,

19. los cuales no teniendo ninguna esperanza, se entregan a la disolución, para zambullirse con un ardor insaciable en toda suerte de impurezas.

Arriba exhortó el Apóstol a los Efesios a permanecer en la unidad eclesiástica, describiendo su modo y su forma; enséñales ahora el camino por donde pueden permanecer en ella. Para eso propóneles los preceptos por los que pueden permanecer en dicha eclesiástica unidad y el poder que tienen para cumplir los preceptos; y propone primero los que se refieren a todos, luego los que a los diferentes grados que hay en la Iglesia. De los primeros pone en primer lugar ciertos preceptos generales, a que se reducen todos los demás, y en segundo los especiales. De nuevo la primera parte se divide en dos, ya que siendo la intención del Apóstol retraerlos de sus envejecidas costumbres para desañejarse de lo que son y transmudarse con la nueva doctrina de Cristo, muestra primero que esa doctrina es contraria a la antigua perversidad gentilica, y luego los induce a desnudarse de ella para revestirse de la vestidura de Cristo. Describe, por tanto, la manera de vivir pagana, para demostrar que se opone de punta en blanco a la doctrina de Cristo, y exhortarlos con eso a evitar el trato y familiaridad con los Gentiles, cuya vida acaba de pintarnos por dentro y por fuera.

Dice pues: para que podáis dar cumplimiento a lo que va dicho, os advierto, esto es, no ruego, como antes, sino digo y declaro lo que dije (Sa. 5; 2 Ti. 4). ¿Y qué dijo? que ya, es a saber, en este tiempo de fe y de conversión a Cristo, por estar ya limpios (Jn XV), "no viváis más (Ga 5) como todavía viven los Gentiles", que, como manada de borregos, conducidos por el rabadán, se van en pos de los ídolos (1Co 12,2). No habéis, pues, de vivir así. (Pr. 1)

-"según la vaciedad de su mente". Explica el por qué de la prohibición; donde es de advertir que siendo la andanza espiritual sinónimo de aprovechamiento, según aquello del Génesis 17: "camina delante de

25 Ef 4,17-19: ¹⁷ Les digo, pues, y con insistencia les advierto en el Señor que no imiten a los paganos, que se mueven por cosas

inútiles. ¹⁸ Su inteligencia está en tinieblas; la ignorancia en que se quedan, así como su conciencia ciega, los mantienen muy lejos de la vida de Dios. ¹⁹ Después de perder el sentido moral, se han dejado llevar por el libertinaje y buscan con avidez toda clase de inmoralidad.

²⁰ Pero ustedes no aprendieron así a Cristo, ²¹

Mí y sé perfecto", dicho por Dios a Abraham, para que el hombre camine por la senda de la justicia (Is 26), esto es, aproveche espiritualmente, conviene que ponga en orden y concierto 3 cosas que tiene dentro de sí; a saber: la razón práctica, que juzga lo que ha de hacer, en los casos particulares, el entendimiento de los principios universales, que es la sindéresis, la ley divina o Dios. Así pues, la acción será buena y meritoria cuando uno se gobierne por estas 3 cosas bien ordenadas entre sí, de suerte que la acción vaya dirigida por el juicio de la razón, y ésta, a saber, la razón, juzgue según el dictamen del entendimiento recto o sindéresis, y ésta se rija por la ley divina.

Ahora bien la vida gentílica no está ordenada así; más todavía, ni aun tiene esas 3 cosas:

a) pues la razón que juzga viene a parar en nada, viviendo como viven, al sabor de la vanidad de sus sentidos, que son la fuerza aprehensiva para juzgar de las cosas singulares. De donde hombre recto es aquel que piensa bien primero lo que ha de hacer; pero estos sentidos a veces son rectos, a veces vanos. Rectos, cuando se rigen por la debida regla, que los conduce al debido fin. Vanos, por el contrario, cuando no llegan al debido fin, por gobernarlos indebida regla. "Vanidad son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios" (Sg 13,1); "devanearon en sus discursos" (Rm 1,21); "fuéronse tras de la vanidad e hiciéronse también ellos vanos" (Jr 2,5). ¿Y por qué?

b) porque para obrar la razón de éstos no la dirigía un entendimiento iluminado sino erróneo. Esto es lo que dice: "teniendo obscurecido y lleno de tinieblas el entendimiento" (Rm 1; Ps 81). Y la razón es:

c) porque los tales no participan de la luz divina, o de la ley divina que gobierna y alumbraba. Por eso añade: "ajenos enteramente de vivir según Dios", esto es, alejados de Dios, que es la vida del alma (Jn 14); o "de la vida de Dios", esto es, de la caridad y gracia espiritual, por la que formalmente el alma tiene vida. "La gracia es la vida eterna" (Rm 6,23), de la que ninguna esperanza tenían éstos, porque poniendo al alma mortal, no tenían que esperar ni creer en esa vida. "No entendieron los misterios de Dios, ni creyeron que hubiese galardón para el justo, ni hicieron caso de la gloria reservada a las almas santas" (Sg 2,22). O dígase también "de la vida de Dios", esto es, de vivir santamente la vida, por medio de la fe (Ga 2); pero el justo vive de la fe (Rm 8); o por medio de la caridad (1Jn 3). Estos en cambio no vivían así, sino todo lo contrario.

El modo de este enajenamiento no lo achaca a ignorancia de las estrellas o al curso de los astros, sino al desconocimiento de la naturaleza divina (1Co XV), porque es cierto que entonces sólo en Judea se conocía a Dios; pero ahora -como dicen los Hechos- "habiendo disimulado o cerrado Dios los ojos sobre los tiempos de esta ignorancia, intima a los hombres que todos en todas partes hagan penitencia" (17,30). Pero bien mirado y cuanto estaba de su parte, Dios no era la causa de esa ignorancia, -como se dice en Romanos 1- pues se les dio a conocer; mas digamos era la causa "a causa de la ceguedad de su corazón". Y con toda propiedad dice ceguedad, ya que por las criaturas no podían llegar en conocimiento del Creador, porque -como dice Sabiduría 2- "los encegueció su malicia" y "no entendieron los misterios de Dios, ni creyeron que hubiese galardón para el justo". De aquí que,

- "perdida toda esperanza...", donde nos pinta el Apóstol la vida que exteriormente llevaban, vida infeliz y desgraciada, porque sin esperanza y desesperanzada, porque ajenos enteramente de la verdadera vida. "Hemos perdido la esperanza; y así, seguiremos nuestros pensamientos, y cada cual hará lo que le sugiera la perversidad de su malvado corazón" (Jr 18,12; Job 7); que es lo que aquí dice: "se entregaron a la disolución", lo cual puede leerse de dos maneras, o por separado, de suerte que se diga "en avaricia", porque eran avaros (Rm 1; He. 13) y, como dice el Eclesiástico X, "no hay cosa más detestable que un avaro" (Hab. 2); o júncto con lo anterior, de modo que diga modificándolo, "en

avaricia", esto es, con avaricia. Y según esto su vida desordenada se hace más culpable por 3 capítulos:

a) porque pecaron no por pasión, mas por elección; de ahí que se diga: "entregáronse a sí mismos a la lujuria"; como si dijera: no pecaron por flaqueza o arrastrados por la pasión, sino que a sí mismos se entregaron a la disolución (Jdt. 7; 2Co 12);

b) por el desenfreno presente, pues que "para satisfacer sus impuros deseos, siguen la concupiscencia de la carne" (2 P. 2,10); que es lo que aquí dice: "para zambullirse en toda suerte de impurezas" (Ez. 14);

c) por la continuación del pecado, porque pecaban sin destanso. "Han prevaricado incesantemente, porque dejaron al Señor" (Os. 4,10). Por eso dice: "con avaricia", esto es, con un ardor y apetito continuo e insaciable. Estos son -dice San Pedro- los que "ponen su felicidad en pasar cada día entre los placeres, siendo la misma horrura y suciedad, regoldando deleites, mostrando su disolución en los convites que celebran con vosotros, puesto que tienen los ojos llenos de adulterio y de un continuo pecarteniendo el corazón ejercitado en la avaricia. Son hijos de maldición" (2,2,12-14).

27

(Ef 4,20-24²⁶)

Lección 7: Efesios 4,20-24

La doctrina de Cristo es contraria a la vida de los Gentiles, cuyas condiciones pone,

20. Pero en cuanto a vosotros, no es eso lo que habéis aprendido en la escuela de Jesucristo,

21. pues en ella habéis oído predicar, y aprendido, según la verdad de su doctrina,

22. a desnudaros del hombre viejo, según el cual habéis vivido en vuestra vida pasada, el cual se vicia siguiendo la ilusión de las pasiones.

23. Renovaos, pues, ahora en el espíritu de vuestra mente,

24. y revestios del hombre nuevo, que ha sido criado conforme a la imagen de Dios en justicia y santidad verdadera.

Después de haber sacado a plaza la perversidad de la vida gentilica, muéstranos aquí ahora el Apóstol que la doctrina de Cristo es totalmente contraria a este estado y manera de portarse. Y porque los pervertidores de la doctrina de Cristo afirmaron que después de esta vida no había otra, sino que a una, como los animales, morían alma y cuerpo, para desvanecer este error demuestra el Apóstol que la doctrina de Cristo es contraria a la vida y estado precedente, y señala en segundo lugar las condiciones que pide esa doctrina.

Dice pues: dicho está que aquéllos, perdida toda esperanza, entregáronse a una vida disoluta, "mas vosotros no es eso lo que habéis aprendido en la escuela de Cristo", es a saber, no es así como habéis

26 Ef 4,20-24: ²⁰ Pero ustedes no aprendieron así a Cristo, ²¹ si es que de veras fueron enseñados y formados según él, sabiendo que la verdad está en Jesús. ²² Se les pidió despojarse del hombre viejo al que sus pasiones van destruyendo, pues así fue su conducta anterior, ²³ y renovarse por el espíritu desde dentro. ²⁴ Revístanse, pues, del hombre nuevo, el hombre según Dios que él crea en la verdadera justicia y santidad. ²⁵ Por eso, no más mentiras; que todos digan la verdad a su prójimo, ya que todos somos parte del mismo cuerpo. ²⁶

aprendido a imitar a Cristo. Entonces ¿cómo? Vosotros mismos habéis aprendido de Dios a amaros mutuamente. "Así que, hermanos míos, estad firmes y mantened las tradiciones que habéis aprendido" (2Ts 2,15). Y "¿cómo las mantendremos?" (2Ts 1); "porque cuando recibisteis la palabra de Dios, oyéndola de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombre, sino (según es verdaderamente) como palabra de Dios" (1Th 2,13). "Unidos a El como a vuestra raíz, y edificados sobre El como sobre vuestro fundamento, y confirmados en la fe que se os ha enseñado, creciendo más y más en ella con acciones de gracias" (Col 2,7).

Y esto es así, "mas si le disteis oído", porque al servicio de la enseñanza está el oído. Si en lugar de porque, quía, siendo ésta la nueva que habéis oído (1Jn 1). Y esto cuanto a la predicación (Eccli. 24; Pr. XV).

-y habéis aprendido de El" cómo hay que guardar y cumplir lo tocante a la fe (Me. 16); y esto "según la verdad de su doctrina"; como si dijera: si habéis oído predicar la fe de Cristo, y cómo hay que cumplir lo predicado, entonces en verdad que habéis aprendido de Jesús que es la verdad y el blanco de la predicación. Pero vosotros no habéis de portaros así, como algunos que perdieron la esperanza. Pues ¿cómo entonces? Añade: "desnudaos...", texto que puede leerse de dos maneras: o con infinitivo y se liga con lo anterior, de modo que diga: esta es la verdad que habéis aprendido de Jesús: a desnudaos. O con imperativo -la interpretación común- y entonces diremos que por ser contraria la vida y doctrina de los Gentiles a la vida y doctrina de Jesús, que habéis aprendido, resta que os desnudéis del hombre viejo.

Así que, habiendo de extirpar los vicios antes de sembrar las virtudes, primero les enseña a desnudarse las vejecías de la vida antigua y prístino estado, para vestirse luego la nueva vida y nuevo estado en Jesús. Dice pues: desnudaos... Donde 3 cosas hay que considerar:

a) ¿qué se entiende por hombre viejo? Unos dicen que el hombre exterior, por contraposición al interior, que sería el nuevo. Pero a esto hay que responder que todo el hombre, por dentro y por fuera, que se consiente gobernar de la vetustez, cuanto al alma por el pecado, cuanto al cuerpo, por poner sus miembros, como armas, a disposición del pecado. Y así, rendido el hombre, en alma y cuerpo, al pecado, llámase hombre viejo, porque vetustas son las cosas que están por corromperse o corrompiéndose están; ya que -como dice en Hebreos 8- cerca está de quedar abolido lo que se da por anticuado y viejo. De suerte que el hombre sometido al pecado llámase viejo, porque está en trance de corromperse; por eso añade: "el cual se vicia siguiendo la seducción de las concupiscencias". Que cada cosa se corrompe cuando se aparta de su origen natural; y lo natural en el hombre es que su deseo apetezca lo que es conforme a razón; mas lo que es perfección y bien de la razón es la verdad. Así que cuando descaminada toma la rota del error, y por este error de la razón corrómpese el deseo, llámase entonces tal extravío y corrupción hombre viejo.

Y dice: siguiendo los deseos, se entiende, malos, "inútiles y perniciosos, que hunden a los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición" (I Ti. 6,9). Por consiguiente, "no busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad" (Rm 13,14). Mas ya que en algunos estos deseos nacen de flaqueza, y en otros de malicia, como los que afirman que en Dios no hay providencia, por eso dice: "del error"; porque en los tales que así desatinan corrómpese el entendimiento y el afecto. O siguiendo los deseos del error, esto es, que hacen que los hombres cometan errores, según aquello de la Sabiduría 2: "esto pensaron, pero erraron".

Cómo haya de quitarse este error lo enseña el Apóstol diciendo: "desnudaos del hombre viejo con sus

acciones" (Col 3,9); por tanto, no substancialmente, del pellejo y del alma, sino sólo de la mala vida y de las malas acciones, "llevando una vida ajustada entre los gentiles".

Al decir luego: "renovaos", danos a entender que hemos de vestirnos de la novedad del nuevo estado; acerca de lo cual muéstranos de qué medio hemos de valemnos para conseguir esta novedad, en qué consiste y cuál es. Cuanto a lo primero dice: "renovaos en el espíritu"; donde es de advertir que, aunque en el hombre tenga múltiples acepciones la palabra espíritu, en realidad no hay más que 3, a saber:

a) el Espíritu Santo: "¿no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita dentro de vosotros?" (1Co 3);

b) el espíritu racional: "la carne codicia contra el espíritu" (Ga 5);

c) el espíritu fantástico: "sábetete, ¡oh Israel!, que tus profetas son unos fatuos. Esos que se creen varones espirituales, esto es, fantásticos, son unos insensatos" (Os. 9,7).

Así pues, lo que aquí dice: "espíritu de la mente", se toma por el Espíritu Santo, y dice que la causa de la renovación es el Espíritu Santo, que habita dentro de nuestra mente (Ga 5; Ps 103). O puede tomarse la palabra espíritu por espíritu racional, y entonces espíritu equivale a nuestra mente, y es cosa parecida a lo que se dice en Col 2: "con despojo de la carne del cuerpo", esto es, del cuerpo, que es carne; así también aquí: en el espíritu de vuestra mente, esto es, en el espíritu, que es mente. Y esto lo dice, porque tenemos otro espíritu, que no es la mente, es a saber, el que nos es común a hombres y a brutos.

Dice: "renovaos en el espíritu de vuestra mente", porque lo que no está echado a perder está nuevo y no ha menester renovación. Que si Adán no se hubiese corrompido, no hubiese menester renovación, ni tampoco nosotros; mas por haberse corrompido, también la renovación fue necesaria para él y para sus descendientes. Por tanto, es necesario que al presente nos renovemos en el alma, y en lo futuro en el cuerpo, cuando este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad. (1Co XV,53)

Dice pues: "renovaos en el espíritu", se entiende, aquí, pues si al presente no se renueva el espíritu, jamás su cuerpo se renovará. O puede explicarse también así: en el espíritu de vuestra mente, esto es, hecha espiritual, que significa lo mismo.

En qué consiste esta renovación lo dice al añadir: "y revestios del hombre nuevo". Hay que advertir aquí que así como Adán, origen del pecado en todos, es para toda cosa el primer principio de su vetustez, así también, por el contrario, Cristo, el primer principio de su novedad y renovación; porque, así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. De ahí que en Gálatas 5,6, se diga: "para con Jesucristo nada importa el ser circunciso o incircunciso, sino la fe, que obra animada de la caridad" (la nueva creatura). Revestios, pues, de nuestro Señor Jesucristo (Rm 13).

Cuál sea esta renovación nos lo indica a renglón seguido: "que ha sido criado conforme a la imagen de Dios", que puede entenderse de 3 maneras:

I* de modo que qui se refiera al espíritu, esto es, el espíritu, que es nuestra mente, ha sido criado por Dios, en justicia original, es a saber, con el vestido nuevo que le convenía, o vuelto a crear, con una nueva creación, para que fuese justo (Ep 2);

2* o qui puede referirse al hombre nuevo, Cristo; y entonces la frase se construirá así: "que ha sido criado", esto es, formado en el vientre de la Virgen según Dios, es a saber, no con semen humano, sino por medio del Espíritu Santo. O ha sido criado según el ser y plenitud de gracia, y esto "en justicia", por lo que toca a los hombres, "y en santidad", por lo que mira a Dios, y "de verdad", verdadera, no falsa (Lc 2). O digamos que la santidad esté en el corazón, la verdad en la boca, la justicia en la obra.

28

(Ef 4,25-26²⁷)

Lección 8: Efesios 4,25-26

Por corromper el espíritu los pecados internos, prohíbense los que mayormente lo son, la mentira y la ira.

25. Por lo cual, renunciando a la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, puesto que somos miembros los unos de los otros.

26. Si os enojáis, no queráis pecar; no sea que se os ponga el sol estando todavía airados. No deis lugar o entrada al diablo.

Después de haber dado arriba una instrucción general para revestirse la novedad, pone ahora el Apóstol unos preceptos especiales; acerca de lo cual prohíbeles primero los pecados internos que corrompen el espíritu; segundo, los pecados externos que corrompen la carne. De los pecados internos prohíbe los que consisten en la perversión del orden, para consigo y para con los demás. De estos primeros pecados unos corrompen la parte racional, otros la irascible, otros la concupiscible, y las 3 especies las prohíbe. Acerca de la primera especie prohíbe uno de esos pecados (la mentira), que le da pie para inducirlos a hablar verdad, por este motivo (por ser miembros los unos de los otros). Prohíbe, por consiguiente, lo que pertenece al hombre viejo, de suerte que este texto sea como una explanación del anterior: "revestios del hombre nuevo", a cuyo fin prohíbe primero la mentira, ya que por este pecado de la lengua corrómpese la verdad de la razón. De ahí que diga: "por lo cual", es a saber, para revestirse del hombre nuevo, "dad de mano a la mentira", porque -como dice el Salmo V- "destruyes a todos los que hablan mentira", es a saber, perniciosos.

Indúcelos luego a la novedad diciendo: "hable cada uno verdad con su prójimo". ¿Y por qué? "puesto que somos miembros los unos de los otros", y los miembros amanse entre sí y ayúdanse mutuamente en la verdad. "Formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros" (Rm 12,5).

- "Si os enojáis". Veda el pecado que corrompe la parte irascible, con su correspondiente admonición, explicación y razón de por qué. Pone la admonición, al decir: "si os enojáis", que puede declararse de dos maneras, según las dos especies de ira, una buena y otra mala. La mala, cuando uno se inclina desordenadamente a la venganza, es a saber, contra justicia; la buena, cuando ordenadamente a una venganza debida, es a saber, cuando uno se aira cuando conviene, con quienes conviene y cuanto

²⁷ Ef 4,25-26: ²⁵ Por eso, no más mentiras; que todos digan la verdad a su prójimo, ya que todos somos parte del mismo cuerpo. ²⁶ Enójense, pero sin pecar; que el enojo no les dure hasta la puesta del sol, ²⁷ pues de otra manera se daría lugar al demonio. ²⁸

conviene. La declaración puede aplicarse a estos dos géneros de ira. Si a la mala, el sentido es éste: no la manda, sino la permite; como si difera: demos que se levante el movimiento de ira -achaque y flaqueza humana-: en tal caso, no queráis pecar, esto es, no lo llevéis a efecto, dándole puerta franca, por el consentimiento, -"Líbreos Dios de caer en tentación superior a las fuerzas humanas" (1Co X)- pues cierta cosa es que quien de otro modo se enoja contra su hermano "será reo de juicio", como dice San Mateo 5. Sobre esta ira advertía José a sus hermanos: "no os enojéis en el camino".

Mas si se declara de la buena, entonces el sentido no es sólo de permisión, como en la mala, sino de imperio: airaos, es a saber, contra vuestros pecados, que doble es la venganza que el hombre busca: una contra sí mismo pecador, y así la penitencia es una especie de venganza que el hombre hace y toma de sí mismo. Y esta ira es buena y con ésta reza lo del imperio: airaos, es a saber, contra vuestros pecados; "y no queráis pecar", esto es, haced libro nuevo para adelante y no deis materia para tornar a enojaros.

Todavía creen algunos que eso de airarse contra sí propio por sus pecados es cosa que el hombre puede tranquilamente hacer, mas no contra el prójimo por los suyos; y en eso se equivocan; que así como contra sí mismo uno se enoja por sus propios pecados, así también contra el prójimo por los suyos. Luego airaos contra los vicios ajenos, y esto con celo divino. "Finees fue arrebatado de celo mío contra ellos" (Lv. 25,2). También Elias: "me abraso de celo por el Señor Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado su alianza". Y no queráis pecar, previniendo el juicio de la razón, sino más bien siguiéndolo; "y así sea todo hombre pronto para escuchar, pero tardo para hablar y refrenado en la ira" (Stg. 1,19).

- "No se os ponga el sol". Explica lo que había dicho, y según las 3 antedichas declaraciones pueden darse también 3 explicaciones; porque si se refiere a la ira mala, entonces lo del sol se explicará así: no recozcáis la ira concebida, sino despedidla antes de la puesta del sol; que ya que por la fragilidad se permita el movimiento, no se permite el entretenimiento.

Si se refiere a la ira buena, contra los propios pecados, entonces de esta manera: "el sol, esto es, Cristo (sol de justicia) no se os ponga, estando todavía airados", esto es, sobre vuestros pecados, con que deis nueva materia a la ira y al látigo que os castigue.

Si se refiere a los pecados ajenos, se explica así: el sol, a saber, de la razón (Ecl. 12) no se ponga sobre vuestra ira, esto es, no se oscurezca el dictamen de la razón (Jb 5).

- "No deis lugar o entrada al diablo", donde indica el por qué de la admonición; porque el diablo halla en nosotros la puerta abierta por el pecado o por el consentimiento. Así dice San Juan: "cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas el designio de entregarle. .. después que tomó éste el bocado, se apoderó de él Satanás plenamente" (13,27). Ahora bien, semejantes pasiones inclinan mucho la balanza al consentimiento, mayormente cuando pervierten el juicio de la razón, y en especial la ira, que consiste en un encendimiento de la sangre, y por razón de la velocidad de su movimiento previene el juicio de la razón. Y porque estando así perturbados empieza el diablo a hallar entrada en nosotros, por eso dice: "no deis entrada al diablo"; como si dijera: no permanezcáis airados, que con eso dais entrada al demonio, que todo él es un fuego de ira (Ps 17). Cuando entra en el hombre lo hace con una ira furiosa (Ap. 12); mas no con los justos, a lo menos en el alma, mientras permanecen justos; pero esta justicia se pierde por la ira, "porque la ira del hombre no se compadece con la justicia de Dios" (Sgt. 1,20).

Así pues, si no queréis dar entrada al demonio, a lo menos en el alma, no se os ponga el sol estando

todavía airados. Por tanto, "arranca de tu corazón la ira" (Ecl. XI,10).

29

(Ef 4,27-28²⁸)

Lección 9: Efesios 4,27-28

Védase la vejez del pecado para que el espíritu pueda renovarse.

28. El que hurtaba no hurte ya; antes bien, trabaje, ocupándose con sus manos en algún ejercicio honesto para tener con qué subsistir y dar al necesitado.

29. De vuestra boca no salga ningún discurso malo, sino los que sean buenos para edificación de la fe, que den gracia o inspiren piedad a los oyentes.

Habiendo ya dado de mano a las vejecías del hombre por lo que mira a la fuerza racional y a la irascible, prohíbelas aquí nuevamente en lo que toca a la concupiscible, que tiene su origen en el apetito desordenado de las cosas; acerca de lo cual veda primero esa antigualla de codiciar lo ajeno, para exhortar luego a la renovación. A esa antigualla pertenece el robo, que nace de apetecer, con desordenada y corrompida concupiscencia, las cosas temporales. Por eso dice: "el que robaba que ya no robe", como si dijera: el que tenía descompuesta y envejecida la concupiscible, por el corrompido apetito de las cosas temporales, ya no eche mano a lo ajeno, si es que quiere renovar la concupiscible, porque "para el ladrón la confusión" (Eccli. 5,17); por lo cual dice el Éxodo XX "no robarás".

Y por si alguno quisiese excusarse so capa de pobreza, le sale al encuentro diciéndole: en vez de ponerse a cortar bolsas, "póngase más bien a trabajar", como lo hizo el mismo Apóstol (Ac XX; 2Ts 3).

Donde hay que notar que el trabajo manual fue introducido para 3 fines:

a) para buscar con qué comer. "Comerás el pan con el sudor de tu frente" (Gn. 3). Por consiguiente, quien no tiene otro medio de vivir honradamente, está obligado a trabajar con sus manos. "El que no quiera trabajar que no coma" (2Th 3); como si dijera: así como peca el que no come en caso de necesidad, así también el que no trabaja. Es el caso presente, para evitar el hurto;

b) algunas veces para evitar la ociosidad, maestra de muchos males (Eccli. 33). Por tanto, el que anda de ocioso está obligado al trabajo manual: "Hemos oído que andan entre vosotros algunos bulliciosos que no entienden en otra cosa que en indagar lo que no les importa" (2Th 3,2). Pues a estos tales los apercibimos y les rogamos encarecidamente por nuestro Señor Jesucristo que, trabajando quietamente, coman su propio pan o el que ellos se ganen.

Algunas veces también para domar y macerar la carne. De ahí que se catalogue entre las otras obras de la continencia (2Co XI).

Así pues, 3 razones hay para recomendar el trabajo corporal; pero la primera es necesaria para todos, y ésta con necesidad de precepto, porque el ocio puede evitarse de otras maneras, lo mismo la lascivia

²⁸ Ef 4,27-28: ²⁷ pues de otra manera se daría lugar al demonio. ²⁸ El que robaba, que ya no robe, sino que se fatigue trabajando con sus manos en algo útil y así tendrá algo que compartir con los necesitados. ²⁹ No salga de sus bocas ni una palabra mala, sino la palabra que hacía falta y que deja algo a los oyentes. ³⁰

carnal puede domarse y refrenarse de otro modo, y para lograr su propósito, hágase como se haga, basta.

- "ocupándose con sus manos en algún ejercicio honesto"; que puede entenderse de dos maneras: o poniendo bonum en acusativo, y se construirá de este modo: más bien trabaje, ocupándose con sus manos, no por cierto en cosas ilícitas, sino en las que son buenas (Ga 6; Is 1). O poniéndolo en nominativo, como si esta fuese la razón de trabajar, como si dijera: no sólo es necesario trabajar, sino hasta bueno, para que el trabajador pueda vivir y "tenga de dónde tomar para darle al que padece necesidad" (Eccli. 29).

- "No salga de vuestra boca palabra mala". Pone ahora lo concerniente al hombre viejo en su desordenada manera de proceder con otro, y veda primero lo añejo para introducir lo nuevo; trae en segundo lugar, para imitarlo, el ejemplo de Dios (cp. 5). Con el prójimo puede uno portarse mal de dos maneras: de una, ofendiéndolo con malas palabras; de otra, con malos ejemplos; y ambos procedimientos los prohíbe. En la otra división hace lo mismo. Dice pues: "no salga de vuestra boca palabra mala". Las palabras de la boca son correos y pregoneros de lo que guarda el alma; porque las voces nos dan a conocer las pasiones que en el ílma anidan. Palabra buena es la que indica la buena disposición interior; la mala, por el contrario, la disposición mala.

Con triple orden ordénase el hombre por dentro, es a saber, para consigo, de arte que todo esté sometido a la razón; para con Dios, de suerte que la razón le esté sujeta; para con el prójimo, cuando lo ama como a sí mismo. Así pues, en veces la palabra es mala cuando es indicio de que el hombre anda desordenado en sí; y falso es este lenguaje del que habla una cosa y pretende otra; y de igual modo la plática inútil y vana. Asimismo es palabra mala la que es indicio de que el hombre anda desordenado contra Dios, como los perjurios, las blasfemias y voces del mismo género. También es palabra mala cuando va contra el prójimo, como las injurias, los engaños, las falacias. Por eso dice: "no salga de vuestra boca palabra mala"; donde es de advertir que omnis: todo, no equivale a nullus: ninguno. "Guardaos, pues, de la murmuración, la cual de nada aprovecha, y refrenad la lengua de toda detracción, porque ni una palabra dicha a escondidas se irá por el aire" (Sg 1, j 1); pues ciertamente a Dios no se le pasa por alto ningún pensamiento y ninguna palabra se le hurta a escondidas, como dice el Eccli. 42: "Mas ahora dad ya de mano a todas esas cosas: a la cólera, al enojo, a la malicia, a la maledicencia, y lejos de vuestra boca toda palabra deshonesta" (Col 3,8).

- "sino las que sean buenas". Rechazado lo malo, induce a lo bueno, porque la palabra buena, según el tiempo y lugar, bendecida ha de ser. "Óptima palabra es la más oportuna" (Pr. XV,23); "el que habla hágalo de modo que parezca que habla Dios por su boca" (I P. 4,2). ¿Y para qué? "para edificación de la fe", esto es, para que eche firmes raíces en los corazones de los apocados y débiles. "Hágase todo para edificación" (1Co 14). Y esto "para que den gracia a los oyentes", es a saber, si tales palabras llevan el cuño de bondad con la aprobación, o si es plática entre dos o más personas; pues frecuentemente por las buenas palabras, o por virtud de una buena conversación o sermón, muévase el hombre a compunción y se dispone a la gracia. "Estando aún Pedro diciendo estas palabras, descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían la plática" (Ac X,44). Así hablaba el Señor, de quien dice San Lucas 4: "estaban pasmados de las palabras tan llenas de gracia que salían de sus labios" (Ecl. X).

(Ef 4,29-31 ²⁹)

Lección 10: Efesios 4,29-31

Amonéstalos a no obligar al Espíritu Santo a que se retire de ellos por cualquier pecado.

30. Y no queráis contristar con vuestros pecados al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

31 Toda amargura, ira y enojo, y gritería y maledicencia, con todo género de malicia, destiérrese de vosotros.

32. Al contrario, sed mutuamente afables, compasivos, perdonándoos los unos a los otros, así como también Dios os ha perdonado a vosotros por Jesucristo.

Exhortó el Apóstol arriba a evitar las palabras malas y perniciosas; aquí exhorta a abstenerse de las que turban o contristan al prójimo, acerca de lo cual les veda, en general y en especial, todo lo que huele a pátina, y les persuade lo que huele a nuevo. Dice pues: "no queráis contristar al Espíritu Santo". Pero dirá alguno: ¿cómo es eso? ¿No es Dios el Espíritu Santo, en quien no cabe pasión alguna ni tristeza? Respondo: dícese que el Espíritu Santo se contrista cuando está triste aquel en quien está el Espíritu Santo (Lc X; Is 63); o digamos que es una locución metafórica. Que así como se dice: Dios se enoja, por la semejanza del afecto, lo mismo se dice: se contrista; porque así como cuando alguno se entristece se aparta del que le causa la tristeza, así también el Espíritu Santo se aparta del pecador. Entonces el sentido es éste: no queráis contristar al Espíritu Santo de Dios, esto es, no queráis ahuyentarlo o expulsarlo por el pecado; "porque el Espíritu Santo, que la enseña (la sabiduría), huye de las ficciones, y se aparta de los pensamientos desatinados, y se ofenderá de la iniquidad que sobrevenga" (Sg 1,5).

Así pues, no hay que contristar al Espíritu Santo, y esto por el beneficio del sello saludable. Por eso añade: "con el cual fuisteis sellados", esto es, reformados y distinguidos de los otros; porque el que tenga esta señal tendrá la vida eterna. Por consiguiente, hay que cuidar no se nos vaya el Espíritu Santo, y por ningún motivo contristarle, porque sin Él no hay vida eterna. "El que asimismo nos ha marcado con su sello, y que por arras de los bienes que nos ha prometido nos da el Espíritu Santo en nuestros corazones" (2Co 1,22). Pero ¿cuándo? "en el día de la redención", esto es, del bautismo (Jn 3; Hch. 1); porque en el bautismo participa el hombre de la redención hecha por Cristo.

- "Toda amargura..." Muestra en especial lo que pertenece a lo anticuado; que unas veces contrista el hombre a su amigo por ira, otras de propósito. Pero en la ira hay 3 grados:

1) cuando se retiene y permanece en el corazón, como la ira del que sólo por dentro la concibe, y no pasa de allí;

2) cuando se expresa con sonidos, pero sin proferir ninguna contumelia, como la del que dice: raca;

3) cuando se prorrumpen en palabras contumeliosas, como la del que dice: fatuo (equivalente a impío y criminal).

²⁹ Ef 4,29-31: ²⁹ No salga de sus bocas ni una palabra mala, sino la palabra que hacía falta y que deja algo a los oyentes. ³⁰ No entristezcan al Espíritu Santo de Dios; éste es el sello con el que ustedes fueron marcados y por el que serán reconocidos en el día de la salvación. ³¹ Arranquen de raíz de entre ustedes disgustos, arrebatos, enojos, gritos, ofensas y toda clase de maldad. ³² Más bien sean buenos y comprensivos unos con otros, perdonándose mutuamente, como Dios los perdonó en Cristo.

Pone pues, escalonadamente, lo que pertenece primero a la ira del corazón; segundo, lo que a una desordenada articulación de la voz; tercero, lo que a la contumelia. Pero en la ira del corazón estas olas se van sucediendo unas a otras: primero por ser la ira efecto de la tristeza, que en la Sgda. Escritura se llama amargura (I S. 1). Por eso dice: "toda amargura", que se origina por la memoria de la injuria pasada (Eccii. 21). Segundo, por acudir inmediatamente a la venganza; por eso dice: "e ira", que es apetito de venganza (Stg. 1). Tercero, porque el airado juzga al ofensor por indigno de perdón e indigno de que pueda decir que le quedó el brazo sano y que le salió muy barato; de ahí la "indignación". Mas cuanto a la desordenada expresión, brota, como dice, "el clamor" (Is 5). Lo mismo la blasfemia: o es contra Dios o contra los santos (Lv. 24); por eso dice: "y blasfemia"; y añade: "destiérrese de vosotros, con todo género de malicia", es a saber, de obra (I P. 2).

- "Al contrario, sed mutuamente afables". Contrapone a las pasiones antedichas la novedad de la vida cristiana; así, contra amargura benignidad; de donde dice: "sed mutuamente afables", porque el espíritu de la sabiduría es benigno. Contra ira misericordia: "misericordiosos" (Lc 6). Contra indignación condonación: "perdonándoos los unos a los otros" (Col 3), "así como también Dios os ha perdonado", "que ni a su propio Hijo perdonó" (Rm 8). ¿Cómo, por consiguiente, "después de habérselo dado, dejará de darnos cualquier otra cosa?"

Capítulo 5

31

(Ef 5,1-2³⁰)

Lección 1: Efesios 5,1-2

Propóneles a los Efesios a Cristo, como dechado que imitar, mayormente en el amor.

1. Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy queridos,
2. y proceded con amor, a ejemplo de lo que Cristo nos amó, y se ofreció a Sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavisimo.

Después de haberlos exhortado a la benignidad ya la misericordia, que son efectos de la caridad, aquí les propone un ejemplo. Acerca de lo cual, indúcelos primero a la imitación del dechado, Dios, y muestra en segundo lugar en qué deben imitarlo. Dice pues: dije que debéis mutuamente perdonaros, así como Dios en Cristo os perdonó; "sed, pues, imitadores de Dios", ya que esto es necesario, aunque no fácil. "Mas ¿quién es el hombre, dije, para poder seguir las obras del rey su Criador?" (Ecl. 2,12). Pero, a no ser en unión con Dios, la naturaleza humana jamás llegará a su perfección. De ahí que diga Job: "sus huellas siguieron mis pisadas" (23). Luego imitarlo hemos, conforme a las posibilidades que tenemos, pues toca al hijo imitar al padre. Por eso añade: "como los hijos a su padre", que lo es Dios por la creación. "¿Por ventura no es El tu Padre, que te rescató, que te hizo y te crió?" (Dt. 32,6). Y

30 Ef 5,1-2: ¹ Como hijos amadísimos de Dios, esfuércense por imitarlo. ² Sigán el camino del amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros, como esas ofrendas y víctimas cuyo olor agradable subía a Dios.

agrega: "queridísimos", es a saber, a quienes eligió para participar de Sí mismo; "y proceded", donde primero pone el modo de imitarlo: en caridad, y luego la muestra de esa inmensa caridad o amor: "entregóse a Sí mismo por nosotros". Así que el amor de Dios, o la caridad, hace que seamos hijos muy queridos (Rm 8).

Hemos, pues, de imitarlo en el amor. Y dice: "caminad, proceded", esto es, id siempre adelante (Gn. XV); y esto "en el amor", porque el amor es un bien de tal calidad, que debe el hombre adelantar en él, y una deuda tal, que debe el hombre estarla siempre pagando. "Ninguna deuda tengáis con nadie sino la del mutuo amor" (Rm 13). O digamos, en el amor, que es el camino para seguir a Dios a más corta distancia; (1Co 12; 13; Col 3) y esto a ejemplo de Cristo; de donde añade: "así como Cristo nos amó" (Jn 13). Y ya que, según San Gregorio, la prueba que el amor es de verdad por las obras se muestra en realidad, por eso añade: "y entregóse a Sí mismo por nosotros". "La vida que vivo ahora, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y entregóse a Sí mismo a morir por mí" (Ga 2; Ap. 1; Is 53). Y por habernos sido esta muerte provechosa y necesaria, por eso añade: "en oblación y hostia". Habla aquí el Apóstol a usanza de la antigua ley, en la cual (Lv. 4), cuando uno pecaba, tenía que ofrecerse por él la que se llamaba hostia y oblación por el pecado. Lo mismo cuando uno daba gracias a Dios o quería conseguir algo, era necesario -como se dice en Lv. 3- ofrecer una hostia pacífica, la cual -como se dice allí mismo- era para el Señor una oblación de suavísimo olor.

Todo lo cual tuvo su cumplimiento en Jesucristo, quien, para que fuésemos limpios de pecados y alcanzásemos la gloria, "entregóse a Sí mismo por nosotros en oblación", por medio de aquellas cosas que durante su vida hizo (Is 53), "y hostia de olor suavísimo a Dios" por el pecado. Alude aquí a lo que se dice en Lv. 3; aunque ciertamente aquel olor no le era entonces a Dios agradable como tal olor, sino por cuanto significaba la oblación odorífera del cuerpo de Cristo, Hijo de Dios (Gn. 27; Cant. 1). Así es como debemos ofrecernos espiritualmente a Dios en sacrificio (Ps L).

32

(Ef 5,3-4³¹)

Lección 2: Efesios 5,3-4

Destiérrese de todo punto la vejecía del pecado carnal, para revestirse de la limpieza de una vida nueva.

3. Pero la fornicación, y toda especie de impureza o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde a los santos,

4. ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas, lo cual desdice de vuestro estado; sino, antes bien, acciones de gracias.

En líneas anteriores el Apóstol, luego de amonestarlos a dejar lo envejecido para tomar lo nuevo, enseña con esa veda a los Efesios a evitar los vicios espirituales; aquí, con nueva prohibición, les veda

31 Ef 5,3-4: ³ Y ya que son santos, no se hable de inmoralidad sexual, de codicia o de cualquier cosa fea; ni siquiera se las nombre entre ustedes. ⁴ Lo mismo se diga de las palabras vergonzosas, de los disparates y tonterías. Nada de todo eso les conviene, sino más bien dar gracias a Dios. ⁵ Sépanlo bien: ni el corrompido, ni el impuro, ni el que se apega al dinero, que es servir a un dios falso, tendrán parte en el reino de Cristo y de Dios. ⁶

también los vicios carnales, valiéndose del mismo procedimiento de prohibir lo viejo de esos vicios para inducirlos a la novedad de la virtud contraria; y junto con la prohibición propóneles la pena de esos vicios y precávelos contra los embaucadores para no dejarse engañar. Da de mano primero a ciertos vicios que hacen cabeza, luego a los que hacen cauda o secuela. Los vicios a que da de mano son 3:

a) la lujuria natural, que es cuando peca con mujer ajena; por eso dice: "la fornicación" (Os. 4), de que hay que huir (1Co 6), como hacía Job, que hizo pacto con sus ojos de ni por pensamiento saber de doncella (31). Dicese fornicación, de la palabra latina fornix: arco triunfal, porque cerca de él estaban los lupanares o prostíbulos (Pr. 20);

b) la lujuria no natural: "toda inmundicia", esto es, toda polución contra la naturaleza, es a saber, la que no se ordena a la generación (Sa. 5);

c) la avaricia; aunque había que preguntar ¿por qué? ¿Tiene acaso que ver con los pecados de la carne?

Respondo: digamos que no, pero tampoco separada a mil leguas, sino que es como un cancel divisorio entre los pecados espirituales y los carnales; lo cual queda claro si consideramos estos dos elementos que tiene el pecado: el objeto y la delectación en el objeto. Así pues, hay pecados cuyo objeto y delectación son espirituales, como la ira; pues la venganza, que es el objeto de la ira, y la delectación de ahí nacida, son algo espiritual; lo mismo la vanagloria. Otros pecados son del todo carnales, en objeto y delectación, como la gula y la lujuria; pero la avaricia es un término medio, porque su objeto es carnal: el dinero, mas la delectación es espiritual, pues todo su descanso es para el avaro el dinero. Y esta es la razón de catalogar mitad la avaricia con los pecados carnales por razón del objeto, y mitad con los espirituales por razón del deleite (He 13,5).

O digamos también que la avaricia se opone a la justicia, y entonces se toma por la especie de lujuria, que es el adulterio y consiste en el uso injusto de la mujer ajena, así como la avaricia es el uso injusto del dinero. Pero arriba dijo: "el que robaba ya no robe"; aquí en cambio que "ni aun se nombre" este vicio; pues los primeros vicios que en el combate espiritual hay que vencer son los carnales; que en vano se fatiga uno luchando contra los vicios de dentro, si primero no vence los vicios de fuera, es a saber, los carnales, contra los cuales hay perpetua guerra. Por eso dice: aun se nombre entre vosotros, como corresponde

ni a los santos", es a saber, abstenerse de acciones, de pensamientos, de dichos (Is 14; Eccli. 41; 2Co 6).

- "ni tampoco palabras torpes". Pone ahora los vicios que van convoyando a esta dama (la lujuria). Acerca de lo cual primero da de mano a dicho cortejo, para poner luego en su lugar la escolta de virtudes contrarias. 3 pues son los vicios que destierra de la vida cristiana, es a saber, la torpeza, que consiste en los tocamientos torpes, abrazos y besos libidinosos (Pr. 6). Asimismo las truhanerías, esto es, palabras que provocan al mal. Así, dice el Ecclí. 9 de la mala mujer que "su conversación quema como fuego". En tercer lugar las bufonadas, esto es, chufetas y cuchufletas, con que algunos quieren agrandar a otros. Pero, además de que "de toda palabra ociosa darán cuenta el día del juicio" (Mt 12), todas estas cosas impuras son mortales, en cuanto se ordenan a los pecados mortales; porque una cosa, aunque buena de suyo, si se ordena al pecado mortal, es mortal. De ahí induce a lo contrario, es a saber, al nacimiento de gracias. "Allí será el gozo y la alegría, el nacimiento de gracias y las voces de

alabanza" (Is 51,3).

33

(Ef 5,5-7 ³²)

Lección 3: Efesios 5,5-7

Declárales la pena de estos vicios, que es la exclusión de la visión divina, y los pone sobre aviso para que no se dejen engañar.

5. Porque tened bien entendido que ningún fornicador, o impúdico, o avariento, lo cual viene a ser una idolatría, será heredero del reino de Cristo y de Dios.

6. Nadie os engañe con palabras vanas, pues por tales cosas descargó la ira de Dios sobre los incrédulos.

7. No queráis, por tanto, tener parte con ellos.

En la lección anterior prohibió el Apóstol los pecados carnales; aquí amenaza con pena de condenación, que se inflige a los pecadores; y primero los certifica de que así es, luego, pecado a pecado, señala cuáles abarca esta pena. Dice pues: "tened bien entendido", esto es, tened por cierto, no sólo habitualmente, sino actualmente (1Jn 3), ¿qué cosa? "que ningún fornicador, o impúdico, o avariento, lo cual viene a ser una idolatría, será heredero del reino de Cristo y de Dios". Advirtamos que aquí llama a la avaricia idolatría, porque efectivamente hay idolatría cuando se rinde a la criatura la honra debida a solo Dios. Ahora bien, esta honra se le debe por doble título, es a saber, el de poner en El nuestro fin, y el de, como término, depositar en El nuestra confianza. Luego, el que en las criaturas pone esta confianza y este fin es reo de idolatría. Y así lo hace el avaro, que pone en una cosa creada su fin y también toda su confianza. "De su plata y de su oro se forjaron ídolos para su perdición" (Os. 8,4); porque, como dicen los Proverbios XI,28: "quien confía en sus riquezas caerá por tierra".

Pero -se objetará^- siendo así que en los otros pecados pone su fin el hombre en la criatura que ama y estele unido con ternura, ¿por qué también en ellos no se le llama al pecador idólatra? Respondo: porque la idolatría consiste en rendirle exteriormente a algún objeto el culto que no se le debe. Ahora bien, en los otros pecados pónese el fin en lo interior, como para buscar la propia exaltación. Pero el que pone el fin en las riquezas, lo pone en ellas, como hace el idólatra, en un objeto exterior.

Más todavía, ¿por ventura el avaro, al rendirle a la criatura la honra que a solo Dios se debe, es realmente idólatra de suyo? Digo que no, porque en materia moral las acciones u obras se juzgan por el fin. Es entonces de suyo idólatra el que de por sí y como tal pretende rendir culto a la criatura; cosa que no intenta el avaro de por sí y como tal, sino accidentalmente lo hace, por cuanto ama a la criatura con amor superfluo y desordenado. Mas ¿qué será del tal? Que no tendrá parte en la herencia, que es para los hijos (Rm 8), y los tales no son hijos, porque son carnales; luego ni herederos, que, como dice 1Co XV: "la carne y la sangre no poseerán el reino de Dios", esto es, a Dios, que dice: "Yo soy su herencia"

³² Ef 5,5-7: ⁵ Sépanlo bien: ni el corrompido, ni el impuro, ni el que se apega al dinero, que es servir a un dios falso, tendrán parte en el reino de Cristo y de Dios. ⁶ Que nadie los engañe con razonamientos vacíos, pues son estas cosas las que Dios se prepara a condenar en los enemigos de la fe: ⁷ no sea que ustedes compartan su suerte. ⁸ En otro tiempo ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Pórtense como hijos de la luz, ⁹

(Ez. 44).

Mas pudiera objetarse: si esta herencia es el mismo Dios, siendo como es indivisible e impartible, ¿por qué dice dividiendo: "en el reino de Cristo y de Dios", como si esta herencia fuese divisible? Respondo: nuestra herencia consiste en la fruición de Dios, pero ahora Dios goza y disfruta de Sí de otra manera, y nosotros de El, perqué en Dios ese gozo y disfrute de Sí es perfecto, ya que el conocimiento que de Sí tiene también es perfecto, y ama totalmente, sin dejar parte, cuanto en Sí es conocible y amable, no así nosotros; que, aunque en la patria le conoceremos perfectamente y, por consiguiente, le amaremos -ya que el conocimiento de algo simple, bien que no total, abarca todo el objeto; como la luz del sol, si estuviere compuesta de puntos, el ojo humano la abarcaría toda, pero no totalmente en sus partes, al contrario del ojo del águila que de un vistazo la abarcaría- pero no le abarcaremos totalmente; por cuyo motivo parece haber allí cierta particular imperfección; razón por la cual dice de Cristo y de Dios conjuntamente, cual si pusiera parte con parte, esto es, porque por Cristo, y no por otro, se alcanza la herencia. Al decir luego: "nadie os engañe", da de mano a las trapazas de los embusteros, amonestándolos a que no se dejen dar gato por liebre dando oídos a vanas palabras, y que no se hagan a una con ellos imitándolos en sus malas acciones. Así que primero quita del paso los trampantojos en que pudieran caer, luego les muestra en qué podrán conocerlos. Notemos entonces que en los vicios carnales sólo les enseña a precaver el engaño, porque desde el principio, para que los hombres pudiesen espaciarse a sus anchas disfrutando de sus concupiscencias, se devanaron los sesos para hallar razones justificativas de que la fornicación y otros deleites venéreos no eran pecados. Por eso dice: "con vanas palabras", que tales son, como nuez vana, las que dicen no ser pecados los placeres venéreos, ni excluir del reino de Cristo y de Dios. "Que nadie os deslumbre con sutiles discursos" (Col 2,4).

Que de tal ralea sean esos embaidores, y tales sus melifluidades y risas fingidas con que engaitan a la gente, lo demuestra con el castigo con que Dios castiga esos pecados carnales, que, a no ser pecados, no fueran condenados a multa y pena, pues siendo Dios justo, no inflige pena si no existe culpa. Ahora bien, tales deleites los castiga Dios; luego son pecados. Prueba la menor diciendo: "pues por tales cosas descargó la ira de Dios", es a saber, por los pecados carnales, "sobre los incrédulos o hijos de la desconfianza", como se vio en el diluvio y en los Sodomitas. Asimismo la tribu de Benjamín fue toda ella casi raída de la faz de la tierra por causa de tales pecados. Y llámalos hijos de la desconfianza, porque los que se dan a semejantes pecados desesperan de alcanzar la vida eterna; pues si la esperasen entregándose a los deleites vedados, habría que llamar a eso más bien presunción que esperanza, la cual se apoya en los méritos para esperar con fundamento y razón la bienaventuranza advenidera. De ahí que arriba dijera: "los cuales, no teniendo ninguna esperanza, se entregan a la disolución, para zambullirse, con un ardor insaciable, en toda suerte de impurezas". "No haya prado donde no dejemos las huellas de nuestra intemperancia" (Sg 2,8). Mas ¿por qué? Porque "no creyeron que hubiese galardón para el justo".

Dice, por tanto, que "sobre los hijos de la desconfianza", esto es, que no la tienen de alcanzar los gozos eternos, "descargó la ira de Dios" por los pecados; o dígase, de desconfianza, esto es, en quienes, por lo que mira a méritos, no hay motivo ninguno para esperar. Por consiguiente, la conclusión: "no queráis, por tanto, tener parte con ellos", es a saber, haciéndoos cómplices de tales obras; porque "¿qué tiene que ver la justicia con la iniquidad? Y ¿qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas? O ¿qué concordia entre Cristo y Belial? O ¿qué parte tiene el fiel con el infiel?" (2Co 6,14).

(Ef 5,8-11³³)

Lección 4: Efesios 5,8-11

Amonéstalos a que, ya que han echado por el camino de la virtud, no echen pie atrás y tornen a la vida viciosa.

8. Porque verdad es que en otro tiempo no erais sino tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Y así, proceded como hijos de la luz.

9. El fruto de la luz consiste en proceder con toda bondad y justicia y verdad,

10. inquiriendo lo que es agradable a Dios.

11. No queráis, pues, ser cómplices de las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien reprendedlas.

En páginas anteriores el Apóstol puso un ¡hasta aquí! a los pecados carnales, dando de mano a las falacias de los embusteros y amenazando con la pena eterna; aquí señala otra razón, tornada de su condición, de la que saca dos conclusiones. La condición la examina a dos visos: en su aspecto pretérito y en el presente. Dice pues: "erais un tiempo tinieblas", esto es, estabais ennegrecidos por la ignorancia y el error (Ep 4; Ps 81) y entenebrecidos por el pecado. "El camino de los impíos está lleno de tinieblas; no advierten el precipicio en que van a caer" (Pr. 4,19). Pero notemos que no dice indeterminadamente tenebrosos, sino tinieblas; porque así como cualquier hombre parece ser lo que principalmente se halla en él, pongamos por ejemplo, toda una ciudad parece ser el rey, y lo que el rey hace dicese que lo hace la ciudad; de la misma manera, cuando reina el pecado en el hombre, dicese todo el hombre pecado y tinieblas.

- "mas ahora sois luz en el Señor". Aquí pone la condición presente; como si dijera: pero ahora tenéis la luz de la fe (Ph 2; Mt 5). Mas, al contrario, dicese de San Juan Bautista que "no era él la luz"; entonces, ¿cómo puede decirse de los otros fieles que son luz? Respondo: no se llaman luz por esencia, sino por participación.

Al decir luego: "proceded como hijos de la luz", saca

las dos conclusiones, puesto que había dicho que fueron en otro tiempo tinieblas, y que ahora son luz. Por consiguiente, la primera conclusión es que se ajusten a lo que ahora son; la segunda, que eviten lo que antes fueron; y pone primero la admonición, seguida de su explicación. Dice pues: puesto que ahora sois luz, haced obras luminosas; luego portaos como hijos de la luz (Jn 12). Pensamiento que explana diciendo: "que el fruto de la luz consiste..." De dos modos se dice que procede uno como hijo de la luz: cuanto a la substancia o género de la obra; cuanto al modo o intención del que la hace. De suerte que primero pone las obras que conviene hacer, luego con qué intención deben hacerse.

Dice entonces: dicho queda que os portéis como hijos de la luz, cuyos frutos son las obras esclarecidas y fructíferas: "mis flores dan frutos de gloria y de riqueza" (Eccii. 24,23); y esto "en toda bondad". Donde conviene advertir que todo acto virtuoso se reduce a 3 cosas; porque es menester que el agente guarde orden consigo, para con el prójimo y para con Dios. Orden consigo, de arte que en sí mismo sea bueno; por lo cual dice: "en toda bondad" (Ps 118). Para con el prójimo, por medio de la justicia: "en

33 Ef 5,8-11: ⁸ En otro tiempo ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Pórtense como hijos de la luz, ⁹ con bondad, con justicia y según la verdad, pues éstos son los frutos de la luz. ¹⁰ Busquen lo que agrada al Señor. ¹¹ No tomen parte en las obras de las tinieblas, donde no hay nada que cosechar; al contrario, denúncienlas. ¹² Sólo decir lo que esa gente hace a escondidas da vergüenza; ¹³

justicia" (S. 1 18). Para con Dios, por medio del conocimiento y confesión de la verdad: "y verdad" (Zc. 8). O explicando el texto de otra manera, de suerte que la bondad se refiera al corazón, la justicia a la obra, la verdad a la boca (Ep 4; Zc. 8).

- "inquiriendo". Muéstrales con qué intención han de obrar, no de repente, sino inquiriendo, esto es, discerniendo con la razón, o, como dice en Gálatas 6,4: "examine cada uno sus propias obras"; inquiriendo, digo, "lo que es agradable a Dios", esto es, procuréis hacer lo que es agradable a Dios (Rm 1 Z).

Después, por contraposición, los exhorta a no volver a las andadas, al estado que dejaron: "y no queráis ser cómplices"; porque los que tal hacen son, dice San Pedro 2,2,22: "como el perro que vuelve a comer lo que vomitó, y la marrana lavada que torna a revolcarse en el cieno". Divídese esta parte en dos, con amonestación en la primera para que no obren mal, y en la segunda aconsejándolos para que no dejen sin reprensión lo malo. Dice pues: "inquiriendo lo que es agradable a Dios. Y no queráis ser cómplices de las obras infructuosas de las tinieblas", esto es, de las obras carnales cuyo paradero son las tinieblas perpetuas; y son infructuosas, porque es veloz como el rayo su delejete momentáneo. "Arboles otoñales, infructuosos, dos veces muertos, sin raíces; olas bravas de la mar, que arrojan las espumas de sus torpezas" (Stg. 1,12). "Y ¿qué fruto sacasteis entonces de aquellos desórdenes de que al presente os avergonzáis?" (Rm 6,21). Asimismo, como capa de malhechores, buscan los sitios tenebrosos, por la torpeza de sus malas acciones, con las que se ponen al nivel de los brutos. "Ei ojo del adúltero está aguardando la obscuridad, diciendo: nadie me verá; y embózase para que no sea conocido su rostro. Fuerza de noche las casas, según lo acordado por entrambos entre día, y huyen de la luz. Si da de repente sobre ellos la aurora, míranla como sombra de muerte; y así andan de noche tan agitados como de día" (Jb 24,15).

No queráis, pues, ser sus cómplices, imitándolos, ayudándolos, consintiendo sus perversas acciones. "¿Qué comunicación puede haber entre un hombre santo y un perro, (impío)?" (Eccli. 13,22). Pero no basta la no comunicación, si no se acude a la reprensión, porque, como dice San Agustín, Dios algunas veces castiga a los que sin culpa tienen trato con ellos, porque algunos buenos no reprenden, como es razón, a los malos; "que a cada uno mandó el amor (y corrección) de su prójimo" (Eccli. 17,12). Por eso dice: "antes bien, reprendedlas" (II Ti. 4). Mas ¿por ventura pecamos siempre si no reprendemos? Responde San Agustín: si el no reprender nace de un temor caritativo, es a saber, no sea que el reprendido, sintiéndose escarnecido, vuélvase entonces peor, y a los buenos dé aflicción, digo que así no hay pecado. Pero si el no reprender nace del miedo a perder la prebenda y beneficio (porque el reprendido airado se volverá contra ti), digo que por este vicio de codicia sí hay pecado.

35

(Ef 5,11-14 ³⁴)

Lección 5: Efesios 5,11-14

34 Ef 5,11-14: ¹¹ No tomen parte en las obras de las tinieblas, donde no hay nada que cosechar; al contrario, denúncienlas. ¹² Sólo decir lo que esa gente hace a escondidas da vergüenza; ¹³ pero al ser denunciado por la luz se vuelve claro, y lo que se ha aclarado llegará incluso a ser luz. ¹⁴ Por eso se dice: «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y la luz de Cristo brillará sobre ti.» ¹⁵ Examinen, pues, con mucho esmero su conducta. No anden como tontos, sino como hombres responsables. ¹⁶

Explica por qué no han de hacerse cómplices de las acciones gentílicas, porque es vergonzoso aun decirlas.

12. Porque las cosas que hacen ellos en secreto no permite el pudor ni aun decirlas.
13. Mas todo lo que es reprehensible se descubre por la luz; siendo la luz la que lo aclara todo.
14. Por eso dice el Señor: levántate tú que duermes, y resucita de la muerte, y te alumbrará Cristo,

Luego de las amonestaciones que puso arriba, que no tuviesen parte en las obras tenebrosas, que reprendiesen a los pecadores, señala aquí el Apóstol el por qué de ellas. Dice pues: bien dije que no os hicierais cómplices; más todavía: que deberíais reconvenir y redargüir a tales hombres. ¿Por qué? "Porque las cosas que hacen en secreto no permite el pudor ni aun pronunciarlas". Esto se refiere a los vicios carnales, que, por brutales, salen de compás y término en deshonestidad y torpeza; donde apenas hay pizca de bien racional, siendo como son tales actos a nosotros y a los brutos comunes.

-"Mas todo lo que es reprehensible". Aquí va la razón de la otra monición, con su autoridad confirmativa; y cuanto a lo primero, quiere probar que es conveniente que reconvengan a los delincuentes, de esta manera: lo que por malo se vende, y así ostenta la fachada, es digno de reprensión; que es toda redargución cierta manifestación. Mas ya que toda manifestación se hace por medio de luz, y vosotros sois la luz; luego es cosa conveniente que los saquéis a la luz y a la pública vergüenza. La mayor de este silogismo la pone allí diciendo: "mas todo lo que es reprehensible"; y la menor también: "todo lo que se manifiesta"; como si dijera: por eso es conveniente los reprendáis, porque, como dice 1Co 2,15: "el hombre espiritual discierne o juzga de todo, y nadie que no tenga esta luz puede a él discernirle". De aquí la explicación de la Glosa: todo lo que es reprehensible, es a saber, los pecados, se descubre por la luz, esto es, por los hombres buenos y santos, que son hijos de la luz; se descubre, digo, por medio de la confesión, según aquello: "quien encubre sus pecados no podrá ser dirigido; mas el que los confesare y se arrepintiere de ellos alcanzará misericordia" (Pr. 28,13). Y todo lo que por medio de la confesión sale a la luz es luz, esto es, se convierte en luz.

Lo antedicho lo confirma por autoridad diciendo: "por eso dice el Señor: levántate tú que duermes", que así expone la Glosa: por ser luz, dice, a saber, el Espíritu Santo: tú, que duermes, levántate... Pero éste no es estilo de Pablo. Digamos, por tanto, que aquí introduce el Apóstol la figura del profeta Is : "levántate, oh Jerusalén, recibe la luz", diciendo: por eso dice, a saber, la Escritura: levántate de la negligencia en obrar bien, tú, que duermes. "¿Hasta cuándo has de dormir, tú, oh perezoso?" (Pr. 6,9). "¿Acaso el que duerme no volverá a levantarse?" (Ps 40,9).

-"y resucita de la muerte", esto es, de las obras muertas o que dan la muerte (He 9; Is 26). Levántate, pues, "y te iluminará Cristo" (Ps 26 y 12). Pero al decir eso ¿quiere decir que podemos por nosotros resucitar de los pecados? Respondo.: para la justificación del impío dos cosas son menester: la cooperación del libre arbitrio para resucitar y la misma gracia. Y ciertamente este primer paso lo da el libre arbitrio prevenido de la gracia, o ayudado de la gracia preveniente, para luego, con la gracia subsiguiente, obrar con mérito. Por eso dice Jeremías: "conviértenos, Dios, y nos convertiremos".

36
(Ef 5,15-17³⁵)

35 Ef 5,15-17: ¹⁵ Examinen, pues, con mucho esmero su conducta. No anden como tontos, sino como hombres responsables. ¹⁶

Lección 6: Efesios 5,11-17

Quiere que procedan con cautela, como hacen los sabios, y que rescaten el tiempo, porque los días que atraviesan son breves y malos.

15. Y así, mirad, hermanos, que andéis con gran circunspección, no como necios,
16. sino como prudentes, recobrando el tiempo perdido, porque los días de nuestra vida son malos.
17. Por tanto, no seáis indiscretos, sino atentos sobre cuál es la voluntad de Dios.

Arriba puso coto el Apóstol a las mañas viejas de las falacias carnales, aquí los exhorta a la novedad contraria a ellas: a la falacia y a la lujuria; y primero los induce a la cautela contraria a la falacia, muestra su novedad y enseña su modo. Dice, por tanto: "así que (como una conclusión de las premisas), mirad que andéis con gran circunspección". La cautela es una condición de la prudencia, por la que uno evita los impedimentos de las cosas en la vida práctica; cautela que todos deben tener. "Dirige tus ojos reciamente, y adelántese tu vista a los pasos que des" (Pr. 4,25). Esta es industria propia de sabios, y por eso dice: "no como necios", desmañados para evitar los estorbos (Ps 75), "sino como prudentes" (Eccli. 2). Algunos dicen: si castamente no, al menos con cautela; pero no es éste el sentir del Apóstol, que dice cautamente, como si dijera: guardaos de los hombres que hacen guerra a la castidad.

Muestra la necesidad de esta cautela diciendo: "recobrando el tiempo", que puede explicarse de dos maneras:

a) Algunas veces recobra uno alguna cosa de su propiedad a cambio de presentes o algo parecido, así como se dice que uno redime su vejación con presentes o dinero, o cuando renuncia a su derecho. Dice pues: todo el tiempo, esto es, el tiempo de la calumnia; por consiguiente, ¡d recobrando el tiempo, "ya que los días son malos". Desde que pecó Adán, desde entonces emboscados están los enemigos y armadas sus zancadillas para hacernos caer en pecado. No así en el estado de la inocencia, en que no le era menester al hombre abstenerse de algo lícito, porque en su voluntad no había cosa que lo impulsara al pecado. Pero ahora es necesario recobrar el tiempo, "porque los días son malos", esto es, debemos evitar la malicia de los días, precaver, como dice el Eccli. 7, el día malo, y abstenerse aun de ciertas cosas lícitas; que "si todo me es lícito, pero no todo es conveniente" (iCo X,22). De este modo se dice que uno redime su vejación, porque deja malograrse algo que de derecho le corresponde. O

b) sucede que alguno una buena parte de su vida la vivió en pecado, y ésta se reputa por tiempo perdido. Mas ¿cómo recobrarlo, no teniendo el hombre de dónde echar mano para pagar sus deudas? Respondo: diremos que tanto más debe dedicarse a obras buenas cuanto primero se estancó en las malas; porque "demasiado tiempo habéis pasado durante vuestra vida anterior entregados a las mismas pasiones que los paganos, viviendo en lascivias, en codicias, en embriagueces, en glotonerías, en excesos en las bebidas, y en idolatrías abominables" (I P. 4,3). Pero la primera explicación es mejor.

Al decir después: "por tanto, no seáis indiscretos", enseña de qué modo ha de cautelarse uno: por tanto, es a saber, para que podáis recobrar el tiempo, no queráis ser imprudentes. Diferencia hay entre sabiduría y prudencia; porque la prudencia es una especie de sabiduría, pero no es toda la sabiduría.

Aprovechen el momento presente, porque estos tiempos son malos. ¹⁷ Por tanto, no se dejen estar, sino traten de comprender cuál es la voluntad del Señor. ¹⁸ No se emborrachen, pues el vino lleva al libertinaje; más bien llénense del Espíritu. ¹⁹

"La sabiduría del hombre está en su cordura" (Pr. X,23); que al sabio sin mas (simpliciter) le toca poner orden en todo; al sabio (secundum quid) según su término y facultad poner orden en lo que abarca su acotada sabiduría (1Co 3); ya que poner orden es propio del sabio, como dice Aristóteles en su Metafísica. Ahora bien, todo ordenador tiene presente el fin. Por consiguiente, sin más es sabio el que conoce el fin, o el que obra por el fin universal, es a saber, Dios. "En esto consiste vuestra sabiduría" (Dt. 4) que, como dice San Agustín, es el conocimiento de las cosas divinas. La prudencia, en cambio, es la providencia en una cosa particular, a saber, cuando uno pone en orden sus acciones, y, por consiguiente, la sabiduría para el hombre está en su prudencia. Por eso dice: "no seáis imprudentes, sino avisados". Así como la razón especulativa ordena y juzga, lo que hay que hacer; pero conviene sacar conclusiones y juzgar por principios, lo mismo en lo que ha de llevarse a la práctica; y este primer principio por el que debemos juzgarlo y gobernarlo todo es la voluntad de Dios; y, por tanto, en las cosas morales y divinas el entendimiento debe tener por principio la voluntad de Dios, que, si es así, es un entendimiento que obra con prudencia (Dt. 32). Así lo enseñó Cristo: "Hágase tu voluntad" (Mt 6). Por puro don de Dios lo recibimos (Rm 5). La otra manera es dispositiva, y aun así no hay en nosotros capacidad suficiente para recibirlo, esto es, para disponernos, sin la gracia de Dios. "No porque seamos suficientes por nosotros mismos para concebir algún buen pensamiento, como de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia (o capacidad para todo lo bueno) viene de Dios" (2Co 3,5). O dígame que alguno recibe al Espíritu Santo -mas no que está lleno del Espíritu Santo- cuando tiene la gracia del Espíritu Santo para alguna operación del hombre, no para todas; que entonces se dice lleno, cuando el Espíritu Santo le sirve generalmente para todo.

El modo de este henchimiento se reduce al amor de Dios y del prójimo, que toca cuando dice: "habiéndoos", de parte de Dios, y de parte del prójimo, al decir: "subordinados unos a otros". Cuanto a lo primero, pónese la meditación espiritual, con su modo y materia, la alegría espiritual, el hacimiento de gracias. Dice pues: "hablando entre vosotros"; acerca de lo cual es de considerar que hay dos géneros de locución, una exterior y otra interior, según que un hombre hable con otros o consigo mismo. Esta última debe ser de compunción: "hablaré en medio de la amargura de mi alma" (Jb X,1). Asimismo debe hacerse en secreto. "Mas tú cuando hubieres de orar, entra en tu cámara, y, a puerta cerrada, ora en secreto a tu Padre" (Mt 6,6; Sg 8). La materia de la meditación son los Salmos. Dice: "entreteniéndoos con Salmos". Salmear es usar el salterio; y así, decir con salmos es lo mismo que entretenerse en buenas acciones. "Tocad el salterio y tañed el címbalo, la dulcisona cítara con el arpa" (Ps 80,3). -"con himnos", esto es, alabanzas divinas (Ps 140); "y canciones espirituales" que hacen suspire uno por la vida eterna. (Rm 12; Ps 91; 97).

Meditemos, pues, a propósito de la recta operación, qué hay que hacer; sobre las divinas alabanzas, qué imitar; acerca del gozo y fiesta del cielo, qué servicio y cómo lo hemos de prestar. Así que el primer efecto del Espíritu Santo es la sagrada meditación, el segundo el regocijo espiritual, ya que de tanto meditar enciéndese en el corazón el fuego de la caridad. "Enardecióse mi corazón dentro del pecho; al reflexionar se encendió fuego" (Ps 38,4). De aquí la alegría espiritual que se engendra en el alma. Por eso dice: "cantando y loando al Señor en vuestros corazones", esto es, que al hacer nuestras acciones las hagamos con sentimientos bañados de gozo espiritual (1Co 14; Col 3).

Con esto quedan corridos y avergonzados los herejes que yerran diciendo que al Señor han de cantársele cánticos espirituales solamente, pero que en vano se le cantan cánticos vocales; porque en las alabanzas de la Iglesia hay algo de por sí digno de consideración, y esto es lo que el Apóstol insinúa al decir: "en vuestros corazones". Y este algo tiene su buen porqué, que somos nosotros y los demás. Nosotros, para que nuestra alma se despierte y mueva a devoción interior -que si a alguno con eso se le alborotase la sensualidad o se le subiesen los humos de la gloria vana, eso sería contra la intención de la

Iglesia-. Los otros, porque con esos cantos la gente indocta se hace más devota. "Mientras al son del arpa cantaba el arpista, la virtud del Señor se hizo sentir sobre Elíseo" (4 Reyes,3,15).

El tercer efecto es el hacimiento de gracias, porque, embargado uno con esos sentimientos, reconoce que todo se lo debe a Dios. Que cuanto más enamorado está uno de Dios, y más lo conoce, tanto mayor diferencia advierte entre Dios mayor y él, hombre, menor; más todavía, se ve casi nada en comparación de Dios. "Ya, Señor, te conocía de oídas; pero ahora parece que te veo con mis propios ojos. Por eso yo me acuso a mí mismo, y hago penitencia envuelto en polvo y ceniza" (Jb 42,5). Por eso dice: "dando siempre gracias por todo", es a saber, por los dones, y por los acontecimientos, o prósperos o adversos (Ps 33); porque también éstos son dádivas en nuestro camino al cielo (Stg. 1; Hch. 5; 1Ts 5). Y esto "en el nombre de nuestro Señor Jesucristo", porque por El nos vienen todos los bienes (Rm 5). Pero añade: "a Dios", en cuanto por la creación es nuestro autor, "y padre", en cuanto nos envió a Cristo, por el cual nos dio nueva vida. Y así hemos de dar gracias a Dios por los bienes de naturaleza; y al Padre por los de gracia. Tocante al prójimo, el modo del henchimiento lo señala diciendo: "subordinados unos a otros por el santo temor de Cristo", esto es, no por el temor humano, sino por el de Cristo.

38

(Ef 5,22-28³⁶)

Lección 8: Efesios 5,22-28

Enseña a las mujeres a estar sujetas a sus maridos, y a éstos amonéstalos a amarlas, como Cristo amó a la Iglesia.

22. Las casadas estén sujetas a sus maridos, como al Señor,

23. por cuanto el hombre es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo, del cual El mismo es salvador.

24. De donde así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres lo han de estar a sus maridos en todo.

25. Vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a su Iglesia, y se sacrificó por ella,

26. para santificarla, limpiándola en el bautismo de agua con la palabra de vida,

27. a fin de hacerla comparecer delante de El llena de gloria, sin mácula, ni arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada.

28. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos.

³⁶ Ef 5,22-28: ²² Lo sean así las esposas a sus maridos, como al Señor.

²³ El hombre es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual es asimismo salvador. ²⁴ Que la esposa, pues, se someta en todo a su marido, como la Iglesia se somete a Cristo. ²⁵ Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella. ²⁶ Y después de bañarla en el agua y la Palabra para purificarla, la hizo santa, ²⁷ pues quería darse a sí mismo una Iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni nada parecido, sino santa e inmaculada. ²⁸ Así deben también los maridos amar a sus esposas como aman a sus propios cuerpos: amar a la esposa, es amarse a sí mismo. ²⁹ Y nadie aborrece su cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida. Y eso es justamente lo que Cristo hace por la Iglesia, ³⁰

En las lecciones anteriores dio el Apóstol preceptos generales para todos; aquí los da especiales para determinados estados y clases de personas. Y porque según el Filósofo, en su Política, la casa, para ser perfecta, ha de estar trabada con 3 conexiones, a saber: la del marido con su mujer, la del padre con el hijo, la del amo con el siervo, por eso, prosiguiendo en su instrucción, adoctrina también a estas 3 categorías de personas, y primero al marido y a su mujer, a quien enseña que ha de estar sujeta, y al marido que le tenga amor; júnctos con la admonición pone también la razón. Dice pues: "las casadas estén sujetas a sus maridos"! porque es cierto que la mujer, si echa mano del poder, va en contra de su marido, como dice el Eccli. 25; razón por la que muy especialmente las amonesta a que estén sujetas, y esto "como a señor", porque entre marido y mujer hay cierta proporción como la hay entre el amo y el siervo, en cuanto a regirse por orden del Señor, pero con esta diferencia: que el amo se vale del siervo para lo que le es útil; pero el marido de la mujer y los hijos para la utilidad común; por eso dice: "como a señor", no porque en verdad lo sea, mas como si lo fuera (I P. 3).

Luego agrega el motivo, fundado en el ejemplo de Cristo, de donde saca la conclusión. Y la razón es ésta: porque el marido es de la mujer cabeza, donde la vista ocupa el primer lugar (Eccli. 2); por cuya primacía el marido debe gobernar a la mujer como cabeza suya (1Co XI). A renglón seguido pone el ejemplo de Cristo, al decir: "como Cristo lo es de la Iglesia". "Le ha constituido cabeza de toda la Iglesia, la cual es su cuerpo" (Ep 1,22); y esto no para utilidad suya, sino de la Iglesia, porque "es el salvador de su cuerpo" (Ac 4; Is 12). De aquí concluye diciendo: "de donde así como la Iglesia está sujeta a Cristo"; como si dijera: no es conveniente que un miembro se oponga a su cabeza en algo. Ahora bien, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, a su modo; así el marido lo es de la mujer. Por consiguiente, no debe la mujer desobedecer a su marido, "sino estarle sujeta, como la Iglesia a Cristo" (Ps 61; Gn. 3). Y esto "en todas las cosas", se entiende, que no van contra Dios; porque "antes que a los hombres hay que obedecer a Dios" (Ac 5).

Después, al decir: "maridos, amad a vuestras mujeres", los amonesta a que las amen, y por motivo alega el ejemplo de Cristo. Dice pues que las amen, porque es cierto que de ese amor, que tiene a su mujer el marido, brota, como de raíz y fuente, una vida más casta en él y un trato apacible entre ambos. Pero si el marido quiere más a otra mujer que a la suya, a sí y a su esposa los pone a grande peligro. "Maridos, amad a vuestras mujeres, y no las tratéis con aspereza" (Col 3). Y trae para esto una triple razón. La primera la toma del ejemplo de Cristo; la segunda de parte del marido; la tercera de parte del mandato divino. Cuanto a lo primero propone el ejemplo y señal del amor de Cristo, y saca la conclusión. Dice pues: "así como Cristo amó a la Iglesia". "Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy queridos" (Ep 5, !). Señal de que Cristo amó a la Iglesia es que "se entregó a Sí mismo por ella" (Ga 2; Is 53). Pero ¿a qué? "para santificarla" (He 13; Jn 17). Este es efecto de la muerte de Cristo; pero el efecto de la santificación es el dejarla limpia de las manchas de los pecados; por eso añade diciendo: "limpiándola en el bautismo de agua"; el cual bautismo o lavatorio recibe su virtud de la Pasión de Cristo (Rm 6; Ez. 39; Zc. 13). Y esto "con la palabra de vida", que al ser pronunciada da al agua la virtud de lavar (Mt 28).

El fin de santificar a la Iglesia es para tornarla inmaculada; por eso dice: "a fin de hacerla parecer delante de El llena de gloria", como si el Apóstol dijera: no es decoroso que un esposo sin tacha tome en matrimonio a una esposa manchada. Por eso hácela parecer delante de Sí inmaculada, aquí por gracia, allí en lo por venir por gloria. De ahí que la llame gloriosa, a saber, por la claridad del alma y del cuerpo (Ph 3). Por eso añade: "sin mácula" (Ps C; 1 18), "ni arruga", esto es, sin defecto de pasibilidad; (porque, como dice Ap. 7: "ya no tendrán hambre, ni sed"); "ni cosa semejante, sino siendo

santa confirmada ya en gracia, e inmaculada" de toda inmundicia.

Todo lo cual puede entenderse de la presentación que hará en lo futuro por gloria. Pero en caso de referirse a la fe, entonces se dirá: para hacer parecer delante de Sí a su Iglesia llena de gloria por la fe; (pues no es poca gloria, como dice el Eccli. 23, seguir al Señor), y sin rastro de mancha, es a saber, de pecado mortal (Jr 2); ni arruga o pliegue de doblada intención, que no tienen los que están unidos a Cristo y a la Iglesia con rectitud de intención (Jb 26); pero más santa por la intención e inmaculada por su pureza de todo género. De todo lo cual concluye diciendo: "así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos".

39

(Ef 5,29-30³⁷)

Lección 9: Efesios 5,29-30

Siendo como son, casi la misma cosa, deben los casados amarse mutuamente.

Quien ama a su mujer, a sí mismo se ama.

29. Ciertamente que nadie aborreció jamás a su propia carne; antes bien, la sustenta y cuida, así como también Cristo a la Iglesia,

30. porque nosotros, que la componemos, somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos.

De parte de Cristo, motivándolos con el ejemplo de su amor a la Iglesia, indujo a los casados, en la lección anterior, a que amaran a sus esposas; aquí demuestra lo mismo de parte del mismo casado, poniendo la razón y confirmándola por un ejemplo. La razón es ésta: marido y mujer, en cierto sentido, son la misma cosa; de donde, así como al alma está sujeta la carne, así la mujer al marido; pero nadie jamás ha tenido odio a su carne; luego ni el marido a su esposa.

Dice pues: "quien ama a su mujer, a sí mismo se ama". "Así que ya no son dos, sino una sola carne" (Mt 19,6). Por consiguiente, como pecaría contra la naturaleza quien se odiase a sí mismo, así también el que aborreciera a su mujer (Eccli. 25). Que así deban amarse lo prueba diciendo: "pues nadie jamás tuvo odio a su carne", como se ve por el efecto, que quien ama lo demuestra obrando; porque sin duda amamos lo que con todas nuestras fuerzas conservamos; pero todo hombre, a trueque de conservarla, "cuida y sustenta su propia carne" (I Ti. 5).

Pero lo contrario dice San Lucas: "el que no aborrece a su mujer... no puede ser mi discípulo" (14). Respondo: digamos con esta distinción que el hombre debe amar a su mujer como se ama a sí mismo, y a sí mismo por debajo de Dios. Por tanto, así debe amar a su mujer, no por encima, por debajo de Dios. Y dice: "el que no aborrece a su mujer", no porque, mande odiarla, que fuera pecado mortal, sino amarla como a sí es lo que manda. Ahora bien, amar menos es como una especie de odio respecto del

³⁷ Ef 5,29-30: ²⁹ Y nadie aborrece su cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida. Y eso es justamente lo que Cristo hace por la Iglesia,

³⁰ pues nosotros somos parte de su cuerpo. ³¹ La Escritura dice: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse con su esposa, y los dos no formarán sino un solo ser. ³²

amor sumo con que más se ama a otro ser, esto es, a Dios. Así que nadie aborrece su propia carne.

Otra objeción: quien siente amor por alguno no quiere ni le viene en gana separarse de él; pero los santos quieren separarse de la carne. "¡Infeliz de mí!, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte o mortífera concupiscencia?" (Rm 7,24; Ph 1). Nadie, además, atormenta lo que ama; pero los santos afligen en este mundo su carne (1Co 9). A mayor abundamiento, hasta se matan algunos, como se oye con frecuencia. Así Judas. Respondo; la carne puede considerarse en sí misma, y así no es aborrecible, sino que todo hombre desea naturalmente que exista, y la cuida y sustenta para que se mantenga en pie. O puede considerarse como estorbosa de un bien que queremos, y así accidentalmente, en cierto sentido, se le tiene odio. Pues todo lo que queremos o es bueno o es malo; si bueno, o es el fin último o lo que dispone al fin.

a) si es el fin último, es a saber, la vida eterna, nos lo estorba la carne (2Co 5); y porque naturalmente apetecemos nuestro bienestar y conseguir nuestro fin, cosa que no podemos mientras en esta carne nos envolvemos, por eso quisiéramos arrojarla de nosotros, no como a un mal aborrecible, sino como a un bien menos amado por impedir otro mayor bien. (Y así han de explicarse las autoridades traídas arriba y otras parecidas).

b) o es lo que dispone al fin, como los hábitos de las virtudes, que estorba a su vez la lascivia carnal; razón por la cual los santos afligen y maceran su carne, para reprimir sus concupiscencias y hacer que se someta al espíritu; porque la carne con sus torpes codicias impide la adquisición de las virtudes que nos disponen para alcanzar el bien sumo. Así que quien aflige su carne para tenerla sometida al espíritu no la aborrece, mas procura su bien, que consiste en estar sujeta al espíritu, como el bien del hombre en estar sujeto y rendido a Dios. "Mas para mí mi bien es eslar junto a Dios" (Ps 72). Así se entiende el "castigo mi cuerpo" y textos parecidos.

De donde concluimos que hacer estas penitencias no decía bien con aquel estado de inocencia, mientras el hombre estuvo sometido a Dios y la carne totalmente sujeta al espíritu, en cuya mutua subjeción consistía el don de la justicia original. Pero algunas veces lo que queremos es malo, .y, por consiguiente, así como los buenos afligen su carne o quieren desembarazarse de ella, en cuanto les impide el bien que desean; así, por el contrario, los malos, ya que les estorba el mal que apetecen, le dan muerte y se ahorcan, como lo hizo Judas.

Muestra luego la necesidad de que el marido ame a su mujer, valiéndose de un ejemplo: "así como Cristo amó a la Iglesia", como algo suyo, porque somos miembros del cuerpo (Ep 4). Y dice "de su carne", por la participación de la misma naturaleza (Lc 24), o, en sentido místico, de los débiles, que son de carne, "y de sus huesos", refiriéndose a los fuertes, que son de hueso.

40

(Ef 5,31-33 ³⁸)

³⁸ Ef 5,31-33: ³¹ La Escritura dice: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse con su esposa, y los dos no formarán sino un solo ser. ³² Es éste un misterio muy grande, pues lo refiero a Cristo y a la Iglesia. ³³ En cuanto a ustedes, cada uno ame a su esposa como a sí mismo, y la mujer, a su vez, respete a su marido.

Lección 10: Efesios 5,31-33

Induce al marido a amar a su esposa con la autoridad de la Escritura, que expone, en sentido místico, refiriéndola a Cristo y a la Iglesia.

31. Por eso está escrito: dejará el hombre a su padre y a su madre, y se juntará con su mujer, y serán los dos una carne.

32. Sacramento es éste grande, mas yo hablo con respecto a Cristo y a la Iglesia.

33. Cada uno, pues, de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y la mujer tema y respete a su marido.

En las lecciones precedentes exhortó el Apóstol a los Efesios al amor de sus mujeres por dos motivos, a saber, por el ejemplo del amor de Cristo a la Iglesia, y por el amor del hombre a sí mismo; aquí los exhorta valiéndose de la autoridad de la Escritura, como tercer motivo, que expone en sentido místico y acomodado, según el sentido literal, a su propósito. Estas palabras del Génesis las dijo Adán al ver a su mujer, esto es, recién formada de su costilla; pero en San Mateo, al contrario, parece que el Señor las dijo. Respondo: Adán las dijo como inspirado por Dios, y Dios como inspirador y maestro. Nosotros también decimos lo mismo y muchas otras cosas que dijo el Señor, movidos por su divino espíritu que nos las enseña. De donde aquello de San Mateo: "pues no sois vosotros los que habláis".

Notemos aquí que en la antedicha autoridad se señala una triple unión del marido con su mujer: a) la primera por afecto de amor, que es tan grande en los dos que dejan a sus padres (2 Esd. 9); lo cual es muy natural, porque el apetito natural se acompaña bien con la debida acción; y está probado que todas las personas superiores sienten la inclinación de darse y comunicarse a las inferiores; por tanto, sienten naturalmente amor hacia las inferiores; y como el hombre respecto de su padre y de su madre es inferior, no superior, naturalmente se siente más inclinado a su mujer, cuyo superior es, y a sus hijos más que a sus padres; y también porque su esposa se une con él para el acto de la generación.

b) la segunda es por el trato y conversación; de donde dice: "y se juntará con su mujer" (Eccli. 25);

c) la tercera por la unión carnal: "y serán dos en una carne", esto es, en el acto carnal. En toda generación hay virtud activa y pasiva; pero en las plantas ambas están en el mismo sujeto, no así en los animales perfectos, en quienes se distinguen las dos virtudes. Por eso en el acto de la generación lo mismo se observa en animales que en plantas respecto del elemento masculino y femenino, sino que en las plantas todo se hace en un cuerpo.

De ahí, por consiguiente, pasa a la exposición más-5.ª y dice: "Sacramento es éste grande", esto es, señal de una cosa sagrada, la unión de Cristo y la Iglesia (Sg 6). Notemos aquí que hay 4 sacramentos que se dicen grandes, a saber, el bautismo, por razón del efecto, porque borra la culpa y abre las puertas del paraíso; la confirmación, por razón del ministro, pues sólo los pontífices y no otros lo confieren; la Eucaristía, por razón de que a todo Cristo contiene; el matrimonio, por razón de su significación, porque significa la unión de Cristo y la Iglesia. Por consiguiente, si queremos darle a la letra del texto una interpretación mística, la explicación será la siguiente: por esto dejará el hombre, es a saber, Cristo, a su padre y a su madre; quiero decir, a su Padre, por cuanto fue enviado al mundo y tomó carne (Jn 16); y a su madre, esto es, la sinagoga (Jr 12); y se juntará con su mujer, la Iglesia (Mt 28).

Ajustándose, por tanto, al sentido literal, y exponiendo el dicho ejemplo, entáblase el argumento; porque hay ciertas cosas en la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento que sólo se dicen de Cristo, como aquello del Salmo 21: "han taladrado mis manos y mis pies" y "he aquí que una virgen concebirá" (Is 7). Otras hay que a Cristo y a otros pueden aplicarse, pero a Cristo de modo principal; a otros, en cambio, en figura de Cristo, como el antedicho ejemplo; por tanto, primero hay que explicarlo de Cristo, después, de otros. Por eso dice., "cada uno, pues, de vosotros, ame a su mujer como a sí mismo"; como si dijera: a Cristo se aplica en primer lugar, bien que no exclusivamente, porque en figura de Cristo ha también de explicarse y cumplirse en otros. Y añade: "como a sí mismo", porque así como cada uno se ama en orden a Dios, así debe amar a su mujer, no en cuanto la arrastra al pecado. "Si alguno viene a Mí y no aborrece... a su mujer... no puede ser mi discípulo" (Lc 14). Pero ¿qué dice de la mujer? "y la mujer tema y respete a su marido", es a saber, con temor de reverencia y sujeción, porque debe estarle sujeta.

Capítulo 6

41

(Ef 6,1-4³⁹)

Lección 1: Efesios 6,1-4

Declárase el amor que ha de haber, recíprocamente, entre padres e hijos.

1. Hijos, vosotros obedeced a vuestros padres con la mira puesta en el Señor, porque es ésta una cosa justa.
2. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento que va acompañado con recompensa,
3. para que te vaya bien, y tengas larga vida sobre la tierra.
4. Y vosotros, padres, no irritéis a vuestros hijos; mas educadlos, corrigiéndolos e instruyéndolos según la doctrina del Señor.

En el capítulo anterior tocó, amonestando al marido y a la mujer, la primera conexión de la familia; aquí toca la segunda, amonestando al padre y a los hijos; y primero se dirige a los hijos, luego a los padres, para enseñarles cómo han de haberse entre sí; y en pos de la admonición pone luego la razón. Dice pues: "hijos, obedeced". Notemos aquí que los padres deben, como lo pide la naturaleza, educar a sus hijos en las buenas costumbres, y los hijos, por la misma razón, deben obedecer a sus padres, que se toman ese trabajo de educarlos e instruirlos, como a los médicos obedecen los enfermos. De donde propia virtud de los hijos es la obediencia. "Hijos, obedeced, es a saber, a vuestros padres en todo, que esto es cosa agradable al Señor" (Col 3) Y dice: "en el Señor", porque si algo va contra Dios, no hay que obedecer ni a los padres ni a nadie (Ac 5); y con esto se destruye la autoridad hace poco alegada: "si alguno viene a Mí, y no aborrece a su padre", porque esto se entiende en cuanto mandan algo contra Dios.

La razón que da la funda en dos motivos: en la justicia y la utilidad. Que sea justo se demuestra, y es cosa clara, porque la ley divina nada ordena que no sea justo (Ps 1 18). Es así que esto ordena la ley divina: "honra a tu padre y a tu madre" (Ex. XX; Dt. 5; Eccli. 3). Luego... Pero la honra lleva consigo

39 Ef 6,1-4: ¹ Hijos, obedezcan a sus padres, pues esto es un deber: Honra a tu padre y a tu madre. ² Es, además, el primer mandamiento que va acompañado de una promesa: ³ para que seas feliz y goces de larga vida en la tierra.

⁴ Y ustedes, padres, no sean pesados con sus hijos, sino más bien edúquenlos usando las correcciones y advertencias que pueda inspirar el Señor.

la demostración de reverencia a los que nos son superiores; razón por la cual se vale de este nombre: honra, porque nuestros padres están sobre nosotros. Dice pues: "porque es ésta una cosa justa, honra a tu padre y a tu madre". "El que honra a su padre vivirá larga vida; y da consuelo a la madre quien al padre obedece" (Eccli. 3). Eso de honrar a los padres se entiende de 3 maneras: porque los hijos les deben reverencia como a mayores, obediencia como a instructores, sustento como a nutridores, cuando sean ya hombres hechos.

Indica a continuación la dignidad de este precepto diciendo: "porque es el primer mandamiento". Pero, al contrario; más aún, el primer mandamiento es que la honra hay que dársela al único Dios. Respondo: en dos tablas se contienen los Mandamientos: en la primera los que se refieren a Dios; en la segunda los que al prójimo, y en esta segunda el primer mandamiento es honrar a los padres. Y esto por dos motivos: primero, porque en esa segunda tabla no hay más precepto afirmativo que éste, ya que es cosa natural que sirvamos a nuestros padres, no así a otros prójimos; por eso no hay más precepto afirmativo que éste. Mas es dictado de la naturaleza que el hombre no infiera a sus prójimos ningún daño, y por eso se prohíbe; pero está primero el cuarto mandamiento, y por eso ocupa el primer lugar en la segunda tabla, porque tiene más de deuda y la primera es la que se debe a los padres.

Segundo, porque a Dios hay que honrarlo como a principio de nuestro ser; y porque nuestros padres son también principio de nuestro ser y porque -como dice la Etica de Aristóteles- 3 cosas hemos recibido de nuestros padres: el ser, la vida, la educación, es cosa puesta en razón que, en pos de los mandamientos que se refieren al honor de Dios, el primero de la segunda tabla se refiera a los padres. O, digamos, es el primero con recompensa, porque a éste solo se le promete, por dos razones: una, porque en las cosas que hacen buscan los hombres su propio provecho y porque, si no es de Dios, de sus padres décréptos no tienen ya nada que esperar. Otra, por si alguno creyese que, por ser natural, no es meritorio honrar a los padres; por eso añade: "para que vivas largos años sobre la tierra". En el Antiguo Testamento se prometían recompensas temporales, porque aquel pueblo era un párvulo, y al párvulo el ayo lo instruye dándole confites y haciéndole caricias. Con todo, en esos regalillos, que muy a pelo le venían a ese pueblo pequeño, grandes bienes estaban figurados, es a saber, espirituales; por tanto, conforme a la letra, puede esto referirse a los bienes temporales, y por eso dice: "con recompensa, para que te vaya bien", esto es, tengas abundancia de esos bienes prometidos; que quien en los beneficios de menos tomo se muestra agradecido merece recibirlos de mayor cuantía; y ¡vaya si de nuestros padres recibimos los máximos beneficios que pudieran hacernos, como la vida, el sustento, la educación! Así que, cuando uno se muestra reconocido a estos favores, hácese digno de alcanzar mayores. Por eso dice: "para que te vaya bien", porque, como se dice en Timoteo 1,4: "para todo es provechosa la piedad, con recompensa, aquí abajo, en la vida presente, y en la futura". Por tal motivo añade: "para que vivas largos años sobre la tierra"; es, dijéramos, como una gratificación sobreañadida a la gracia y beneficio de la vida que has recibido de tus padres. "En su mano derecha trae la larga vida, y las riquezas y la gloria en su izquierda" (Pr. 3,16).

Pero en contra de este texto tenemos la rápida muerte de muchos hijos que se han señalado en honrar a sus padres. Sépase, por tanto, que no han de llamarse absolutamente bienes éstos temporales, sino en cuanto se ordenan a los espirituales; por consiguiente, en tanto para el hombre son bienes en cuanto le ayudan para la vida espiritual. De donde a la fortuna no hay que llamarla buena si es un estorbo para la virtud; razón por la cual la longevidad en tanto es buena en cuanto ordenada al servicio de Dios, por cuyo motivo, para no estorbarlo, no raras veces se le echa tijera. "Fue arrebatado para que la malicia no alterase su modo de pensar" (Sg 4,11). O puede interpretarse este texto en sentido espiritual, es a saber, para que tengas larga vida en la tierra de los vivos. (Sal. 142).

Por consiguiente, en pos de la instrucción de los hijos se da doctrina a los padres con dos preceptos como contrapuestos, uno inductivo, otro prohibitivo: "y vosotros, padres, no irritéis a vuestros hijos", lo cual no quiere decir que en cualquier cosa hayáis de consentir sus caprichos. Donde es de advertir que uno es el señorío del padre con el hijo y otro el del amo con el siervo; porque el amo se vale del siervo para su propia utilidad, pero el padre del hijo en provecho del hijo. Por tanto, es necesario que los padres instruyan a sus hijos en provecho suyo, no empero alejándolos o sometiéndolos con amenazas. Por eso se dice en Col 3: "padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos", es a saber, para que no se hagan pusilánimes, porque tal provocación no anima a la buena acción. Entonces ¿cómo? mas educadlos con la disciplina, es a saber, de azotes, y con la corrección de palabras, esto es, corregidlos y educadlos para que sirvan al Señor. O con la disciplina, induciéndolos al bien, y la corrección, apartándolos del mal.

42

(Ef 6,5-9⁴⁰)

Lección 2: Efesios 6,5-9

Exhorta a los amos y siervos a que mutuamente se estimen.

5. Siervos, obedeced a vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillo corazón, como a Cristo,
6. no sirviéndolos solamente cuando tienen puesto el ojo sobre vosotros, como si no pensaseis más que en complacer a los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios,
7. y servidlos con amor, haciéndoos cargo que servís al Señor, y no a hombres;
8. estando ciertos de que cada uno de todo el bien que hiciere recibirá del Señor la paga, ya sea esclavo, ya sea libre.
- 9 Y vosotros, amos, haced otro tanto con ellos, excusando las amenazas, considerando que unos y otros tenéis un mismo Señor allá en los cielos, y que no hay en El acepción de personas.

Acabadas de instruir las dos conexiones de la familia, del padre y el hijo, del marido y la mujer, la emprende con la tercera, del amo y el siervo, a cada uno de los cuales instruye por su orden, poniendo primero la admonición, segundo la exposición, tercero la retribución. Por lo que hace al siervo, lo amonesta a obedecer y a respetar a su señor con sencillez de corazón. Obedecer, porque así lo manda el Señor. De ahí que diga: "siervos, obedeced a vuestros señores temporales". Respetarlos, con acatamiento interno y externo: "con temor y temblor" (Mal. 1; Ps 2) y "con sencillo corazón" (Sg 1; Lc 12). Hablando de Job, llámale el Señor "hombre sencillo"; que con esa disposición hay que servir a Cristo; por eso dice: "como a Cristo" (Sg 1; 1 C. 29). Dice también: "como a Cristo", porque si algo puede el amo, lo puede porque ha recibido su poder de Cristo, el Señor (Rm 13). Por consiguiente, hay que servirles como a Cristo, en todo lo que no se oponga a la fe y a Cristo; y explica lo de la sencillez,

40 Ef 6,5-9: ⁵ Siervos, obedezcan a sus patrones de este mundo con respeto y responsabilidad, con corazón sincero, como quien obedece a Cristo. ⁶ No se fijen en si son vigilados o si ganarán consideración, pues ustedes son siervos de Cristo que hacen con gusto la voluntad de Dios. ⁷ Hagan su trabajo con empeño, por el Señor y no por los hombres, ⁸ sabiendo que el Señor retribuirá a cada uno según el bien que haya hecho, sea siervo o sea libre. ⁹ Y ustedes, patrones, actúen con sus siervos de la misma manera y dejen a un lado las amenazas; tengan presente que ellos y ustedes tienen en el cielo un mismo Señor, y que ése no hace distinción de personas.

quitando lo que le hace contradicción y enseñando el modo conveniente.

Y a tenor del refrán: "al ojo del amo engorda el caballo", nada sencillo es el siervo que tiene miramiento al miramiento, no al beneplácito de su señor; pues tal siervo no tiene sencillez ni rectitud de intención; por cuyo motivo lo prohíbe diciendo: "no sirviéndolos solamente cuando tienen puesto el ojo sobre vosotros", a saber los amos, por la pura ganancia temporal, "como si no pensaseis más que en complacer a los hombres", esto es, queriendo darles gusto (Gal. 1); "sino como siervos de Cristo" (Col 3). Y ¿cómo? "haciendo la voluntad de Dios", es a saber, poniendo por obra sus mandamientos (Ps 102); como Cristo: "bajé del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió", que está en que obedezca Yo, por Dios, a los hombres. De ¿qué manera? "de corazón". "Todo lo que hagáis hacedlo de buena gana, como quien sirve a Dios, y no a hombres" (Col 3). Lo mismo da a entender aquí diciendo: "haciéndoos cargo que servís al Señor, y no a hombres", "con buena voluntad", esto es, recta intención (Col 4).

A continuación habla del galardón diciendo: "estando ciertos de que cada uno..." (1Jn 5) "ya sea esclavo, ya libre", sin acepción de personas, que no la hay en Dios (Sa. 3; Hch. X), "de todo el bien que hiciere", que hay que hacérselo a todos (Ecl. 9), "recibirá del Señor la recompensa" (Col 3).

Por último se dirige a los señores diciendo: "y vosotros, amos, haced otro tanto con ellos", es a saber, lo mismo, con una identidad proporcionada; que así como ellos prestan de corazón y con buena voluntad sus servicios, de la misma manera habéislo de hacer vosotros (Eccli. 37); "excusando las amenazas", no sólo de palabra, sino también los latigazos. Y ¿por qué? "considerando que unos y otros tenéis un mismo Señor allá en los cielos", ya que no hay más que un Señor para todos (Rm X); como si dijera: consiervos sois; por tanto, ganadles la gracia tratándolos con obsequio y amor (Mt XI); "ya que no hay en Dios acepción de personas" (Rm 2; Lc 20; Ac 10).

Lección 3

Enseña a los Efesios a depositar su confianza en el auxilio de Dios y a pertrecharse con su armadura, para que puedan cumplir los preceptos ya dichos.

10. En lo demás, hermanos, confortaos en el Señor y en su virtud todopoderosa.
11. Revestios de toda la armadura de Dios, para poder contrarrestar las asechanzas del diablo;
12. porque no es nuestra pelea solamente contra hombres de carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos en los aires.

Muchos preceptos generales y especiales para acabar con la vetustez del pecado, y reemplazarla con la novedad de la gracia, nos dio arriba el Apóstol; aquí nos enseña la virtud que para cumplir estos preceptos nos es necesaria y la confianza que hemos de tener en el auxilio divino. Puesta la admonición, que explica en especial, nos enseña en qué hemos de depositar nuestra confianza por dentro y por fuera. Por dentro, en el auxilio divino; por eso dice: "en lo demás, hermanos, confortaos" (Jr 17). Si alguno confía en otro es por dos motivos: uno, porque le toca defenderlo; otro, porque es poderoso y aperecebido está a su defensa; ambos a dos motivos que se hallan en Dios respecto de su criatura, porque Dios -como dice San Pedro- "tiene cuidado de vosotros". Asimismo es poderoso y presto está para darnos auxilio; por eso dice: "en lo demás, hermanos"; como si dijera: luego de haberos

instruido sobre el cumplimiento de los mandamientos, "confortaos" ya, no en vosotros, sino en el Señor, porque corréis a su cargo (Ps 72; Is 35; Jr 20); "y en el poder" (Lc 1); y aunque en Dios poder y virtud es lo mismo, empero porque la virtud es lo último de la potencia y como su perfección, por eso dice: "en el poder de su virtud", esto es, virtud todopoderosa. "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Ph 4; Job 17).

Mas pudiera objetarse: si Dios todo lo puede y quiere, debemos dormir a pierna suelta; por eso responde diciendo: librenos Dios de afirmar tal cosa; más bien, por el contrario, cada uno debe hacer lo que está en su mano, porque si inerme se presentase al combate, sin espada y rodela, por muy protegido que lo tenga el rey, correría grande peligro. Por eso dice: "revestios de toda la armadura de Dios", esto es, de las virtudes y dones (Rm 13; Col 3); porque por las virtudes abroquélase el hombre contra los vicios. Mas, por el contrario, Dios es un rey tan poderoso, que no hay nadie que pueda hacerle resistencia. Respondo: verdad es por lo que a violencia se refiere; pero en sus miembros, no en su persona, y valiéndose de emboscadas y arterías, lo impugna el demonio, según aquello del Eccli. XI: "muchas son las asechanzas del mentiroso". Por eso añade: "para poder contrarrestar las asechanzas del diablo" (I P. 5; Ps 1X).

Por consiguiente, al decir: "que no es nuestra pelea. ..", explica de modo especial la amonestación, tocando primero lo que se refiere a las emboscadas de los enemigos, y luego a la armadura que hay que revestirse, y en tercer lugar a la confianza que hay que depositar en Cristo. En punto a emboscadas, cuando un enemigo pone en peligro una ciudad, si es débil, desmañado y con tachas semejantes, no hay mucho que temer ni cautelarse de él; mas cuando es poderoso, perverso y marrajo, entonces sí, y es el caso del demonio: a) porque no es débil. Por eso dice: "la lucha que traemos no es contra la carne y la sangre", por cuyas palabras se entienden los vicios carnales (1Co XV) y los hombres carnales, como dice el mismo San Pablo en Gálatas 1: "al punto no tomé consejo de la carne ni de la sangre", esto es, de los hombres carnales.

Dice pues: "nuestra pelea no es...", que, como quiera que se tome, falso parece por los cuatro costados; porque, como se dice en Ga 5: "la carne codicia contra el espíritu" (Ps 118). Respondo de dos maneras: una, que en el texto hay que suplir solamente, de modo que digamos: no sólo contra la carne y la sangre, sino también contra el demonio. Otra, porque la acción que se atribuye al instrumento es principalmente del agente, como aquello de Romanos 9: "así que no es obra del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia", como si dijera: el querer o hacer algo no procede de vosotros sino de otro, es a saber, de Dios; así también aquí: "nuestra pelea no es..." puede explicarse de esta manera: el impugnarnos la carne y la sangre no dimana principalmente de ellos, sino del agente superior que los mueve, es a saber, del diablo; que es descrito por su poder: "contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas de este mundo"; "pues viene el príncipe de este mundo" (Jn 14).

Llámase príncipe del mundo no por título de creación, sino a imitación de lo que se estila en el mundo; "y el mundo no lo conoció" (Jn 1), esto es, el príncipe del mundo. O llámase príncipe, como quien dice: el que toma el primer lugar; de donde decir príncipes es como decir los que hacen cabeza en algo (Ps 67; Gn. 23). Eso por lo que hace a los príncipes. A las potestades toca ejercer la justicia. Así que, si los demonios se llaman príncipes, es por cuanto inducen a los hombres a rebelarse contra Dios; y potestades, por cuanto gozan de poder para castigar a los que se les someten (Lc 22).

Pero habiendo caído entreverados algunos de todos los órdenes angélicos, ¿por qué hace mención el Apóstol de esos órdenes, llamándolos demonios? Respondo: 3 cosas hay que considerar en los nombres

de los órdenes angélicos; porque en unos se atiende más al orden, en otros al poder, en otros al ministerio divino; así, por ejemplo, en los nombres de los Querubines, Serafines y Tronos, lo que hace al caso es su conversión a Dios; mas siendo los demonios enemigos de Dios, no les cuadran estos nombres. Asimismo ciertos nombres, como Angeles y Arcángeles, dicen orden a un ministerio divino, y tampoco estos nombres les cuadran a los demonios, sino con el aditamento: de Satanás. Las Virtudes y Dominaciones dicen orden al servicio de Dios, y, por consiguiente, ni estos nombres les vienen a pelo, sino solo estos dos, que son comunes a buenos y malos, es a saber, Principados y Potestades. Son, pues poderosos y grandes, y por eso tienen un gran ejército, contra el que tenemos que pelear, "adalides de estas tinieblas", es a saber, de pecadores. "Que erais algún tiempo tinieblas" (Ep 5); pues todo lo tenebroso en todo pertenece a estos órdenes y les está sujeto. Aquí acota la Glosa: los hombres malos son caballos, los diablos Jos jinetes; por tanto, matemos los jinetes y apoderémosnos de los caballos (Jn 1).

También son astutos, porque, -dice el texto- "contra los espíritus malignos", esto es, hablando enfáticamente, contra las perversidades espirituales, con lo que se da a entender la maldad en todo su lleno. Y dice espíritus malignos, porque, cuanto más encumbrados por naturaleza, tanto más consumados en maldad y peores cuando se dedican a hacer el mal. De aquí que diga el Filósofo que un hombre es el peor de todos los animales. Por eso dice: "espíritus malignos", porque son espirituales y perversísimos. Y añade: "en las regiones, del cielo", por dos razones: o para mostrar su poder y ventaja para vencernos, porque nosotros estamos en la tierra, y ellos en lo alto, es a saber, en el aire caliginoso; por consiguiente llevan la mejor parte (tienen la cuesta y las piedras) (Lc 8); o dice así, porque esta reñida lid es por el cielo o por los bienes celestiales, y esto debe animarnos a la batalla.

44

(Ef 6,13-17⁴¹)

Lección 4: Efesios 6,13-17

Tócase y píntase la necesidad y diversidad de las armas divinas ofensivas y defensivas.

13. Por tanto, tomad las armas todas de Dios, para poder resistir en el día aciago, y sosteneros apercebidos en todo.

14. Estad, pues, a pie firme, ceñidos vuestros lomos con el ángulo de la verdad, y armados de la coraza de la justicia, . 15. y calzados los pies, prontos a seguir y predicar el Evangelio de la paz,

16. embrazando en todos los encuentros el broquel de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno espíritu.

17. Tomad también el yelmo de la salud, y empuñad la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.

Arriba explicó el Apóstol lo que va dicho de las asechanzas del diablo; aquí trata de la armadura que hemos de vestirnos; acerca de lo cual saca, como conclusión de las premisas, la necesidad de armarnos y describe luego la diversidad de las armas. Dice pues: malos enemigos tenéis, perversísimos y poderosos, que hacen guerra por un negocio de la mayor importancia, pues se trata nada menos que del

41 *Ef 6,13-17*: ¹³ Por eso pónganse la armadura de Dios, para que en el día malo puedan resistir y mantenerse en la fila valiéndose de todas sus armas. ¹⁴ Tomen la verdad como cinturón, la justicia como coraza; ¹⁵ tengan buen calzado, estando listos para propagar el Evangelio de la paz. ¹⁶ Tengan siempre en la mano el escudo de la fe, y así podrán atajar las flechas incendiarias del demonio. ¹⁷ Por último, usen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, o sea, la Palabra de Dios.

cielo. "Por tanto tomad las armas todas de Dios", esto es, armaos con las armas espirituales (2Co X); y esto "para que podáis resistir" (I P. 5; Stg. 4); que cuanto más va uno de retirada más acomete él y persigue; "en el día aciago"; y esto por los males que día con día suceden (Ep 5; Ecl. Vil).

Tomad asimismo las armas no sólo para resistir, mas para penetrar en campo enemigo, "y sosteneros apercebidos en todo", esto es, estar de un temple en sucesos adversos y prósperos, "para que así vengáis a ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna" (Stg. 1,4; 1 P. 1).

¿Mas por ventura han todos de ser perfectos? Respondo: hay triple perfección: una de suficiencia, llamada así porque con ella tiene el hombre lo necesario para su salvación, como aquello: "amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón"; como si dijera: que nada tengas en tu corazón que vaya contra Dios; y esto es necesario para salvarse, "para que así vengáis a ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna" (Stg. 1,4);

b) otra perfección es la de la total abundancia, que es la perfección de la patria y gloria consumada, porque el hombre estará a Dios tan total y perfectamente adherido que no discrepará de El ni una tilde (Mt 22). De ésta hablaba el Apóstol: "no que lo haya logrado ya todo, ni llegado a la perfección"; y poco después: "yo, hermanos, no pienso haber tocado al fin de mi carrera" (Ph 3,12,13);

c) otra es intermedia, esto es, de consejo, por la cual el hombre se esfuerza a renunciar a estas cosas terrenas y a poner la mira en aquéllas, las celestiales.

Al decir luego: "estad, pues, a pie firme", describe de la panoplia espiritual la diversidad de sus armas, de que hay 3 géneros, a semejanza de las corporales; porque unas, semejantes a las vestiduras, son para cubrirse, otras para protegerse, otras para acometer. 3 cosas son necesarias para cubrirse: primero ceñirse; y a eso se refiere al decir: "estad, pues, a pie firme, ceñidos vuestros lomos". Pero antes de ceñirse primero se viste uno; mas el Apóstol se ajusta en esto al orden de la armadura espiritual; y en la guerra espiritual lo primero es menester tener a raya las concupiscencias de la carne, así como el primer enemigo que hay que vencer es el que está vecino; y esto se hace dándole una sofrenada a los lomos, asiento de la lujuria, por medio de la templanza, que se opone de punta en blanco a la lujuria y la gula (Lc 12; Job 38).

Pero "con el cingulo de la verdad", esto es, con rectitud de intención, no con simulación. Hay otro texto que, en lugar de verdad, trae en caridad (1Co 16). Amonesta en segundo lugar a poner bajo el pie las codicias terrenas, contra las cuales hay dos armas, a saber, la justicia y la renuncia a las cosas temporales; de ahí que ordene primero -oficio que toca a la justicia- no usurparlas injustamente. Por eso dice: "armados de la coraza de la justicia", virtud por la cual se abstiene el hombre de echar mano a las cosas ajenas. Y dicese la justicia coraza, porque así como la coraza cubre los miembros, así la justicia resguarda las virtudes todas (Sg 5). Prescribe asimismo el dar de mano al cuidado excesivo por las cosas temporales, pues la nimia atención que a ellas prestamos nos estorba la prontitud que hemos de tener para anunciar y predicar los misterios y verdades divinas. Por eso dice: "y calzados los pies", esto es, dispuestos con el afecto "a seguir y predicar el Evangelio de la paz". En figura de esto envió el Señor a los Apóstoles calzados de sandalias, que tienen suelas debajo, -con lo que da a entender que la mente se eleva de las cosas terrenas- y por arriba están abiertas, lo cual significa la presteza para la sabiduría divina. Y dice "de la paz", porque por el Evangelio se nos anuncia la paz (Mt X).

La segunda clase de armas es la de las defensivas. Dos partes del cuerpo tenemos que proteger, que son principios de vida, es a saber, el pecho, donde está el corazón, y la cabeza, donde el cerebro. Para el

pecho está el escudo; por eso dice: "embrazando en todos los encuentros el broquel de la fe", porque así como el escudo pónese debajo de todas las armas, así la fe debajo de todas las virtudes; pues son diversas las armas de las virtudes morales, a saber, de la templanza el ceñirse los lomos, y de la justicia el guarnecimiento de la coraza; y este género de armas, es a saber, el escudo, es de la virtud teológica de la fe; porque así como el escudo resguarda de las saetas, así la fe de los tiros contrarios, y se alcanza la victoria. "Los santos por la fe conquistaron reinos" (He XI,33), así como nosotros por las virtudes morales vencemos las potestades terrenas. Por eso dice: "con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno espíritu", es a saber, del diablo, cuyos dardos son ciertos tiros que disparan los ángeles malos. Son encendidos, porque van llameando fuego de torpes concupiscencias (Ps 75), pero todos los apaga la fe, que extingue las tentaciones presentes y pasajeras contraponiéndoles los bienes espirituales y eternos que promete la Sagrada Escritura; como lo hacía el Señor con el diablo tentador alegándole y opiniéndole las autoridades de la Sgda. Escritura (Mt 4). Ejemplo que hemos de imitar. Si tiente de gula, "no de solo pan vive el fiombre" (Dt. 8), o "el reino de Dios no es comer y beber" (Rm 14). Si de lujuria, "no fornicarás". Si de hurto, "no robarás", y así por el estilo. Y dicese escudo de la fe, porque así como el escudo protege todo el pecho, así la fe debe estar en el pecho. La esperanza se dice yelmo, porque así como el yelmo está en la cabeza, así es cabeza de las virtudes morales el fin, a que apunta la esperanza. Por eso se dice: "y tomad el yelmo de la salud".

Tercer género de armas el de las ofensivas, pues no basta defenderse si no acomete uno también al enemigo. Y esto, así como se hace materialmente por la espada, así también espiritualmente por la palabra de Dios, que es la espada del Espíritu Santo. Por eso dice: "y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios" (He 4); y la predicación llámase espada del espíritu, porque no penetra hasta dentro del espíritu si no la guía el Espíritu Santo (Mt X).

Aquí tenemos, pues, las armas para defendernos de los enemigos carnales, es a saber, la gula y la lujuria, por medio de la templanza; para vencer las codicias terrenas las armas de la justicia, que hacen que nos abstengamos de las cosas ilícitas; la pureza afectiva o pobreza, que nos aparta aun de lo lícito; asimismo armas para protegernos de los errores, las de la fe," y también de los enemigos del género humano; armas, por fin, para afirmarnos en los bienes espirituales, las de la esperanza. Encasquétase el yelmo en la cabeza, pónese la esperanza así en el fin. Ahora bien, el fin, que es lo que busca la esperanza, hace cabeza en las virtudes morales. De donde concluyese que ponerse el yelmo de la salud no es otra cosa que fijar el hito de la esperanza en el último fin. Hasta hay armas para impugnar a los mismos demonios, es a saber, "la espada del espíritu, que es la palabra de Dios", como se hace frecuentemente en los sermones, en donde la palabra de Dios, hundiéndose hasta la empuñadura en los corazones de los pecadores, echa fuera, con el muelo de pecados, a los demonios que los amontonan.

45

(Ef 6,18-24⁴²)

42 *Ef 6,18-24*:¹⁸ Vivan orando y suplicando. Oren en todo tiempo según les inspire el Espíritu. Velen en común y perseveren en sus oraciones sin desanimarse nunca, intercediendo en favor de todos los santos, sus hermanos.

¹⁹ Rueguen también por mí, para que, al hablar, se me den palabras y no me falte el coraje para dar a conocer el misterio del Evangelio²⁰ cuando tenga que presentar mi defensa, pues yo soy embajador encadenado de este Evangelio.

²¹ Si quieren noticias de mí y de lo que hago, se las dará Tíquico, nuestro hermano querido y ministro fiel en el Señor.²² Lo mando precisamente para que les dé noticias nuestras y los conforte a todos.

²³ Que la paz, el amor y la fe vengan de Dios Padre y de Cristo Jesús, el Señor, sobre los hermanos.

²⁴ Y que la gracia esté con todos aquellos que aman a Cristo Jesús, nuestro Señor, con amor auténtico.

Lección 5: Efesios 6,18-24

Confírmalos y enséñalos a confortarse en el Señor y a confiar, por medio de la oración, en el poder y virtud de Dios, y da fin a su carta con la imprecación de costumbre.

18. Haciendo en todo tiempo con espíritu continuas oraciones y plegarias, y velando para lo mismo con todo empeño, y orando por todos los santos;
19. y por mí también, a fin de que se me conceda el saber desplegar mis labios para predicar con libertad, manifestando el misterio del Evangelio,
20. del cual soy embajador, aun estando entre cadenas, de modo que hable yo de El con valentía, como debo hablar.
21. En fin, en orden al estado de mis cosas, y lo que hago, os informará de todo Tíquico, nuestro carísimo hermano y fiel ministro en el Señor,
22. al cual os he remitido ahí con este mismo fin, para que sepáis lo que es de nosotros, y consuele vuestros corazones.
23. Paz a los hermanos, y caridad y fe de parte de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo.
24. La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con un amor puro e incorruptible. Amén.

En las lecciones precedentes trató el Apóstol de emboscadas y armaduras; aquí expone lo que había dicho también de confirmarlos y confortarlos en la virtud todopoderosa de Dios; lo cual se obtiene por la oración para lograr el auxilio divino; y los exhorta a orar por sí mismos, por otros, por el mismo Apóstol. Cuanto a lo primero, pone 7 condiciones que ha de tener la oración:

1a. que sea perfecta; de ahí que diga: "con toda, o todo género de oración", esto es, cuando en todo evento acude uno a la oración o ruego para conseguir todo bien.

2a. que sea humilde, no presuntuosa (Sal 101), que es cuando el hombre no atribuye a sus méritos el ser oído sino a la misericordia divina. Por eso dice: "súplica", en latín: "obsecratio" o aceptación de una cosa sagrada (Ph 4).

3a. que sea continua: "en todo tiempo" (1Th 5; Ps 33).

4a. que sea devota, porque "con espíritu". "Cantaré salmos con el espíritu, pero también con la mente" (1Co 14), esto es, sin divagar.

5a. que sea vigilante: "velando" (I P. 4).

6a. que sea empeñosa y porfiada: "con todo ahinco" (Rm 12).

7a. que sea caritativa, esto es, se haga por todos los otros santos: "y orando por todos los santos" (I Ti. 2).

Por último pide se hagan oraciones por él, para alcanzar 3 cosas que a todo predicador son necesarias, es a saber, que sepa desplegar los labios, y cuanto está de su parte se prepare a la predicación y se le dé gracia de saberlo hacer. Y para que estas 3 cosas se le

concedan pide se ruegue por él diciendo: "a fin de que se me conceda el saber desplegar mis labios";

que no podré hablar -decía aquel Balaam- sino lo que el Señor pusiere en mi boca. De ahí que dijera el Señor: "puesto que no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre... os será dado en aquella misma hora lo que hayáis de decir" (Mt. X,20).

Esto es lo primero que dice el Apóstol: que se me conceda desplegar los labios (Col 4). ¿Y para qué, Pablo? Para que pueda -responde- "predicar con libertad, manifestando el misterio del Evangelio, del cual soy embajador, aun estando entre cadenas". Y esto es lo segundo que pide; pues no sólo necesita el predicador se le conceda ciencia para poder hablar, sino que la palabra dada la predique con valentía y sin miramiento. Esto es lo que quiere decir "con confianza". Así predicaban los Apóstoles, como dicen los Hechos 4: "anunciaban con firmeza la palabra de Dios". Oficio éste de la predicación, que encarece el Apóstol por su excelencia y alteza. De ahí que le llame: "el misterio del Evangelio". Póneles asimismo en su conocimiento las tribulaciones e ignominias que gustosamente ha padecido por él; de donde dice: "del cual soy embajador, aun estando entre cadenas". A las dos cosas juntas se refiere en Col 4: "para que Dios nos abra la puerta de la predicación, a fin de anunciar el misterio de Cristo, por cuya causa estoy todavía preso". Y porque, como dice el Eccli. 20,22: "la parábola no tiene gracia en boca del fatuo, porque la dice fuera de tiempo", por eso el Apóstol no sólo pide se le concedan palabras o ciencia para predicar, sino la gracia de hablar con valentía, es a saber, para que estando como estaba en cadenas, por miedo a las mismas cadenas no desistiese de proseguir fiel y confiadamente con el oficio que se le había encomendado.

Lo tercero que pide es se le conceda el tiempo oportuno, porque hay tiempo de hablar y tiempo de callar, como dice el Eclesiastés. Por eso dice: "de modo que hable yo de El con valentía, como debo hablar", porque como dicen los Pr XV: "óptima es la palabra oportuna".

Al fin de esta carta da a conocer a los Efesios el estado en que se halla, al decir: "en fin, en orden al estado de mis cosas...", y a qué propósito se lo manifiesta, es a saber, para consolarlos. junto con eso los saluda, según su costumbre, y recomienda de muchas maneras al discípulo portador de las nuevas. Dice pues: "en fin, en orden al estado de mis cosas, y lo que hago, os informará de todo Tíquico", como si dijera: por el misterio del Evangelio, por el cual me veo en cadenas, quiero que sepáis que las cadenas, y todas las tribulaciones, y todos los suplicios, que por razón del oficio a mí encomendado, fulminen sobre mí sus carniceros estragos, no me quitan el sueño, ni mudan mi corazón, ni trastornan ni llegan adentro; pero mi angustia por cierto es que todo esto gira en torno de mí y no penetra. Y ya que no puedo ir de viva voz a decíroslo, ya que arrastro cadenas, de todo os informará Tíquico, carísimo hermano mío y ministro fiel en el Señor. Por tanto, podéis darle crédito en todo. "¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente...?" (Lc 12). Tal es éste que os he remitido con este mismo fin de que sepáis lo que es de nosotros. Así recomienda a su discípulo. ¿Y para qué? "para que consuele vuestros corazones".

Por fin, al decir: "paz a los hermanos", pone el Apóstol su saludo de costumbre. Y advirtamos que, aunque la gracia anteceda a la paz y a la mutua caridad de los hombres entre sí y para con Dios cuanto a la colación -pues no hay paz para los impíos, dice el Señor-, con todo, cuanto a la ejecución de la gracia y de la verdad, y conservación de la caridad, la paz precede a su modo; por eso les desea la paz mutua y la caridad para con Dios diciendo: "paz a los hermanos, y caridad y fe". Y porque, aunque la paz y la caridad mucho contribuyan a la conservación de la gracia, empero por suponer siempre la misma gracia, sin la cual no fuera posible tenerlas, por eso les desea la gracia. De ahí que diga: "la gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con un amor puro e incorruptible". Amén.

(Aquino - A LOS EFESIOS)

<http://ictus3.com> BIBLIA CLERUS - ©1994-2005 A. Bouchez